

Santo Tomás de Villanueva

TRATADO INÉDITO
SOBRE
LA EUCARISTÍA

Introducción, transcripción y notas

por

GONZALO DÍAZ, O.S.A.

EDICIONES ESCURIALENSES

2004

Depósito Legal: M. 9.802-2004

Imprime: TARAVILLA
Mesón de Paños, 6
28013 MADRID

Tratado inédito sobre la Eucaristía de Santo Tomás de Villanueva *

PRESENTACIÓN

La edición más copiosa y segura de los escritos de Santo Tomás de Villanueva editada en Manila por los PP. Benito Ubierna e Ignacio Monasterio no se puede calificar de completa y definitiva ¹. De hecho se han encargado de demostrarlo no sólo una serie de estudios ya publicados en torno al texto impreso de las *Conciones* latinas que se han visto enriquecidas y aumentadas, sino también los nuevos hallazgos de Códices manuscritos que ellos no tuvieron a su alcance, y que progresivamente han visto o están a punto de ver la luz. El camino, pues, a nuevas investigaciones continúa abierto.

Entre estos últimos se encuentra el Códice Ottoboniano latino 1007 de la Biblioteca Vaticana del que nos vamos a ocupar brevemente, para luego dar paso a la transcripción y posterior publicación de un *Tratado sobre la Eucaristía* —el más amplio de cuantos escritos recoge el citado códice—, y que con absoluta seguridad ha sido atribuido a Santo Tomás de Villanueva por nuestro benemérito historiador el P. David Gutiérrez, O.S.A. ².

* Presentación, transcripción y notas por Gonzalo Díaz, O.S.A.

1 UBIERNA, B Y MONASTERIO, I., O.S.A., *Divi Thomae a Villanova, Archiepiscopi Valentini, cognomento Elemosynarii, ex Ordine S.P. Augustini Opera omnia*, 6 vol. In fol. men., Manilae 1881-1897.

2 GUTIÉRREZ, D., O.S.A., «Nuevos escritos de Sto. Tomás de Villanueva» (Códice ottoboniano latino 1007, de la Biblioteca Vaticana), en *La Ciudad de Dios*, 162 (1950), pp. 61-77.

Pretendo, de esta manera, dar cumplimiento al encargo que el propio P. David me hizo en carta escrita desde Roma con fecha 23 de septiembre de 1974. En ella me pedía encarecidamente que yo —a la sazón mucho más joven— me ocupase de esta publicación por un doble motivo: «para que el opúsculo no quedara en el olvido, y para dar a conocer mejor la producción literaria en castellano del Padre de los pobres».

PROCEDENCIA DEL CÓDICE 1007

Este código procede de España, y con toda probabilidad fue escrito en algún convento agustino de la Provincia de Castilla. Así lo indica su contenido: una rica miscelánea ascética de sermones y fragmentos en castellano, compilados sin un orden predeterminado. Anónimos en su mayoría, merecen ser adjudicados a diversos autores agustinos españoles por sus características y por la frecuente recurrencia en ellos, como tendremos ocasión de ver, a la autoridad del Obispo de Hipona con estas o parecidas palabras: *como dice nuestro bienaventurado padre san Agustín*. El código consta de dos tomos, formados por cuadernillos de muy diversa escritura, y cuenta actualmente 550 folios de papel, de 22 x 16 cm., distribuidos en dos tomos en esta forma: tomo I, ff. 1r-261v y t. II, ff. 262r-550v. El código comienza con una «lecura teológica» de no fácil lectura, y que está expresamente atribuida al agustino fray Juan de Guevara, y termina con el *Tratado eucarístico* ya aludido, que va del fol. 468r al 530v³.

Aun cuando no sea el único escrito del Santo que se recoge en el código en cuestión⁴ —el propio P. David publica en el mismo artículo otros sermones suyos—, nuestra atención va a recaer única y exclusivamente en su escrito sobre la Eucaristía, el cual, con la aportación básica del P. David y mi estudio complementario, se publica en este número especial de la revista *La Ciudad de Dios*, que se presenta como merecido homenaje al que ha sido su egregio Director, durante un largo período de tiempo, el R.P. Saturnino Álvarez Turienzo.

3 Cf. Gutiérrez, D., *art. cit.*, p. 62; F. Ehrle, J.-M. March, S.J., *Los manuscritos vaticanos de los teólogos salmantinos*, Madrid 1930, pp. 116-117.

4 Cfr. Gutiérrez, D., *Ibid.*, p. 62.

AUTENTICIDAD DEL TRATADO

Desgraciadamente no disponemos de los datos elementales para fijar la paternidad de un escrito, como son la firma de su autor o la atribución explícita del mismo a alguien por persona autorizada y fidedigna. Falta, en este escrito, a) el comienzo del mismo y b) casi todo el capítulo primero de los doce en que está dividido. Pero estas lagunas, como muy certeramente afirma el P. David, no son tan graves como pudiera parecer a primera vista: la b), o segunda, se remedia en buena parte porque, al finalizar el capítulo primero, el propio autor escribe que lo en él expuesto sumariamente volverá a ser tratado «más de propósito en capítulos sucesivos». Por lo demás, *los criterios internos* aducidos por el P. David partiendo de un escrupuloso y detenido examen del tratado y su *comparación* con las obras genuinas de nuestro autor, no dejan ningún lugar para la duda. A dichos criterios remitimos al lector, pues nada nuevo al respecto tenemos que añadir. La conclusión a la que el P. David ha llegado por este camino es la siguiente: «La lectura del opúsculo confirma desde los primeros folios lo que de antemano ya parecía verosímil; pues enseguida se advierten el estilo oratorio del insigne predicador, ideas y giros peculiares de su pensamiento, textos bíblicos igualmente expuestos que en sus obras latinas, y hasta pasajes que concuerdan a la letra con otros de esta publicación. Dichos textos paralelos se hallan, como era de suponer, en las Conciones de la festividad del Corpus Christi»⁵. Y un poco más adelante, después de haberse entretenido en cotejar pacientemente tres pasajes de sus obras bien característicos, afirma: «Ante la perfecta conformidad de doctrina y de expresión en estos pasajes, y en otros que por brevedad se omiten, es muy probable que más de un lector concluya que el tratado anónimo debe atribuirse a Santo Tomás de Villanueva, sin vacilaciones de ningún género»⁶.

Sobre este punto, concluimos que la mutilación del comienzo y del primer capítulo del tratado no nos permite, hoy por hoy, conocer de manera explícita ni el nombre del autor ni tampoco su destinatario; pues de la lectura sólo se deduce que quien lo escribe lo dedica a una persona devota, a cuyos ruegos declara haberlo compuesto.

5 *Ibid.*, p. 66.

6 *Ibid.*, p. 68.

CARACTERÍSTICAS Y CONTENIDO DEL TRATADO

En este punto conviene distinguir lo que podríamos llamar la forma y el contenido del tratado. Por lo que a la forma o a sus características se refiere, cabe decir que no se trata de una «perla» de entre las muchas que compuso el santo. Escrito en castellano de la primera mitad del siglo xvi, no estamos ante un tratado teológico propiamente dicho al estilo del clásico esquema escolástico tradicional. Hay un orden y una lógica en la exposición, pero enseguida se advierte que predomina una cierta «familiaridad de estilo» con predominio de un lenguaje llano y sencillo al alcance de cualquier persona o «alma devota» deseosa de un apoyo para la reflexión y la meditación personal. El tratado está impregnado de la fervorosa devoción propia de un santo; pero, al mismo tiempo, se nos antoja un tanto «prosai-co», y en ocasiones hasta un poco «chabacano» en sus comparaciones: conforme en todo con los sermones latinos del santo. Los comentarios tienen siempre como base textos tomados tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, especialmente aquellos que en los Evangelios y en San Pablo tienen que ver con la institución de la Eucaristía. Abundan los ejemplos «didácticos» tomados también de los libros sagrados y de la vida ordinaria. Es a la hora de aplicar al caso los ejemplos seleccionados cuando el lenguaje y las expresiones se «vulgarizan» al máximo.

Por lo que al contenido del tratado se refiere, el santo expone la doctrina tradicional de la Iglesia. Su punto de partida es siempre, como acabamos de indicar, la Sagrada Escritura. Recurre con frecuencia a los Santos Padres, especialmente a San Agustín, San Gregorio y San Bernardo, sin dejar de lado los teólogos medievales, Santo Tomás sobre todos. Tampoco faltan alusiones a los teólogos de su época, muchos de los cuales tomaron parte en las discusiones sacramentarias que tuvieron lugar en el Concilio de Trento, al que él mismo estuvo invitado, pero que por razones personales el propio Emperador le dispensó de asistir. De hecho, a la hora de tocar y exponer ciertas cuestiones directamente relacionadas con la «presencia real» de Cristo en la Eucaristía tiene muy en cuenta las decisiones conciliares, en contraste con las tesis defendidas por Lutero, a quien cita explícitamente, lamentando y condenando *duramente* sus errores doctrinales y dogmáticos.

El propio autor ha dividido el tratado en doce capítulos en los que se exponen estas ideas fundamentales: «La primera, que

cosa es lo contenido debajo de este Sacramento y de sus efectos; lo segundo, de los que son dignos de se allegar a tan alto misterio, y lo tercero, de los que son dignos —según la fragilidad humana— de llegarse a tan grande amigo. Y todo irá fundado sobre aquella parábola evangélica que dijo Jesucristo nuestro Señor por San Lucas, a los catorce capítulos, y cántase en la Iglesia Romana, en la primera dominica, después de Corpus Christi... Esta escritura, esta parábola evangélica tan llena y preñada de misterios está, que, si la declaro como es razón, pienso que habré dicho muchos y grandes misterios del santo Sacramento, según la mi flaqueza; por eso vuestra merced contemple lo que yo no supiere declarar» (fol. 471v).

El tratado concluye dirigiéndose por enésima y última vez a la persona para quien lo escribe, de escasa formación teológica y con la que mantiene una íntima relación espiritual y de amistad. Éstas son sus palabras: «Y, teniendo todo esto en cuenta, gustarás aquí de este precioso convite, aunque debajo de cortinas y velos, hasta que venga el día cuando en él le conozcas como él es, por perpetua posesión de bienaventurada gloria. La cual a ti y a mí por su misericordia quiera otorgar. Amén.

Y sin extenderme más en la presentación, doy paso a la totalidad del texto fielmente transcrito y profusamente anotado. Precisamente el campo de tan numerosas notas es el que me ha exigido más tiempo y una mayor dedicación.

Lo transcribimos según la ortografía moderna, pero conservando las palabras y formas gramaticales empleadas por el Santo.

TRATADO DEL SANTO SACRAMENTO DEL ALTAR

CONTENIDO

[INTRODUCCIÓN].— <i>Estando muertos de hambre darlos <ha> a comer, estando sedientos darlos <ha> a beber</i>	7
CAPÍTULO I.— <i>En que sumariamente se declara cómo la mesa del santo altar es gran cena</i>	13
CAPÍTULO II.— <i>Cuán grande y excelente manjar se da en este sagrado convite</i>	14
CAPÍTULO III.— <i>En que se declara cómo este Sacramento es manjar conveniente al hombre</i>	17
CAPÍTULO IV.— <i>Donde se compara el manjar de este convite a otros antiguos</i>	22
CAPÍTULO V.— <i>Por qué ese divino manjar se llama Sacramento</i>	33
CAPÍTULO VI.— <i>Por qué este divino manjar se llama sacrificio</i>	39
CAPÍTULO VII.— <i>Por qué se llama este santo manjar viático o manjar de camino</i>	55
CAPÍTULO VIII.— <i>Cómo este santo Sacramento es empresa</i>	60
CAPÍTULO IX.— <i>Cómo esta mesa es grande por ser muchos los convidados</i>	72
CAPÍTULO X.— <i>De la mala crianza en no querer venir al convite</i>	78
CAPÍTULO XI.— <i>De las excusas que dieron los que no fueron dignos de venir a la cena</i>	85
CAPÍTULO XII.— <i>Del aparejo que han de traer los que han de ser dignos de se llegar a este suntuoso convite</i>	93

[INTRODUCCIÓN]

Estando muertos de hambre darlos <ha> a comer, estando sedientos darlos <ha> a beber ¹.

Hay otros que, a manera de vasos, no quieren derramar nada hasta que estén llenos, imitando en esto a la fuente manantial de todo bien, Cristo nuestro Señor, que por eso derramó tan abundantemente el arroyo de sus aguas —que regó y riega todo el mundo—, porque estaba lleno y no se podía agotar: que no había recibido el Espíritu Santo a medida, antes sin tasa, porque *todos recibiésemos gracia de su plenitud* ². Así lo pedía el rey David, diciendo que *su ánima fuese llena de grosura de caridad y devoción, y que después hablaría con alegría* ³. Así me parece que, en figura, lo hizo aquella famosa mujer Ruth; la cual, después de harta, llevaba lo que sobraba de los relieves del convite de Booz a Noemi ⁴. Por este convite es figurado el convite que Dios hace al ánima de los bienes espirituales, donde habemos de procurar de hartar nuestras ánimas; y no de lo necesario, sino de los relieves habemos de proveer a nuestros prójimos. Esto también parecen haber hecho aquellas vírgenes locas que les pedían de su aceite, que, porque no les faltase a ellas, fuesen a los que lo vendían y lo comprasen ⁵. Y así me parece que habían de hacer los hombres sabios: que si tienen tan poca sabiduría que temen que, por quererla vender, les vendrá a faltar, han de enviar a los que le pidieren a los que tienen suficiencia de ella (**f. 468v**), que son como mercaderes que tienen para sí y para los otros.

Pero cuál ha de ser esta abundancia, decláralo el mismo Bernardo ⁶, y fundarlo he yo sobre aquella historia de Ruth. Primero habemos de sustentar nuestro cuerpo, a manera de aquella mujer; y después, de los relieves, dar a nuestros próji-

1 2 Esd. 9, 15.

2 Io. 1, 16.

3 Ps. 62, 6.

4 Ruth 2, 18.

5 Mt. 25, 8s.

6 El mismo, es decir, en otro texto citado por el autor en folios perdidos.

mos: así como la madre da al niño que cría de la leche, que es de sobra, y no de la sangre, que le es necesaria. Pues, para sustentarnos, lo primero habemos de comer; y el manjar ha de ser aquel que dijo Cristo nuestro Señor a sus discípulos, cuando le rogaban que comiese, y él respondió que *su manjar era hacer la voluntad de su Padre*⁷. Y así, el manjar que nosotros habemos de comer es cumplir los mandamientos del Padre celestial. Y porque el comer despierta sed, es menester que bebamos para que se digiera lo que habemos comido. Este beber es la santa oración, la cual se llama vino que embriaga y transporta⁸ al hombre de entre los hombres, y le hace familiar a Dios, y que hable con él como si le viese ya, y como un amigo suele hablar a otro amigo.

Y de este comer y beber se sigue sueño de contemplación. Y, así como del sueño corporal se sigue y causa calor corporal, así, de haber comido y bebido y dormido espiritualmente —sobre mesa, como dicen—, se sigue un fuego de amor con nuestros prójimos para los aprovechar en la vida espiritual; de arte que aquél y no otro ha de tomar oficio de enseñar, que hubiere cumplido los mandamientos de Dios y fuere ejercitado en la santa oración y en la santa contemplación.

Todo esto he traído para que vea vuestra meced cuán poca o, por mejor decir, ninguna obligación tengo de enseñar y dar limosna de doctrina (**f. 469**), pues estoy tan debilitado, por no sólo en el tiempo pasado no haber comido el manjar de la observancia de los divinos mandamientos, pero aun —por mi gran maldad— cada día prosigo el oficio de los traspasar. Pues no menos está seco que debilitado mi estómago espiritual, por no beber el vino de la oración puro, sino hecho agua, aguado y mezclado con distraimiento y derramamiento de mi corazón en las cosas del mundo. Y así como los que no comen ni beben tienen desvanecida la cabeza y no pueden dormir, así yo, por no haber comido ni bebido estos divinos mandamientos, no tengo habilidad para dormir el sueño de la contemplación, porque no tengo en mi ánima calor de amor y caridad para mirar por la honra de Dios y provecho espiritual del prójimo. Y en tanto grado es esto verdad que, verdaderamente, todas las veces que lo pienso he vergüenza y me confundo de haber tomado tan alto oficio de man-

7 Io. 4, 34.

8 Ps. 103, 15.

tener a mis prójimos, estando yo tan muerto de hambre. Y ahora he más vergüenza, porque no la tengo mayor: no porque querría tener mayor causa, sino porque, pues tengo tan grande la causa, tengo tan pequeña la confusión y tan grande es el atrevimiento, en especial al presente, atreviéndome a dar limosna, de lo que yo tengo tanta necesidad, a persona tan rica que, con las migajas que de su mesa caen, como otra Cananea y como perro me podré sustentar ⁹. Pero, aunque no soy obligado a dar limosna a los ricos —siendo pobre—, la pobreza no me excusa de pagar lo que debo; ni menos la riqueza del acreedor, (**f. 469v**) pues nuestro Redentor no quiere que a los ricos espirituales —por este título— se les quite algo, antes se les dé: según dijo en aquella parábola evangélica, de un señor que había dado ciertos dones a unos criados para que granjeasen; y el que recibió un peso de dinero ganó diez tanto; y otro, con otro peso de dinero, ganó cinco tanto; y otro, con otro peso, no ganó nada, sino guardolo en un paño. Y mandó el señor que al primerro le diesen gobernación de diez ciudades, y al otro de cinco, y al otro mandó que le quitasen el peso de dinero. Y no mandó que lo diesen al de cinco, sino al que tenía diez y era más rico. Y como los otros criados trajesen a la memoria del señor la abundancia de aquél a quien de nuevo quería hacer mercedes, respondió: *En verdad os digo, que al que tiene le será dado de nuevo y le será dada abundancia, y al que tiene poco, aun eso poco le será quitado* ¹⁰. Sentencia es esta por cierto que espanta a los que tenemos poco, si no nos sabemos aprovechar al principio de las mercedes de Dios; y también alegra y anima a los que tienen mucho, para que no piensen que está Dios cansado de les hacer mercedes, sino que, si ellos se esforzaren a trabajar mucho, se esforzará Dios a les hacer de nuevo mercedes.

Concluyo pues que la riqueza del acreedor no quita la obligación de la paga, pues nuestro Señor quiere que los ricos tengan abundancia. Pues ¿qué haré, pobre de mí? Que si pago, no tengo para ello; y si no pago, como muy adeudado, estoy entre las áncoras y remos de la esperanza y el golfo del temor. Si pago, temo ser atrevido; y si no pago, pienso ser cobarde. Vicio es ser escaso y vicio es ser pródigo, y virtud ser liberal. Pero, según la regla de Aristóteles en su *Ética* ¹¹, menor vicio es ser

9 Mt. 15, 27.

10 Lc. 19, 12-26.

11 Lib. 4, 1; cf. S. Tom. *Summa theolog.*, II-II, q. 119, a. 3.

pródigo que escaso, y menos ser osado que cobarde. Yo querría en este caso acertar las venas (**f. 470**) a la virtud y dar en el blanco, y no errar por corto ni por largo. Y finalmente determino de pagar; porque, ya que yerre, erraré en el vicio menor —de osadía y prodigalidad; pues, no pagando, me pongo a riesgo de caer en el mayor, que es ser cobarde y escaso. Dame ánimo a esto saber que provee Dios maravillosamente a los pobres para pagar sus deudas.

En el cuarto libro de los Reyes, al capítulo 4.º, está escrito que una mujer había sido casada con un criado del profeta Eliseo ¹², el cual criado tenía muchas deudas, y murió. Y el acreedor molestaba a la mujer porque pagase las deudas, y quería-le tomar los hijos. Viéndose ella puesta en tanta aflicción, fuese para el Profeta y contóle por extenso toda su fatiga. Respondióle él: pues ¿qué quieres que haga yo? Como si dijera: bien ves tú que no tengo dineros para pagar por ti; pero, por no te enviar desconsolada, dime: ¿qué tienes en tu casa? Respondió: vive Dios, que no tengo sino un poco de aceite con qué ungirme. Díjole el Profeta que se fuese a su casa y pidiese vasos vacíos prestados y echase en ellos de aquel aceite. Hízolo así, y antes faltó vaso en que se echase el aceite que no el aceite. Y mandóle el Profeta que con el aceite multiplicado pagase a su deudor (sic), y con la resta se sustentase ella. Y así lo hizo.

Diversas cosas son significadas en la Sagrada Escritura por el aceite; pero, al presente, yo entiendo por el aceite el conocimiento de las cosas de Dios. Porque el aceite es nutrimento de la lumbre, y por la lumbre se significa la ciencia, porque nos encamina en el camino de Dios. Pues yo confieso que no tengo sino <poco> óleo y aceite con qué pagar; y es tan poco, que para mí no basta; pero espero en el verdadero Eliseo, Jesucristo mi Señor, que, viéndome tan adeudado, se compadecerá de mí y hará que se multiplique, por el intento que tengo de ser agradecido y pagar; de arte que haya para pagar y haya más que antes, para sustentar mi pobreza y necesidad. (**f. 470v**).

Acuérdome haber leído en el bienaventurado san Gregorio, sobre el profeta Ezequiel, una excusación suya ¹³, y dice así: «Al-

12 4 Reg. 4, 1-7.

13 S. Greg. No hemos hallado esta «excusa»: alusiones del Santo a sus escritos en PL 77, 1520.

gunos me notarán por presuntuoso y atrevido en haberme puesto a exponer el profeta Ezequiel, habiendo escrito sobre él tantos de los Padres antiguos; pero yo confieso que, cuando lo iba a leer y declarar a los hermanos, no lo entendía; y después, estando leyendo, por el merecimiento de aquellos a quienes enseñaba, me daba Dios noticia y entendimiento de lo que antes no sabía y quería saber. ¿Quién es aquél por cuyos merecimientos Dios me comunicaba esto?» ¡Gran logro era éste! Y así espero en nuestro Señor que por los merecimientos de a quien escribo, me ha de comunicar Dios lo que antes no entendía.

En el libro tercero de los Reyes, en el capítulo 17.º, está escrito que, en el tiempo de la hambre, envió Dios al profeta Elías a una mujer viuda que le mantuviese; y, pidiéndole el profeta Elías un pedazo de pan, díjole que era tan pobre que no tenía sino un poco de harina y un poco de aceite para comer ella y su hijo; y después, como persona que no tenía, esperaba morir ¹⁴. Y, no obstante esto, le dijo el Profeta que hiciese de aquella harina un poco de pan para él, y que después haría para sí y para su hijo: con palabra, de parte de Dios, que no le faltaría harina ni aceite hasta que cesase la hambre. Hízolo la mujer así y Dios cumplió su palabra: que nunca se le agotó a la buena vieja el aceite ni se le acabó la harina.

Rico era el profeta Elías, pues con su oración hizo que no lloviese ni tuviesen mantenimiento los hombres ni las bestias; y después, por su oración, llovió y tuvieron de comer los hombres y los animales ¹⁵. Pues quien proveía y quitaba el mantenimiento a los hombres rico y valeroso era. Pero quiso nuestro Señor que le diese mantenimiento una pobre que, como dicen, no tenía un pan que comer, no (**f. 471**) tanto por mantener al Profeta como por enriquecer la pobre. Y así espero en nuestro Señor que ha de hacer que esta limosna que doy a persona tan rica, ha de ser para enriquecerme y no para faltarme; y que, habiendo poco caudal en mí, nunca ha de faltarme el pan y aceite espiritual de la doctrina.

Cualquiera escritura pasa por el uicio del que la escribe, y por la pluma del que la escribe, y por el entendimiento de aquel a quien se escribe; y el que la escribe sabe lo que escribe, y el a quien se escribe también; sola la pluma no gusta de lo que

14 3 Reg. 17, 9-13.

15 3 Reg. 17,1 y 18, 41-45.

escribe. En esta escritura no piense vuestra merced que soy el que escribo, sino nuestro Señor que quiere enseñar a vuestra merced; y yo soy la pluma con que se escribe. Procure vuestra merced de gustarlo con aquel espíritu y amor con que el escribano soberano, que es Dios, lo escribe a vuestra merced. Y no mire a que la pluma, que soy yo, no lo gusta. Como Caifás profetizó, no sabiendo lo que decía ¹⁶. Y así como de la buena escritura no damos la gloria y honra a la pluma, sino al notador, así, de todo lo bueno que aquí en este tratado hallare, no a mi la gloria, pues soy la pluma y no es mío, sino a Dios, pues es el notador que nota y escribe a vuestra merced; y no de las nuevas que pasan en su corte celestial, sino de su propia persona: quiero decir que este tratado no ha de hablar de los santos del cielo ni de su gloria, sino del mismo Dios y Señor, según en esta vida podemos gozar de él, encortinado debajo de las especies sacramentales de pan y vino. Pues vuestra merced pidió y escogió la materia, como persona que sabe que nuestra bienaventuranza no ha de consistir en conocer a los santos y sus grandezas, sino en conocer a Dios y sus perfecciones, donde, como en registro y original, se conocen todas las cosas. Para lo cual es menester en esta vida conocerle y gustar de sus invenciones, según nuestro estado lo requiere.

De la cual materia diremos por orden tres cosas: la primera, qué cosa es lo contenido debajo de este Sacramento y de sus efectos; lo segundo, de los que son indignos de se allegar (**f. 471v**) a tan alto misterio, y lo tercero, de los que son dignos —según la fragilidad humana— de llegarse a tan grande amigo. Y todo irá fundado sobre aquella parábola evangélica que dijo Jesucristo nuestro Señor por san Lucas, a los catorce capítulos, y cántase en la Iglesia Romana <la primera dominica> después de Corpus Christi. Cuyo tenor es este que se sigue:

«Un hombre hizo una gran cena y convidó a muchos. Y, llegada la hora de la cena, envió a su criado a hacer saber a los convidados cómo estaban ya todas las cosas a punto; y comen-záronse todos a excusar juntamente. El primero dijo: he comprado una villa y tengo necesidad de la ver; ruégote que me hayas por excusado. Otro dijo que había comprado cinco pares de bueyes, que tenía necesidad de probarlos; ruégote que me hayas por excusado. Otro dijo: he tomado mujer y por eso no

puedo venir. Y volvióse el criado y dijo a su señor lo que pasaba. Y el señor, airado, dijo al criado: sal a las plazas y barrios de la ciudad, y asienta a la mesa a los pobres y flacos, y ciegos y cojos. E hízolo así el siervo. Y dijo a su señor cómo aún restaba lugar vacío. Díjole el señor; ve a los caminos y tráeme a cuantos hallares, por que se hinche mi casa; porque dígoos en verdad que ninguno de los primeros convidados se asentará a esta mesa»¹⁷.

Esta escritura, esta parábola evangélica tan llena y preñada de misterios está, que, si la declaro como es razón, pienso que habré dicho muchos y grandes misterios del santo Sacramento, según la <mi> flaqueza; por eso vuestra merced contemple lo que yo no supiere declarar.

CAPÍTULO I°

En que sumariamente se declara cómo la mesa del santo altar es gran cena

Doctrina es de Aristóteles, en el VIII° de su moral filosofía¹⁸, y costumbre muy usada entre los verdaderos amigos que, cuando el uno del otro a lejanas tierras y por largo tiempo se han de apartar, de comer juntos a una mesa. Esta costumbre y doctrina guardó...¹⁹ (f. 472) las veces que en la Sagrada Escritura leemos que los ángeles llevan nuestras oraciones y sacrificios, y los ofrecen en los ojos y acatamiento de Dios, no quiere decir otra cosa, sino que suplican a nuestro Señor acepte y reciba nuestras oraciones. Todo esto he dicho para probar cuán grande es este convite, pues tiene tan grandes servidores. Y por todas las cosas dichas claro consta ser verdad lo que dice el sagrado Evangelista: que la cena o convite, que este hombre hizo, ser grande²⁰. Pero lo que habemos dicho casi todo ha sido sumado; y por eso es menester tornar de propósito sobre todas las cosas que habemos dicho hacer grande esta cena o, a lo menos, sobre las más principales.

17 Lc. 14, 16-24.

18 Arist. *VIII Ethic.: Opera*, ed. Didot, II, 90-704.

19 Faltan uno o más folios en el ms.; pero el autor dice al fin de este capítulo que explicará «de propósito la misma doctrina en los que siguen».

20 Construcción latina equivalente a: «fue grande». Lo mismo se verá en otros casos.

CAPÍTULO IIº

Cuán grande y excelente manjar se da en este sagrado convite

Cuatro platos se dieron, según la Sagrada Escritura, en este suntuoso convite ²¹: el primero fue el pan sin levadura; el segundo fue el cordero pascual; el tercero lechugas amargas. Y, según dijo el arquitricino de quien cuenta el Evangelio ²², los hombres, cuando hacen algún banquete, ponen primero los mejores vinos y manjares; pero cuando Dios hace banquete, hace al contrario, que va mejorando y poniendo a la postre los mejores, como pareció en las bodas; que pudiera nuestro Señor hacer el milagro al principio y dar primero el buen vino, y no lo hizo. Y, por semejante, en esta gran cena puso primero los manjares de menos estima, que ya habemos dicho, y a la postre el manjar más principal. Suelen los hombres, cuando han de comer, tomar algunos manjares primero, no para hartarse de ellos y parar ahí, sino para abrir la gana de comer y después hartarse del manjar bueno y singular. Así Cristo nuestro Señor, habiendo de hacer un gran convite donde había de poner un manjar singular, quiso dar al principio unos manjares apetitosos que abriesen la gana del comer.

Cosa natural es, en viendo (**f. 472v**) una imagen o figura, querer saber lo que representa. Pues el pan sin levadura y el cordero pascual y las lechugas amargas figura e imagen son del santísimo Sacramento; y por eso, verlas, que es comerlas, nos pone apetito de comer lo que representan, que es el santísimo Sacramento. Puestos, pues, por la Sabiduría divina —Jesucristo nuestro Señor— en este convite los platos de principio, los manjares apetitosos de la Ley, a manera de Abrahán —que, queriendo convidar a los ángeles que venían en figura humana, primero les lavó los pies—, dice san Juan ²³ que se levantó de la cena y lavó los pies de sus sagrados discípulos; y después tornóse a sentar a la mesa, y tomó el pan en sus venerables manos, y bendijolo y diólo a sus discípulos diciendo: *Tomad y*

21 Los cuatro platos, que luego resultaron ser tres, eran los de la pascua de los hebreos (Ex 12, 3-8), no lo de la «gran cena» de que habla S. Lucas y que comenta el autor.

22 Io. 2, 9s.

23 Io. 13, 4s. El ejemplo de Abrahán lo cita el autor de manera inexacta, pues el Patriarca no lavó los pies a sus huéspedes, sino que les dio agua y le dijo: *Lavate pedes vestros* (Gen 18, 14).

comed de esto todos, porque os digo que esto es mi cuerpo. Y, de la misma manera, tomando el cáliz en sus santas manos, que estaba lleno de vino, dijo: Bebed de esto todos, porque esto que os doy es mi sangre ²⁴.

Podría dudar alguno —porque dijo Jesucristo Señor *mi cuerpo y mi sangre*— si en la hostia consagrada está la sangre de Cristo y su bendita ánima, o solamente su cuerpo; y, por semejante, si en el cáliz está el cuerpo de Cristo y su bendita ánima, o solamente la sangre de Cristo. Respondo que cuando Cristo nuestro Señor dio a sus discípulos la hostia y cáliz consagrados, y ahora consagramos en su santo nombre los sacerdotes, debajo de las especies de la hostia no sólo estuvo y está el cuerpo de Cristo, y debajo de las especies del vino no sólo estuvo y está la sangre, pero debajo de las especies del pan está el cuerpo y sangre de Cristo, y su santísima ánima y divinidad. Y lo mismo, sin faltar quilate, está debajo de las especies del vino, y estuvo cuando Cristo comulgó a los Apóstoles; pero diferentemente: porque debajo de las especies del pan, de principal intento ²⁵, solamente está el cuerpo de Cristo, y no la sangre ni el ánima, sino es por compañía; y debajo de las especies del vino, de principal intento, solamente está la sangre de Cristo, y no su alma ni cuerpo, sino es por compañía. Declaro esto por un ejemplo: voy yo a ver al emperador; juntamente con él vi una ropa de brocado que tenía vestida. No fuí yo a ver la ropa de brocado, sino al rey; pero no menos vi la ropa que al rey, porque estaban juntos el rey y su ropa. Pero si el rey no estuviera vestido de aquella ropa, viera al rey y no a la ropa, porque no iba yo a ver la ropa, sino al rey. Así en nuestro propósito: Cristo nuestro Señor no prometió más de su cuerpo debajo de las especies del pan, ni más de su sangre debajo de las especies del vino; pero, porque al tiempo que Cristo nuestro Señor comulgó y lo consagró, estaban y están juntos el cuerpo y la sangre, ánima y divinidad, donde está lo uno está lo otro: que no se han de apartar porque el sacerdote consagre. Como el rey no se ha de desnudar la ropa de brocado cuando yo le voy a ver, aunque le digan que yo no voy a ver la ropa, sino a la persona; sino dirá:

24 Las palabras de la institución de la Eucaristía que el autor parece atribuir a S. Juan, se encuentran en los tres evangelios sinópticos y en S. Pablo: Mt. 26, 26; Mc. 14, 22; Lc. 22, 19; y 1 Cor. 11, 23 ss.

25 «De principal intento» y «de compañía» traduce la frase latina «*ex vi verborum*» y «*per concomitantiam*» como enseña la Iglesia; Denz. 876.

véame a mí como estoy, que si de otra arte estuviera, de otra arte me viera.

Así el sacerdote, por las palabras que dice sobre la hostia, no llama —como dicen— más del cuerpo; y con las palabras que dice sobre el cáliz no llama más de la sangre de Cristo; pero el cuerpo viene como se halla cuando le llamáis, y la sangre lo mismo; y porque el cuerpo está encorporado en la sangre y la sangre está investida en el cuerpo, y el cuerpo y la sangre están animados con el ánima, y todo está unido a la persona del Verbo en unidad (**f. 473v**) de persona, cuando viene el cuerpo, viene con sangre, alma y divinidad; y la sangre viene con cuerpo, alma y divinidad. Pero si la sangre no estuviese acompañada con el cuerpo —así como si el rey no se vestiría vestidura de brocado porque yo le fuese a ver, sino mostrarse habría como está—, así la sangre vendría sin cuerpo y ánima, y el cuerpo vendría sin sangre y ánima. Y así, si en el tiempo que hubo desde la muerte de Cristo hasta la hora de la resurrección, cuando la sangre estaba por sí y el cuerpo por sí y el alma por sí, alguno de los Apóstoles —que ya eran ordenados sacerdotes en la cena— dijera las palabras de la consagración sobre el pan y el vino, debajo de las especies del pan estuviera el cuerpo sin alma y sin sangre, y debajo de las especies del vino estuviera la sangre sin alma y sin cuerpo; pero ahora, que todo está junto, junto viene; y todo Cristo, como está en el cielo, está en la hostia y está en el cáliz.

Y, por ventura, para dar testimonio de esta verdad la Iglesia mandó que los legos no comulgasen más de con una especie —con la especie del pan—, y no con la especie del vino; porque no pensasen que había más debajo de las especies de pan y vino que debajo de las especies de pan solo. Y si esto no fuera verdad y estuviese más debajo de las dos especies que debajo de una, la Iglesia hiciera grande agravio a los legos en quitarles tanto beneficio y consolación²⁶. Y si los sacerdotes comulgan debajo de las dos especies, no es porque haya más que debajo de una, ni porque reciben más gracia²⁷ que debajo

26 Es ésta una de las razones que alegaron varios padres y teólogos del Concilio de Trento acerca de la supuesta obligación de dar el cáliz a todos los fieles. Conc. Trid., ed. Gorres. VIII, 529-618.

27 Tachada por el autor la palabra «gracia», volvió a escribirla entre líneas y a tacharla de nuevo. Parece, pues, que tenía las mismas dudas que presentaron algunos teólogos en las discusiones tridentinas de 1551: CT, *ed. cit.*, VII.

de una, sino, como representan la persona de Cristo, es razón que lo hagan como Cristo lo hizo. Pero el pueblo no ha de comulgar más de debajo de la especie (**f. 474**) del pan, así por el peligro de verter la sangre como por dar testimonio de esta verdad. Y esto está mandado por dos concilios ²⁸, aunque el maldito Lutero ha querido pervertir esta costumbre, como él tiene ²⁹ pervertida el alma.

CAPÍTULO IIIº

En que se declara cómo este Sacramento es manjar conveniente al hombre

Sin comparación ninguna se ha mostrado magnífico este hombre y Dios en este convite, pues tan singular manjar ha dado en él, pues es el mismo Dios. Pero muchas veces acontece en los banquetes de los hombres magníficos y menos prudentes hacerse gastos excesivos, a causa de comprar costosos manjares; y no quedan los convidados satisfechos por no ser los manjares al sabor de su paladar, que unos son amigos de manjares dulces y otros de manjares agrios, y otros de manjares delicados y otros de manjares groseros. Y así, en el banquete donde no hay de todo, no hay contentamiento.

Esta imprudencia no cabe en este magnífico Señor, porque de él dice el profeta David *que todas las cosas hizo con sabiduría* ³⁰; y de esta arte, no sólo se mostró magnífico en dar vianda de tanta estima, pero mostróse sabio en que fuese muy conveniente al gusto de los convidados; para así declarar —como es de notar— que todas las cosas que viven y no por su propia virtud, como Dios, tienen necesidad de manjar extraño. Una piedra no tiene necesidad de manjar, porque no vive; pero un árbol, que vive, tiene necesidad de manjar; de donde se sigue que cuando no tiene agua suficiente se seca, porque muere de sed; y cuanto quitan a la raíz la tierra se seca, porque muere

28 El de Constanza en 1115 y el de Trento en 1562. Pero como el tratado es anterior a este último año e incluso al 1551, el autor se refiere a algunos de los concilios particulares en dos provincias que habían mandado lo mismo. «Lutherus hodie» I, 668D. Cf. Denz. 626, 668 y 756.

29 «Tiene» en presente, lo que indica que el autor escribía antes de 1546.

30 Ps. 103, 24.

de hambre. Ejemplo tenemos de esto en todos los animales, que, en faltándoles el mantenimiento, (**f. 474v**) se mueren.

El hombre está compuesto de dos naturalezas, cuerpo y alma; y ambas viven, aunque diferentemente; porque el ánima por sí vive, y el cuerpo no por sí; el ánima da vida al cuerpo; el cuerpo se sustenta con manjares corporales, como la vida de los brutos. Pero la vida del ánima, como es más subida, no se sustenta de estas cosas mundanas; y, si por ventura come de ellas, no toma gusto en ellas, no le hinchan la boca, según dice san Agustín: *Criástenos, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que goce de ti*³¹, porque tú eres propio manjar del ánima. Más excelente manjar es una perdiz que cebada; pero si ponéis vos a un caballo perdiz, no la comerá, y si le ponéis cebada, comerla ha. Pues si el bruto animal deja lo mejor y toma lo que no es tan bueno, porque es su propio manjar, ¿cómo pensáis vos que ha de hallar vuestra alma gusto y sabor en las cosas de este siglo, como no sean su propio manjar ni sean tan buenas como Dios, que es su propio manjar? Pero nota que Dios siempre fue excelente manjar de la criatura espiritual; y por eso, como buen Pastor, apacentaba las noventa y nueve ovejas —que son los coros de los ángeles— en el desierto del cielo. Pero aunque la una oveja perdida, que es el hombre, fuese criatura espiritual según el alma, no tomaba buen gusto en Dios por dos cosas: la primera, porque era grosero y la segunda, porque era enfermo. Los hombres groseros no se contentan con viandas delicadas, aunque sean buenas: como tenemos ejemplo de los hijos de Israel, los cuales —como eran hechos a los ajos y cebollas y olla de carne de Egipto— tenían hastío del maná, vianda suavísima, por ser delicada. Así nuestra ánima, por estar (**f. 475**) investida del cuerpo grosero, habíase hecho grosera; sabía, como el vino, a la pez del cuero, y no tomaba gusto en Dios, aunque es su manjar propio, porque es delicado. Item, porque estaba enfermo. Cuando vos estáis sano, holgáis de comer una pechuga de perdiz, pero no la queréis comer cuando estáis enfermo. El hombre antes del pecado estaba sano; después del pecado estaba enfermo y no le sabía bien Dios. Solemos decir que los estómagos sanos no han de menester guisados para comer y sainetes, señal es que tenéis estragado el estómago. Si el hombre tuviera buen estómago, según el alma, supiérale bien Dios, como les sabía a los ángeles del cielo sin

otro sabor ninguno; pero, como estaban enfermos y groseros, no tomaban sabor de Dios. Y así morían de hambre, porque ni en las cosas del mundo tomaban gusto, por no ser su propio manjar, ni en Dios, por la falta de su propio estómago.

Por esto determinó Dios, por su grande misericordia, de darse al hombre en manjar, guisado groseramente y conforme a su enfermedad, no perdiendo nada de su propio sabor. Esto fue haciéndose hombre, no perdiendo de ser verdadero Dios. Y, de esta arte guisado y sazonado Dios, comió el hombre a Dios: porque comer a Dios es conocerle y amarle y gozarle. Y, de hecho Dios hombre; conocióle el hombre, oyéndole, oliéndole y palpándole en lo visible que veía: por las maravillas grandes que veía, se levantó a creer la divinidad que no veía ³². Pero algunas veces acontece a vuestra merced, en tiempo de cuaresma, fresco a la red (?); y decís vos: si no tomo más de para un día, no vendrá cuando yo lo quiera; si tomo para más, olerá; el remedio sea que, porque no me falte, tome para muchos días; y, porque no huela, lo que se pudiere comer fresco, comerse ha, y lo que no, ponerse ha en pan. Dios humanado era manjar fresco, porque recién venido al mundo; y fresco, porque no había de durar mucho en el mundo, so pena que en alguna manera oliera; y el mal olor que trajera su estancia larga en el mundo, era <no> venir el Espíritu Santo, según el mismo Cristo da testimonio, diciendo por san Juan: *Cumple que yo me vaya; porque, si yo no me fuere, el Espíritu Santo no vendrá a vosotros* ³³.

Pues viendo nuestro Señor Jesucristo que él era propia vianda del hombre y que por amor del hombre se había sazonado al sabor de su paladar, haciéndose hombre, y que no podía estar con él mucho tiempo sin el olor que habemos dicho, determinó de hacer, *un día antes que muriese* ³⁴, un convite soberano en que se dio a sí mismo por manjar: no fresco, sino empanado; no porque allí haya pan, sino especie de pan. *Y tomando el pan en la mano y bendiciéndolo*: para que no hubiese allí pan, sino estuviese allí su sagrado cuerpo debajo de las especies y apariencias de pan. Y así como cuando tenemos empanada una trucha u otro cualquier pescado, no miramos al pan, sino a lo que está empanado, así nosotros no habemos de

32 Rom. 1, 20.

33 Io. 16, 7.

34 1 Cor. 11, 23.

mirar a los accidentes que vemos, ya que a la verdad allí no hay pan, sino a lo que allí se contiene, que es Cristo nuestro Señor. Y así, considerando Cristo cómo era propia vianda, guisada al paladar del hombre y empanado en el santísimo Sacramento, llámase por san Juan *pan vivo*³⁵; en lo cual se denota la virtud de este manjar, conforme a la (f. 476) necesidad que el hombre tenía.

Esta diferencia hallo yo entre este manjar y los otros corporales, que los otros manjares son muertos antes que los comáis: el pan muerto está, no se mueve ni menea; y cuando vos lo coméis le dais vida; porque el pan que vos hoy coméis y no se menea, mañana será carne de vuestro brazo y de vuestra pierna, y lo menearéis como ahora meneáis vuestro brazo. Y para dar vida a este pan convertislo en vos. Pero este santo Sacramento es vianda viva, y antes que vos lo comáis tiene vida, y no le dáis vos nueva vida cuando lo coméis. De esto se sigue, según verdad, lo que dice Cristo nuestro Señor en el Evangelio, *que su carne verdaderamente es manjar y su sangre es excelente beber*³⁶. Y síguese también que los otros manjares no son verdaderos, sino fantásticos manjares. Declara esto nuestro padre san Agustín y dice que, cuando el hombre come y bebe, no pretende otra cosa sino no tener hambre ni sed, para no morir³⁷. Pues esto no lo pueden dar ni efectuar los otros manjares, porque son muertos. ¿En qué seso cabe, dime, que esta cosa muerta te ha de dar vida? Aunque tengas siempre abundancia de estas viandas, al fin morirás, porque ellas no te dan a ti vida, antes tú la das a ellas; y así, cuando faltare tu propia vida —pues eres mortal— no te la darán ellas. Pero como este santo Sacramento sea vivo, tú no le das vida, antes este manjar te dará (f. 476v) a ti vida, cuando faltare la tuya. Y así como tú, para dar vida al manjar muerto lo comes y lo conviertes en ti, así este manjar vino para darte vida a ti —que estás como muerto— y te convierte en sí, según que él lo decía a nuestro padre sancto Agustín: *Manjar soy de grandes: crece y comerme has; y no pienses que me has de convertir en ti, como los otros manjares muertos que comes, antes yp, por ser manjar vivo, te tengo que convertir en mí*³⁸.

35 Io. 6, 41.

36 Io. 1, 12.

37 Cf. S. Ag., Enarr. in ps 84; PL. 37, 1075.

38 Cf. S. Ag., Conf. 7, 10; PL 32, 0742: «*Cibus sum grandium...*».

Parece que de este manjar nos viene daño, pues nos hace convertir en sí; pero, si bien lo miramos, no hay cosa más deseada de nosotros ni que más nos cumpla. Esto tienen las cosas malas, que todas las cosas que comen y convierte en sí las tornan malas, aunque ellas sean buenas; y, por el contrario, las cosas buenas hacen buenas las cosas malas cuando las convierten en sí. Mirad una araña, que, por ser cosa emponzoñosa, todo lo que come se convierte en ponzoña; y mirad una gallina, que come cosas viles y sucias y, por ser ella de buen natío, todo se convierte en bien; mirad un hombre enfermo, lleno de cólera <= morbo>, cómo todo lo que come se le convierte en cólera. Pues este manjar vivo hate de convertir en sí: mira quién es y qué tal es, y verás si pierdes o ganas: si bueno es, convertido en él, bueno serás; y si malo es, convertido en él, serás malo. Pues mira cuánto ganas; porque el manjar tiene vida eterna, y así tú tendrás vida eterna. El manjar es Dios; y así, (**f. 477**) comiéndolo tú y convirtiéndote él a ti en sí, serás Dios; como dice la Sagrada Escritura: *Yo dije: dioses sois* ³⁹. Y san Juan dice: *Dióles poderío para que fuesen hijos de Dios* ⁴⁰. Verdaderamente es verdad lo que dice David, que *lo hizo con nosotros Dios magníficamente* ⁴¹, pues tan grande convite nos dio, pues tan supremo manjar nos dio. ¡Oh hombre, ves aquí cumplidos tus deseos! Deseabas vida, y vida sin muerte: come este manjar y alcanzarlo has. Deseó el ángel ser como Dios y no lo alcanzó, antes sin remedio ni apelación ninguna fue echado al profundo del infierno. Deseaste tú ser Dios; y, puesto caso que te castigó Dios, no te castigó sin remedio en el infierno, sino desterróte en este destierro del mundo, y ha hecho Dios por misericordia contigo lo que tú deseabas alcanzar por desobediencia: tú deseaste ser Dios por desobediencia; quiere Dios condescender a tu deseo, dándote a sí en manjar; no para que tú le convirtieses en ti, sino para convertirte a ti en sí y darte ser Dios, como él es; aunque no de la misma arte, sino que, como él es Dios por naturaleza, lo seas tú por adopción y gracia.

Pues cómo se halla esto, decláralo nuestro Señor en el Evangelio diciendo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí está incorporado y yo en él* ⁴²; y así él está en mí y yo en él, como el

39 Ps. 81, 6.

40 Io. 1, 12.

41 Ps. 125, 3.

42 Io. 6, 57.

Padre está en mí y yo en él ⁴³. *Así como me envió el Padre vivo, y yo vivo por el Padre, así el que me come en el santo altar vive por mí* ⁴⁴; pues que así está en mí como yo en el Padre. Maravillemonos de esta comparación; leamos este paso del santo Evangelio temblando y con mucha reverencia; rásguese nuestro corazón; háganse arroyos de lágrimas de alegría nuestros ojos; demos infinitas gracias a tan magnánimo Señor por tan alto beneficio, (f. 477v) pues es tanta la amistad y unión e incorporación que hay entre Dios y mí —gusanito—, que se compara a aquella inefable unión en la cual el Padre y el Hijo son una misma cosa, una misma substancia, una misma divinidad; y que, así como el Padre y el Hijo tienen una misma vida —y el Padre la comunica al Hijo en aquella inefable unión—, así, por esta inefable sacramental incorporación, Dios infinito y el hombre gusanito tienen una misma vida: y Dios la tiene de sí, y el hombre de Dios y no por sí. Confesemos con freno (?) no ser igual nuestra unión sacramental entre Dios y el hombre a la eternal entre el Padre y el Hijo; pero gocémonos que es tanta y tanto nos aventajamos en esta unión, que no se pudo dar comparación con las criaturas, ni entre ellas se halló igual a qué se comparar ⁴⁵. Y por eso, así como muchas veces para entender las cosas divinas usamos de comparaciones de cosas criadas, así ahora, para <darnos a> entender las cosas humanas ha usado Dios, como de cosa sabida, de comparaciones divinas. Grande es pues la cena, pues el manjar es excelente y propio para los convidados, y donde se cumplen todos sus apetitos y deseos.

CAPÍTULO IV^o

Donde se compara el manjar de este convite a otros antiguos

Considerando el santo Job la grandeza de esta cena y la merced grande que el hombre en ella recibe, dice: *¿Qué cosa, Señor, es el hombre, por que tanto le engrandecéis y magificáis?* (f. 478) *¿Por qué razón ponéis en él vuestro corazón?* ⁴⁶. Porque nunca, hasta esta cena, mostró tanto el amor que a los hombres tenía y el caso grande que <de ellos> hacía. Mucho amor mos-

43 Io. 17, 21.

44 Io. 6, 58.

45 Cf. S. Agustín, *Conf., l.c.*

46 Job 7, 17.

tró Dios al hombre, pues le hizo tan excelente criatura y le dio todas las cosas con que se pudiese conservar en el estado espiritual y corporal: adornándole su alma con fe, esperanza y caridad, con mucha sabiduría y con todas las virtudes y justicia original. Para conservación de la vida corporal dióle el aposento y estancia del paraíso terrenal, que es tan templado, que ni siente frío ni calor ⁴⁷; dióle sol, luna, estrellas, animales, árboles frutales de que se mantuviese. Pero al fin dio un discante ⁴⁸ muy grande al hombre, poniéndole a un plato con los brutos animales, diciendo: *Mirad que os he dado todas las yerbas del campo para que comáis vos y todos los animales de la tierra* ⁴⁹. Mucho le había engrandecido, pero ahora baja le dio con esto, porque no se le desvaneciese la cabeza por soberbia. Y por eso no nos maravillamos de aquella magnificencia ni de aquel amor; porque, como dijimos arriba en el capítulo primero ⁵⁰, el verdadero amor no sabe tener majestad ni superioridad, sino igualdad. Y entonces mostró Dios mucha superioridad, dando al hombre mandamiento que no comiese del árbol de la ciencia del bien y del mal ⁵¹; y no mostró igualdad, pues que no le puso y asentó a su mesa y plato, como hizo a los ángeles. El manjar de que Dios goza y con que es bienaventurado, es el conocimiento (f. 478v) de sí mismo; y este manjar dio a los ángeles; pero no asentó a los hombres a su mesa y plato, sino a la mesa y plato de los brutos animales.

Más sin comparación mostró Dios el amor que tenía a los hombres haciéndose hombre, porque, como dijo san Bernardo, el amor perfecto templea las cosas altas y bajas, y hácelas iguales ⁵². Y así Dios se hizo igual al hombre, pues se hizo hombre. Y aun se hizo inferior y sujeto, según lo que el Evangelista dice, que *estaba sujeto a la Virgen María y a san José* ⁵³; y él mismo dice: *No vine a ser servido, sino a servir* ⁵⁴, porque había de ser grande la igualdad, pues era grande el amor. Y si solamente se

47 Los dos verbos en tiempo presente en vez de imperfecto.

48 «Discante» (!).

49 Gen. 1, 49.

50 Indica algo de dicho capítulo del que sólo se conserva muy poco.

51 Gen. 2, 17.

52 Cf. S. Bern., «*Sobre el Cantar de los Cantares*», *Serm.* 59. Bernardo, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid, 1937 ss., V, 275; V, 1029; *Ib. Serm.* 83, 3.

53 Lc. 2, 51.

54 Mt. 20, 28.

hiciera hombre, igual y no inferior al hombre, llevábamos ventaja la superioridad que había mostrado primero. Pero es Dios tan nuestro amigo, que no sólo se quiere mostrar igual, pero parece que quiere dar muestra que le pesa —si en Dios pudiese haberse caber pesar— de habernos mostrado superioridad y no haber sido nuestro igual; pues quiso, como dicen, recompensar la superioridad pasada con sujetarse, cuando se hizo hombre. Fue tanto el amor que Dios en esto mostró al mundo, que san Juan Evangelista hace caso <omiso> de todo el resto, en comparación de esto, diciendo: *En esto ha mostrado Dios su caridad y amor, en que envió a su Hijo a (f. 479) ser hombre*⁵⁵. Y el mismo Cristo dice en el Evangelio: *Así amó Dios al mundo, que dio a su unigénito Hijo*⁵⁶: como si dijera: no mostró Dios al hombre el amor que le tenía en le criar, ni se lo mostró en hacerle príncipe de todo lo criado —excepto los ángeles—, sino en hacerse hombre, porque esto y no aquello suena igualdad.

Y nota que no dijo san Juan que entonces nos tuvo Dios perfecto amor, sino que entonces lo mostró: porque el amor que Dios ahora me muestra, siempre me lo tuvo, sin principio, así como Dios es sin principio; pero no siempre lo mostró como ahora.

Concluyo pues que sin comparación fue mayor el amor que Dios mostró al hombre cuando se hizo hombre, que no cuando le hizo hombre y le hizo común banquete con los brutos; pero aun muy mayor le mostró cuando hizo este banquete o cena, en que le dio su sagrado cuerpo en manjar. Siempre me fundo en el dicho de san Bernardo que dice que el amor, si es perfecto, no compadece señorío, sino hace iguales a los desiguales; y no sólo iguales, pero aun una misma cosa⁵⁷. En la encarnación hízose Dios igual a nosotros; pero en esta cena hácese uno de nosotros, porque, según es dicho arriba en el capítulo tercero, este manjar es vivo y da vida al que lo come y conviértelo en sí; y de esta arte, de Dios —hecho manjar en esta cena— y del que le come, es hecha una cosa.

Y si esto no fuese así, ¿cómo podríamos ir al cielo? Porque dice Cristo que *ninguno sube al cielo sino el que descendió del cielo*⁵⁸. Pues ¡miserable (f. 479v) de mí! que nunca estuve en

55 1 Io. 4, 9.

56 Io. 3, 16.

57 Cf. S. Bern., *l. cit.*

58 Io. 3, 13.

el cielo, y en la tierra fui nacido, criado y he conversado: ¿cómo podré ir al cielo? Aunque ayune, aunque rece, aunque contemple, aunque haga penitencia, aunque convierta a todo el mundo, no basta para que haya sido del cielo, pues no lo he sido; y si del cielo no he descendido, no podré subir al cielo, pues ninguno puede subir al cielo sin haber descendido del cielo. ¡Oh bondad de Dios! Ya sé lo que tengo de hacer, y muy a poca costa, sin poner nada de mi casa.

Muchas veces acontece <a> un hombre no tener con qué pasar la mar, sino llégase a un hombre caudaloso y vase a la sombra de él. Así quiero yo hacer. Jesucristo mi Señor descendió del cielo: largamente podrá subir allá. Pues quiérome yo hacer Jesucristo mismo y así subiré allá. ¡Válame Dios! diréis vos ¿y es hacedero esto? Sí, llegándome a esta tan grande cena, y comer aquel divino manjar —Jesucristo nuestro Señor; y este manjar tiene virtud y propiedad de convertir a mí en sí; y de esta arte estoy hecho otro Jesucristo o, por mejor decir, el mismo Jesucristo, según decía san pablo: *que él no vivía, sino que Jesucristo vivía en él*⁵⁹. Y, hecho Jesucristo —que descendió del cielo—, podré subir al cielo. Esto era lo que decía Jesucristo nuestro Señor a los judíos: *Si no comiereis de mi carne y bebiereis de mi sangre no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida en sí mismo y yo le resucitaré en el día del juicio*⁶⁰. Como si dijera: subirá a poseer el cielo, porque es ya una misma cosa conmigo, que descendí del cielo.

Pues si el manjar de este convite nos hace no sólo iguales, **(f. 480)** pero aun unos con Dios, más excelente y más demostrativo de amor es que no el manjar que dio Dios al hombre en el banquete del estado de inocencia; y si en el estado de la inocencia no dio nuestro Dios manjar igual a este divino manjar, bien podremos creer que tampoco se lo dio en el estado del pecado, hasta esta cena, donde se concluyó el estado de la vieja Ley y comenzó el estado de la Ley de gracia, que es más excelente que el de la inocencia; pues en esta cena quiso Dios reformar al hombre, según que poco después vio san Juan Evangelista en el Apocalipsis: *Cielo nuevo y tierra nueva*⁶¹; porque ya el cielo estaba renovado, pues las sillas que los ángeles habían

59 Gal 2, 20.

60 Io. 6, 45.

61 Apoc. 21, 1.

perdido, los hombres las ocupaban. Y la tierra estaba renovada, pues había dejado la adoración de los ídolos y adoraba a su verdadero Dios. Pues el tiempo de la renovación comenzó en la cena, cuando, comidos los manjares viejos, se pusieron manjares nuevos; y así, como en tiempo más excelente, quiso Dios hacer más excelente banquete. Y por eso, aunque cuando comencé este capítulo tuve propósito y voluntad de cotejar y comparar este banquete —y manjar en él puesto— a los del Testamento viejo, por que así pareciese más claro cuán grande convite es éste, lo dejo, porque me parece cosa prolija y un algo superflua. Porque visto está que si el banquete que Dios hizo al hombre en el estado de la inocencia no se iguala a éste, tampoco los que se hicieron en la Ley vieja se igualarán.

Sólo de uno haré memoria particular, porque Cristo nuestro Señor hace de él memoria en el Evangelio, hablando con los judíos; y coteja el uno con el otro para que conozcan (**f. 480v**) la ventaja, diciendo: *Este es el pan que descendió del cielo. No así como vuestros padres <que> comieron el maná en el desierto y murieron. El que come este pan vivirá para siempre*⁶². En las cuales palabras compara Jesucristo nuestro Señor el banquete que Dios hizo a los israelitas en el desierto, por espacio de cuarenta años, a esta santa cena y manjar en ella dado, no para hacer igualdad, sino para declarar la ventaja que hace el beneficio que él nos hizo al beneficio que recibieron los antiguos; porque hay tanta diferencia cuanta hay entre un hombre vivo y otro pintado, cuanta hay entre un hombre y su sombra; la cual, aunque parece que tiene pies y manos y cabeza y dedos moverse, no es así en la verdad, sino en la apariencia de fuera y en cuanto representa aquello cuya sombra es. Así, aquel maná es figura y sombra de este santo Sacramento. Sobre lo cual, veamos lo primero en qué conviene y tiene similitud con este Sacramento, y lo segundo en qué hace ventaja este Sacramento a la figura.

Era aquel maná un manjar muy blanco, muy delicado, muy dulce, no formado por mano de los hombres; manjar maravilloso que, siendo uno, *tenía en sí la suavidad y gusto de todos los manjares*⁶³. También que, con ser uno, no sabía de una manera a todos: a los malos sabíales mal y a los buenos sabía-

62 Io. 6, 59.

63 Sap. 16, 20.

les bien; y así, algunos, ingratos al beneficio recibido, dijeron que tenían hastío de este manjar, deseando las ollas de carne y pepinos, (**f. 481**) cohombros y cebollas de Egipto. También era maravillosa cosa que una misma cantidad de aquel manjar era bastante para hartar a un hombre de gran cuerpo y de gran digestión, y la misma cantidad no agraviaba ni opilaba el estómago de un niño ni de un hombre de pequeña digestión, sino daba hartura a cada uno según la virtud y fuerza de su estómago. Ni por coger poco tenían falta, ni por coger mucho tenían sobra. Este manjar no le dio Dios a los hombres cuando estaban en Egipto, no cuando estaban en la tierra de promisión, sino cuando caminaban hacia allá, por el desierto, después de pasado el mar y ahogados los enemigos y gastados los mantenimientos que trajeron de Egipto. Había también en este manjar otra cosa no menos de maravillar que lo dicho, y es que aquel manjar, si lo guardaban de un día para otro —si no era del viernes al sábado—, luego se corrompía y henchía de gusanos; pero, por mandado de Dios, estaba en el arca del Testamento un poco de aquel maná —en memoria de este beneficio—, y éste jamás se renovaba ni jamás se corrompía.

Es este maná que Jesucristo nuestro Señor nos da en esta gran cena, manjar muy blanco por la inocencia, muy dulce y muy suave por estar allí el miel de la divinidad: si las palabras de Dios eran más dulces al gusto y paladar del profeta David —y lo son ahora a todos los que tienen el estómago espiritual bien dispuesto— que el panal de la miel ⁶⁴, ¿cuánto más dulce será el mismo Dios? Este manjar, (**f. 481v**) como el maná antiguo, no fue formado por obra humana, sino por obra del Espíritu Santo en el vientre virginal de la gloriosa Virgen María ⁶⁵. El maná presente, a manera del antiguo, tiene en sí, con ser uno, el sabor de todas las cosas: y no es maravilla, pues el manjar es el mismo Dios, que es todas las cosas. Donde san Ambrosio dice que Cristo es a nosotros todas las cosas ⁶⁶: «Si tienes llagas y las quieres curar, médico es; si tienes calentura, fuente es; si estás pesado con pecados, justicia es; si tienes necesidad de ayuda y favor, virtud y fuerza es; si deseas el cielo, camino es para allá; si huyes de las tinieblas, luz es; si buscas mantenimiento, manjar es; si buscas sabiduría, verdad es». Esto dice san Ambrosio.

64 Ps. 118, 103.

65 Lc. 1, 35.

66 Cf. S. Ambros., *De virginitate*, 26, 99; PL 16, 305.

Solemos ser devotos de los santos, unas veces de unos y otras veces de otros, según la necesidad que tenemos y según lo que pedimos: el que está enfermo, es devoto de san Cosme; el que tiene malos los ojos, de santa Lucía; las mujeres enfermas de los pechos son devotas de santa Águeda; el que tiene necesidad de virtudes, si pide fe es devoto de san Pedro, si pide caridad es devoto de san pablo, si pide menosprecio de las cosas del mundo de san Francisco, si pide sabiduría de san Jerónimo o de otro santo doctor. No todos a un mismo santo ni uno en todo tiempo es devoto a un mismo santo, porque no siempre tiene una necesidad, sino cuando tiene necesidad de tal virtud implora el favor (**f. 482**) de aquel santo que tuvo preeminencia en aquella virtud, aunque sea menor santo; porque cada uno de los santos tuvo preeminencia y cumbre en alguna virtud, la cual no tuvo otro santo en aquella virtud. Y por eso es verdad lo que dice la Iglesia de muchos santos, que *no se halló semejante a él en la guarda de la ley de Dios* ⁶⁷. ¿Cómo puede ser esto verdad de tal santo, pues tal otro santo fue no sólo tal, pero aun mayor y guardó mejor la ley de Dios? Respondemos que es verdad hablando de toda la ley de Dios en general; pero, hablando de un mandamiento o de una virtud particular, no se halló semejante a este santo —aunque menor que otro en virtud—, porque cada uno tiene su preeminencia en algo. Y quísolo Dios así, porque todos los santos fuesen honrados; y no uno de todos ni uno siempre, sino uno de unos y otro de otros, y uno una vez de uno y otro otra vez de otro.

Pero este manjar de todos y en todo tiempo, porque no sólo tiene preeminencia en una virtud, sino en todas; pues de él las reciben todos los otros santos, como dice san Pablo: *Fuéronles repartidos las gracias y privilegios y oficios* ⁶⁸; pero este Santo de santos, en cuanto Dios dalo todo y en cuanto hombre recíbelo todo; ca no recibió el Espíritu Santo a tasa y a medida, sino en plenitud y abundancia, *para que todos recibiésemos de él* ⁶⁹. Pues todos y en todo tiempo más que de los otros santos tengamos devoción en este santo Sacramento, en este (**f. 482v**) manjar, pues tiene en sí todo sabor y suavidad. Si quisieredes humildad, fue tanta su humildad que, siendo Dios, se llamó gusano ⁷⁰; si

67 Elogio de Abrahán en el Eccls. 44, 20 aplicado por la Iglesia en el antiguo breviario a los confesores pontífices en el capítulo de sexta.

68 1 Cor. 12, 4-10.

69 Io. 1, 16.

70 Ps. 21, 7.

obediencia pides, *fue hecho obediente hasta la muerte de cruz*⁷¹; si paciencia, *cuando le maldecían no maldecía y cuando le atormentaban no amenazaba*⁷²; si castidad deseas, fue tan amigo de ella que no sólo la quiso guardar, pero aun quiso ser concebido sin corrupción de la virginidad⁷³; su caridad y limosna, a sí mismo se dio⁷⁴; y él mayor la tuvo, según dice san Bernardo, que la dio por sus enemigos⁷⁵; si abstinencia, ayunó cuarenta días sin nada comer⁷⁶; si oración, *una noche entera estaba orando*⁷⁷; si deseas enseñar a otros y suspender sus ánimos e inflamar sus corazones y finalmente persuadirlos, mira que tres días tuvo suspensos a los que le oían⁷⁸, inflamó los corazones de los discípulos que iban a Emaús⁷⁹, persuadió a quien quiso y lo que quiso, porque enseñaba, como dice el Evangelista, *como hombre poderoso*⁸⁰. Pues dígotelo que dice Isaías: *Todos los que tenéis sed, venid a las aguas; y los que no tenéis plata, dáos prisa y comprad y comed: venid y comprad sin plata y sin otra cosa alguna vino y leche*⁸¹. Sed tiene el que tiene deseo y falta de alguna cosa; pero hay muchas maneras de sedientos, según que son varios los deseos y apetitos de los hombres. Pues no sólo llama el Profeta a unos deseosos, no sólo a unos sedientos, sino generalmente (**f. 483**) a todos, diciendo: *todos los que tenéis sed, todos los necesitados venid a este mar de aguas donde no concurre un arroyo o un río o dos, sino todas las aguas, todas las gracias y excelencias. No hagáis caso de que no tenéis plata, de que no sois ricos y abastados de virtudes: dáos prisa y comprad y comed; venid y comprad sin plata y sin precio. Parece que hay contradicción en las palabras del Profeta, pues dice: *comprad y sin precio. Si se completa el vocablo nos da a entender donación y no compra. Y el Profeta, como si en ello no hubiese contradicción, casa y junta lo uno con lo otro. ¡Oh misterio grande! Id a esta fuente de todas las aguas los pobres, y recibid vino y leche. Por el vino se entiende la divinidad y por la**

71 Philip. 2, 8.

72 1 Petr. 2, 23.

73 Is. 7, 14.

74 Io. 15, 13.

75 Cf. S. Bern., *l. cit.*, *Serm.* 20; BAC, V, 279; *Serm.* 78; VI, 1050.

76 Lc. 4, 2.

77 Lc. 6, 12.

78 Mt. 15, 32.

79 Lc. 24, 32.

80 Mt. 7, 29.

81 Is. 55, 1.

leche la humanidad; por el vino la sangre de Cristo y por la leche su sagrado y purísimo cuerpo.

Pues mirad que os digo que no echéis de ver vuestra pobreza, que sin precio se os darán los frutos y aguas y gracias y dones de la carne y sangre de Cristo: de la humanidad y divinidad. Confiad que se os darán de balde, tan cumplidamente como si los hubiéseis comprado. Y esto quiere decir *comprad sin precio*: recibid sin precio tanta largueza y voluntad como si lo hubiésedes comprado y así como si hubiésedes dado doblado de lo que vale, que por eso dices dos veces *comprad*. Pues id todos los deseosos de gracia y de virtudes a comer del manjar que (**f. 483v**) todas las cosas tiene; *gustad*, como dice David, *que es suave el Señor*⁸²; y tan suave que, a manera del maná, tiene en sí todo sabor y suavidad. Sabe también este Sacramento a cada uno como tiene el paladar, a manera del maná: a los buenos les hace buen provecho; a los malos les hace mal provecho; a los buenos, según dice la Iglesia, *da vida y a los malos da muerte*⁸³. Aquí se cumple lo que dijo Ana, la madre del profeta Samuel: *El Señor da la muerte y la vida*⁸⁴: la vida, porque es vida, y la muerte, no porque es muerte ni ama la muerte ni quiere dar la muerte, sino porque el que le recibe es hijo de muerte.

Tiene más este Sacramento común con el maná: que no tiene menos el que poco recibe ni más el que más recibe; porque como todo Cristo esté debajo de cada partecita de la hostia, y de las especies del vino un mismo Señor, no menos recibe el que recibe pequeña hostia que el que la recibe grande. El otro misterio, que una misma cantidad hartaba al grande y no opilaba al pequeño, déjolo por declarar para otro capítulo.

Este manjar no se da en Egipto, no en la tierra de promisión, porque no es manjar de esclavos y siervos del pecado, no de los que están en las tinieblas y ceguedad de Egipto. Tampoco se da a los de la tierra de promisión, porque este Sacramento no se da a los bienaventurados. Verdad es que el mismo Dios comen: quiero decir que de un mismo Dios gozan y gozamos; pero ésta es la diferencia, (**f. 484**) que ellos gozan sin velo de accidentes; nosotros debajo de las cortinas de las especies sacramentales. Pues

82 Ps. 33, 9.

83 Cf. Secuencia de la Misa del Corpus: «*Mors est malis, vita bonis...*».

84 I Reg. 2, 6.

digo que este manjar ni se da a los santos del cielo ni a los que están en el Egipto del pecado, sino a los que han salido del pecado, cuando han pasado el mar Bermejo —cuya bermejura significa contricción, y las aguas las lágrimas y confesión; hasta que allí se ahoguen los enemigos del alma, que son los demonios, habemos de andar por el desierto del sagrado Evangelio, ha de ser acabada la harina de Egipto. Estar en Egipto es estar en pecado mortal; tener harina de Egipto es tener reliquias y relieves de pecado, como son los pecados veniales, los cuales impiden el gusto dulcísimo de este Sacramento. No digo que causen muerte del ánima; no digo tampoco que impidan la gracia y efecto del santo Sacramento —aunque si esto quisiere decir no me faltaría testigo que allegar ⁸⁵; pero digo que impiden la devoción, el gusto, lágrimas y amigable conversación que los devotos sienten en el recibir a su Señor y Dios y amigo dentro del aposento de sus entrañas. ¡Oh cuidados del siglo, aunque lícitos! ¡Oh desenfrenados deseos del mundo y de la carne, aunque sin consentimiento! ¿Qué sois sino amarga harina de pecados, que muele la ligerísima y pesadísima muela de nuestro corazón? Que es tan ligera que, estando pensando en buenas cosas, estando orando, se derrama en un punto y momento a pensar cosas que impiden la suavidad del espíritu. ¡Oh si fueses del todo gastada! ¡Oh si no hubiese ni una pequeña reliquia ni relieve (f. 484v) de ti! ¡Oh si todo el trigo que molieses fuese candeal, sin mezcla de negrilla de pecados, para que, limpio y purificado de todo resabio de mal el paladar de nuestro espíritu, pudiésemos gustar cuán suave es el Señor que, como verdadero amigo, se viene a encerrar en nuestras entrañas!

Otra cosa tiene este manjar conforme al maná: que el maná que estaba en el arca del Testamento era para memoria del beneficio recibido de Dios; y este santo Sacramento, como adelante de propósito diremos, es memorial de los grandes beneficios de Dios.

En lo que este manjar hace ventaja al maná es que, el que comía el maná moría alguna vez: quiero decir que aquel manjar no daba vida, pues no era vivo; pero este manjar, como es vivo, da vida, según lo que alleguemos, que Cristo nuestro Señor dijo en el Evangelio ⁸⁶. Otra ventaja, que el maná no era del

85 Cf. S. Tom., *Summa theolog.*, III, 79, a. 8.

86 Io. 6, 23.

cielo: aunque no era de la tierra, tampoco era del cielo, sino formado en el aire por ministerio de los ángeles⁸⁷. Pero este manjar es del cielo, que descendió del seno del Padre, según lo que Cristo dice: *No os dio Moysés pan del cielo, sino mi Padre os dan pan del cielo verdadero*⁸⁸. De este manjar, y no del maná, se entiende aquello de la Escrituras que dice: *Pan del cielo dio Dios a los hombres; y pan de los ángeles comió el hombre*⁸⁹.

Mil niñerías dignas de burla y escarnio inventan y fingen los letrados y maestros de los judíos para decir que aquella autoridad se entiende del manjar que comieron sus padres en el desierto, y no del manjar que (**f. 485**) Cristo nuestro Señor dio a los cristianos; porque, dado caso que de aquel manjar se pudiese entender aquella primera parte de la autoridad que dice: *Pan del cielo les dio* —porque muchas veces en la Sagrada Escritura el aire se llama cielo—, pero ¿cómo es verdad de aquel pan lo que sigue de la autoridad, que *el hombre comió el pan de los ángeles*? ¿Por ventura los ángeles tienen cuerpo, para comer de aquel maná corporal? No. Y por esto, convencidos algunos de ellos, dijeron que los ángeles no se mantenían de aquel maná, sino de un rayo de luz; y que aqúeste rayo estaba mezclado con aquel maná; y de esta arte, de un mismo manjar comían los hombres y los ángeles. Esto manifiestamente parece ficción y mentira en aquel manjar corporal; pero, no sabiendo lo que decían, acertaron espiritualmente hablando: en nuestro manjar los ángeles se ceban y comen y gozan de un rayo de luz, no corporal sino espiritual, que es el Hijo de Dios, de quien dice el Apóstol que *es resplandor de la gloria del Padre*⁹⁰. Y el mismo Señor dice: *Yo soy luz del mundo*⁹¹. Pues este divino rayo de luz espiritual, que es el Hijo de Dios, está inserto en el maná, que es su sagrada carne, que está en el santo Sacramento; y de esta arte, de un mismo manjar y pan comen los hombres y los ángeles.

Concluyo pues de todo lo dicho, que sin comparación ninguna es más excelente este convite y el manjar que en él se nos da, que no el convite y manjar (**f. 485v**) que Dios dio a los hijos de Israel en el desierto. Y si este convite es mayor que el que

87 Cf. *Dictionair. de la Bible*, IV, 656-63, y las notas a Ex 16, 15 y Sap. 16, 26-27 en las versiones modernas de la Escritura.

88 Io. 6, 32.

89 Ps. 77, 24s.

90 Hebr. 1, 3.

91 Io. 8, 12.

Dios hizo al hombre en el estado de la inocencia, y mayor que el que hizo en el estado de la Ley escrita, bien podemos concluir que en ningún estado hizo Dios tan grande manjar y convite. Y así resta ser verdad lo que dijo el Evangelista: que este hombre hizo gran cena.

CAPÍTULO Vº

Por qué este divino manjar se llama Sacramento

En los capítulos pasados habemos dicho cuán grande es este divino manjar; no es justo que del todo callemos sus efectos.

Hay unos amigos que se huelgan de conversar con otros amigos suyos, aunque pobres, no por el bien ni interese que de ellos esperan —pues son pobres—, sino por la amistad. Pero si los tales amigos fuesen ricos, holgaríanse con su conversación no por sólo el amor de amistad, pero aun por el interese. Así, hay dos maneras de amor a Dios, como a otro cualquier amigo: un amor es con que le amamos por quien él es y por su bondad; y por este respecto nos holgamos de su dulce conversación. Hay otro amor con que amamos a Dios por nuestro propio interese, porque su vista nos hace bienaventurados. El primer amor es más perfecto, porque se funda en lo más firme de la amistad, que es bondad y no interese —y pertenece a la primera y más excelente virtud, que es la caridad; el segundo amor es bueno, pero no tan perfecto como el primero, y pertenece a la segunda virtud que es (**f. 486**) la esperanza⁹². Pero creo que aunque este amor es segundo y no primero en la perfección, es primero en orden: quiero decir que es por donde, como imperfectos, comenzamos; va primero, como interesados amigos, comenzamos a amar a Dios por la gloria y premio de ella que nos ha de dar, que no por su bondad infinita. Pero al fin, como quiera que le amemos, pensamos en él; y, pensando en él, venimos a caer en quién es y cuán bueno es; y de esta arte, los que le amábamos por interese, como amigos imperfectos, venimos a le amar por quien él es y por que lo merece; y por esta razón venimos a desear su dulce conversación. Y así digo que, si fuésemos verdaderos amigos de Dios, habíamos de recrear y —como dicen— bañar en agua rosada por la familiaridad y dul-

92 Cf. S. Tom., *Summa theolog.* 1-2, 25, a. 9.

ce conversación de Jesucristo nuestro Señor en el Sacramento, sin interese alguno, sino sólo por quien él es y por su bondad.

Si aquella mujer grande de quien cuenta el libro cuarto de los Reyes ⁹³, conocida la bondad y santidad del profeta Eliseo, tuvo deseo sin interese alguno de le hospedar y hacer buen tratamiento, en tanto que, aunque parecía ser sospechosa esta voluntad, dio parte de ello a su marido y le rogó que hospedasen en su casa al varón de Dios, ¿cuánto más habemos de procurar nosotros de recibir al verdadero Eliseo, Jesucristo, en el aposento de nuestro pecho, poniéndonos por esto a mucho riesgo, si menester fuese? Pero como Dios, según dice el profeta David, conozca nuestra poquedad y flaqueza ⁹⁴ y cuán desentrañados estemos de la ley (**f. 486v**) de la verdadera amistad, y cuán fundados en el interese, a manera de padre que da alguna dádiva al niño para que vaya a la escuela a deprender; aunque el interese y provecho es del niño y no del padre, así nuestro Dios como a hijos no varones sino niños nos trata, proponiéndonos dones singulares en este Sacramento, para que, aficionados a ellos, holguemos más a menudo aposentarle en nuestra alma y conversar con él; aunque de esto a él ninguna y a nosotros mucha honra se nos sigue. Y esto, a manera del profeta Eliseo ya dicho; el cual, aunque aquella mujer le recibió sin interese, él quiso bien pagar la posada. Y así Cristo lo hace.

El primer don y principal joya con que nos aficiona a este bienaventurado manjar es la gracia que en él nos reparte; y por eso se llama Sacramento. Sacramento llaman los teólogos una cosa visible que, por la institución y palabra de Dios, da gracia ⁹⁵. Así, aquellas especies del pan y del vino son visibles, y por la institución y palabra de Dios dan gracia: por eso se llama Sacramento. Cuando Dios crió al hombre, dióle un árbol de vida con que pudiese conservar la vida del cuerpo ⁹⁶. Y al tiempo que le reformó, dióle su sagrado cuerpo con que conservase y aumentase la vida espiritual del alma. La vida del ánima es la gracia; aumentándose (**f. 487**) la gracia crece la vida del ánima. Rico amigo es el Señor que en este Sacramento recibimos, y por eso era razón que nos enriqueciese con su presencia, según lo

93 4 Reg. 4, 8-10.

94 Ps. 102, 14.

95 Cf. S. Tom., *Summa theolog.*, III, q. 60, a. 2-5.

96 Gen. 2, 9.

que dice la Virgen en su cántico: *A los hambrientos abastó y cumplió de bienes* ⁹⁷.

A cada paso leemos en la Sagrada Escritura y en las historias de los santos que, por tocar a sus ropas, huesos, reliquias u otra cualquiera cosa suya, recibir ⁹⁸ los que las tocaban grandes beneficios y hacerse grandes milagros. Pues mayor razón hay que reciban mayores mercedes los que, no sólo con sus manos, no sólo a las reliquias, pero al mismo Dios aposentan en sus entrañas. Pero, puesto caso que este santo Sacramento dé gracia a todos los que dignamente lo reciben, no da igual gracia a todos, aunque todos reciban una cosa: así como el maná antiguo hartaba a los grandes y no ponía hastío a los pequeños, de arte que a unos daba mucho mantenimiento—conviene a saber, a los grandes— y a otros poco, conviene a saber a los pequeños. Este divino manjar, según el mismo <Cris-to> lo dijo a nuestro padre sancto Agustín, *es manjar de grandes*: no en estado y dignidad según la vanidad del mundo, sino de grandes en merecimientos y devoción, (**f. 487v**) pues los tales y no los primeros son grandes en el acatamiento de Dios. Pues todos habíamos de ser grandes cuando a este santo Sacramento nos llegamos, que, conforme a nuestra grandeza y estado y devoción y lágrimas, se nos daría la gracia.

De aquí viene que tan poca enmienda hay de nuestra vida, tan poco aprovechamos en la vida espiritual y celestial, aunque muchas veces comulgamos, porque somos pequeños y no grandes en devoción; y así, pequeña y no grande gracia recibimos en el Sacramento; porque, como digo, este manjar mantiene a cada uno como es. Así como un señor <que> tiene muchos criados a quienes da ración, no se la da igual así en la cantidad como en la calidad, sino a unos se les da vaca y a otros carne-ro, según que más o menos merecen, Así nuestro Señor reparte más o menos su gracia, según que el que la recibe más o menos merece. Pero parece que hace nuestro señor Jesucristo al revés de aquel prudentísimo José que, por sola la sabiduría, de esclavo fue hecho gobernador de Egipto; el cual, habiendo de hacer un banquete a sus hermanos, dice el texto que les dio mantenimiento para el camino; y a cada uno mandó dar dos vestuarios, y al menor mandó dar cinco ⁹⁹. Paréceme que Cris-

97 Lc. 1, 53.

98 Construye en latín por «recibieron».

99 Gen. 45, 22.

to nuestro Señor da a nosotros, que somos sus hermanos —pues que es hombre como nosotros—, mantenimiento para el camino de esta vida, como diremos presto; empero José da mercedes al menor y Cristo al mayor, según habemos dicho. **(f. 488)** Pero si bien lo consideramos, no hallaremos contradicción, sino conveniencia, pues mucho más sabio es Cristo que José. Una misma cosa es ser hombre grande y pequeño, por diversos respectos: el que es grande en devoción llámase pequeño, porque por tal se tiene por su grande humildad; y de esta arte, dice Cristo que *si no fuéremos pequeños no entraremos en el cielo* ¹⁰⁰; pues el que es menor en sus ojos es mayor en la estimación de Dios, y el que es mayor en su estimación es menor en los ojos de Dios ¹⁰¹. Pues *a los humildes da Dios mayor gracia* ¹⁰², todo nuestro estudio antes que recibamos este Sacramento sea humillarnos, cotejar nuestra devoción con la de muchos varones antiguos, de quienes leemos que se derretían en lágrimas, como se derrite la cera blanda delante del fuego. Fuego es Cristo nuestro Señor, como lo dice la Sagrada Escritura en muchos pasos ¹⁰³. Los santos antiguos regalábanse delante de Cristo, porque eran cera y blanda; nosotros estamos allí como guijarros empedernidos, sin sentimiento y devoción, como si estuviésemos delante de una gallina. Los ángeles muy altos están temblando delante <del Señor>, y ¿no temblaré yo? Pues esta sea nuestra consideración; y, ya que no lloremos de devoción, lloremos por temor. Ten estudio, si no sientes devoción, de humillarte delante de Dios, y por ventura ganarás más gracia con humildad que con lágrimas. Cuando el fuego está amortecido, sóplanle con aire, contrario al fuego, y enciéndese y avívase con aquello. **(f. 488v)** Habíamos de ser carbones encendidos delante del santo manjar; <al> vernos amortecidos soplemos con el viento vehemente de la humildad y contricción, porque no estamos como es razón; y de esta arte nos inflamaremos en devoción, nos dará el Señor como <José> a su hermano el menor —Benjamín— cinco atavíos, que es gracia para que guardemos nuestros cinco sentidos en su santo servicio.

Pero, para que mejor podamos entender cómo este santo Sacramento da más gracia a unos que a otros, es de notar que,

100 Mt. 18, 3.

101 Cf. Lc. 1, 53 y 18, 14.

102 Lc. 4, 6.

103 Cf. Lc. 12, 49; Hbr. 12, 29.

cuando yo hago oración o limosna u otra cualquier buena obra en estado de gracia, dame nuestro Señor gracia conforme a la bondad de la obra y a la devoción y voluntad con que la hice; pero cuando comulgo o me confieso o recibo otro Sacramento con reverencia y devoción, dame nuestro Señor dos raciones de gracia: la una conforme a la devoción y reverencia que tuve, como si con la misma devoción hiciera otra obra buena que no fuera Sacramento; y dádese otra ración de gracia, por ser la obra Sacramento ¹⁰⁴. Y ésta va de balde y graciosa, que no se da por la devoción del que recibe el Sacramento, sino por la liberalidad del Señor, que quiere hacer tan grande merced al que recibe el Sacramento; la cual no se le daría si no recibiese el Sacramento, aunque tuviese devoción igual y voluntad de lo recibir, pero no lo recibe por mala disposición o por no haber aparejo. Y en esto no se le hace injuria, pues Dios le da la gracia que mereció por su devoción y voluntad; pero si le recibiera de hecho, (**f. 489**) recibiera otra gracia de balde; y, pues era de balde, no le hacen injuria en no se la dar. Pues ya tenemos hecha diferencia entre la gracia que Dios da por la devoción y la que da de balde —por el recibir el Sacramento—, pues cuando uno se llega a este divino manjar con mayor devoción que otro, y con mayor devoción que otra vez, claro está que recibe mayor gracia, hablando de la gracia que Dios da por la devoción del que recibe el Sacramento: pues a mejor obra se ha de dar del justo Señor que la conoce mayor premio; y más devoción es mejor obra que pequeña devoción.

Pero hay dificultad si este tal recibe más gracia, hablando de la gracia que Dios da de balde, por recibir el Sacramento. Y algunos dicen que no ¹⁰⁵, pues aquella Dios la da de balde y no por la devoción; pero yo digo, conforme a los que según mi parecer hablan mejor y más devotamente en esta materia —no condenando a nadie, antes sujetando ni pobre parece a otro cualquiera que más entendiése—, que no solamente Dios da mayor gracia al que recibe este Sacramento con mayor devoción, por esa devoción, pero aun mayor por el recibir este santo Sacramento. Pues mira, hermano mío, no tengas en poco la gracia, así tendrás en la vida (**f. 489v**) advenidera de gloria: esto

104 Cf. S. Tom., *Summa theolog.*, III, 62, aa. 1 y 4. Véase en un buen tratado de teología sacramentaria la explicación de los términos *ex opere operantis* y *ex opere operato*.

105 Cf. Caiet. *in III*, 62 y 69, a. 8.

es tener gracia o estar en gracia, estar escrito y no borrado en el libro de la divina sabiduría ¹⁰⁶, para poseer tal o tal grado de gloria. Y por cualquier grado de gloria, si se comprase o trocarse, habías de dar todos tus bienes y a ti mismo, según dice santo Agustín nuestro padre ¹⁰⁷. Y si o lo haces, es porque no sabes qué cosa es gloria; y el no saber te viene porque los ojos no vieron cosa semejante ¹⁰⁸, ni hay música que con ella se compare, ni sabor que a ella sepa, ni olor que así huelga, ni cosa en esta vida que le parezca. Tenla en mucho y ten en mucho la prenda de la gloria que, según dice santo Tomás, es la gracia ¹⁰⁹. Y por eso date prisa a sembrar buenas obras, porque cojas por flor la gracia y por final fruta la gloria. Pero ten en más el Sacramento, pues es tierra donde está abscondido el tesoro y minero de la gracia, el cual no le pusiste tú ni sembraste; porque, como dije, la gracia que allí se te da no se te da por la devoción que de tu casa pusiste, sino por la liberalidad del Señor que allí la puso, para que tú sin trabajo la hallaras.

Pues vende, como dice el Evangelio ¹¹⁰, todo tu tesoro y compra la tierra del cuerpo de Cristo, donde está este minero: quiero decir que no tengas en tanto otro ningún ejercicio tuyo como éste, pues éste es más de Dios que tuyo, y por esto mejor, con tal que te aparejes como es razón. Pues convídate a sentarte (**f. 490**) en la mesa del santo altar la dulcísima conversación de tu entrañable amigo, Jesucristo nuestro Señor, y secundariamente el interese de gracia, y por consiguiente de gloria. Y para esto no te confíes en que haces decir Misas, que para esta granjería no aprovecha tanto; porque la Misa es sacramento y sacrificio; y en cuanto sacramento da gracia, y en cuanto sacrificio remite y sana la pena. Y de la primera manera sólo aprovecha al que la dice, y de la segunda manera a aquel por quien se dice. Y por más declarar esto haremos otro capítulo.

106 Apoc. 21, 27.

107 Cf. S. Ag., *Enarr.* in ps. 83, 10; *Augustini opera omnia*, ed. altera, Parisiis 1836; IV, 1264C; Ep. 104, 11; II, 439B; *Quaest. in Ex.* 154; III, 733C; *De virgin.* 14; VI, 586B. Téngase en cuenta que, salvo raras excepciones, las citas de los SS. Padres y algún que otro autor no son literales. Las que nosotros aportamos en nota a pie de página son sólo orientativas o, si se quiere, aproximativas al pensamiento expresado en el texto por el autor.

108 1 Cor. 2, 9.

109 Cf. S. Tom., *Summa theolog.* II-II, 62, a. 1 y 4.

110 Mt. 13, 44.

CAPÍTULO VI^o*Por qué este divino manjar se llama sacrificio*

Después de haber declarado la grandeza del manjar de esta mesa en general, he comenzado a declarar los efectos suyos por que mejor se entienda cuán excelente es; los cuales son tantos que no se pueden declarar por un solo nombre, sino la Iglesia —alumbrada por el Espíritu Santo— le puso muchos nombres para significar sus muchas excelencias: llamóle Sacramento y Eucaristía, porque da gracia al que le recibe; llamóle en un decreto ¹¹¹ —y aun en muchos— sacrificio, porque perdona la pena: donde no es una misma cosa tener gracia y no estar obligado a ninguna pena; porque es posible no tener ninguna pena y no tener gracia, como es notorio de los niños que mueren sin bautismo, los cuales no tienen pena sensible y no tienen gracia; pues, como dije, los que tienen gracia están en el padrón de los que han de gozar de la gloria, de la (f. 490v) cual aquellos niños no han de gozar. Y, por el contrario, es posible tener gracia y tener gran pena, como es notorio de los que están en purgatorio, los cuales tienen mayor pena que Cristo nuestro Señor tuvo en su pasión: que así como los gozos de la otra vida son mayores, así las penas mayores; y tienen gracia, porque, como digo, están en el cartel de la gloria escritos y han de ir a gozar de su dignidad. Pues no sólo este santo Amigo, entrando en el aposento de nuestras entrañas nos hace merced de la gracia y gloria, pero aun nos perdona la pena que habíamos de tener por la culpa; porque ni carezcamos de gracia, como los niños del limbo, ni tengamos pena como los del purgatorio.

Cuando el rey misericordioso David asentó a su mesa a Mifiboseth ¹¹², nieto del rey Saúl —su adversario—, no sólo le perdonó la injuria, como a nieto de enemigo, pero aun le volvió la heredad de su padre. Así Cristo, nuestro Señor misericordioso, asiéntanos a su mesa para tornarnos la gloria, dándonos la prenda que es la gracia: y por eso se llama Sacramento; y perdónanos la injuria y pena, y por eso se llama Sacrificio. Ley natural es que ningún bien ha de quedar sin galardón, ni ningún mal sin castigo: *Tribulatio et angustia in omnem animam hominis operantis malum... gloria autem et honor et pax omni*

111 Cf. Dezin., *Enchiridion*: index systematicus xii h.

112 2 Reg. 19, 28.

operanti bonum ¹¹³. Es tan manifiesto esto, que aun los filósofos naturales, sin lumbre de fe, dijeron por esta razón que nuestra ánima no era mortal, como la de los otros brutos animales; porque muchos hombres en esta vida eran muy viciosos, y sin castigo, y por el contrario muchos hombres había (**f. 491**) que eran virtuosos y no los galardonaban en esta vida; por lo que se sigue haber otra vida, donde los buenos sean galardonados y los malos sean castigados.

Cosa es pues muy averiguada, no sólo en la Sagrada Escritura pero aun en razón natural, que los malos han de ser castigados, pues de ella sacaron <los filósofos> una verdad tan dificultosa, aunque en la verdad verdadera, que es nuestra ánima ser inmortal. Y la causa de esto es porque en la casa de Dios no ha de haber cosa alguna sin orden ¹¹⁴; y la culpa sin pena es desorden y desconcierto; por eso todas las veces que pecamos quedamos obligados a alguna pena, según la cualidad dela culpa: si la culpa es mortal quedamos obligados a pena eterna, y si la culpa es venial quedamos obligados a pena temporal. En cuya recompensa los hombres, desde el principio del mundo, ofrecieron a Dios dones y sacrificios: no solamente los que tenían verdadero conocimiento de Dios, pero aun los gentiles ofrecían ofrendas y sacrificios a sus dioses fingidos o dioses hechosos, cuasi dando a entender en esto que Dios quería ser honrado con los dones y mercedes que nos da.

Pero, como Dios sea espíritu, ama y desea adoradores y sacrificios espirituales ¹¹⁵, y no le agradan nada cabrones ni becerros ni ovejas ni otros cualesquier sacrificios carnales ni sangrientos, según él lo dice por (**f. 449v**) el Profeta: *Oye, pueblo mío, y hablaré: Israel, nunca te reñiré porque no me sacrificques: no recibiré de tu casa becerros ni recibiré de tus rebaños cabrones* ¹¹⁶. Y en otro Profeta decía: *¿Para qué me ofrecéis tantas víctimas? No tomo placer con sacrificios de carneros ni de cosas gruesas, ni tampoco me agrado de la sangre de los cordeiros ni becerros ni cabrones. No curéis pues de aquí adelante de ofrecerme sacrificios por demás, pues que ya me son enojosos* ¹¹⁷.

113 Rom. 2, 9 s.

114 Al margen del fol. 491 escribió lo mismo: *Quae a Deo sunt, ordinata sunt. Qui non subjicitur legi directive, subjicit correctivae. Vide Serm. samaritanae. Cf. Gutiérrez, D., Sermón de la samaritana, en La Ciudad de Dios, 162 (1950), pp. 78-89.*

115 Io. 4, 23.

116 Ps. 49, 7, 9.

117 Is. 1, 10 s.

Pero dirá alguno que no está bien templada esta vihuela, que no conciertan bien estas voces, pues Dios mandaba y obligaba a los hombres en la Ley vieja a que ofreciesen sacrificios, y con tanto aparato y solemnidad de ceremonias como aparece en los libros de Moisés. Respondo, conforme a nuestro padre san Agustín ¹¹⁸ y a otros sagrados doctores, que Dios no amaba ni aceptaba los sacrificios de la Ley por sí y por lo que valían, pues consta que no eran suficiente recompensa todos ellos de un pecado mortal, por el cual el hombre está obligado a pena eterna ¹¹⁹: pues la pena y muerte de aquellos animales no era perpetua, antes duraba poco; ni su pena, que poco duraba, era de precio de eternidad: como es más una bofetada (**f. 492**) dada al rey, que la muerte de un labrador, por la dignidad de la persona. Pues esto no había allí, pues lo que penaba y moría era de tan poca estima, que eran brutos animales; pero agradaban a Dios aquellos sacrificios, en cuanto eran figura del verdadero sacrificio que Jesucristo nuestro Señor ofreció en el árbol de la cruz a su Padre eterno. Porque en aquellos sacrificios protestaban los padres del viejo Testamento que no se podían salvar por sus merecimientos, sino por los merecimientos del Hijo de Dios, que había de venir a ser sacrificado. Y aquellos sacrificios eran palabra que Dios daba de enviar a su Hijo a ser sacrificado.

Y eran muchos los sacrificios, como dice el mismo san Agustín ¹²⁰, porque cuando uno dice la misma cosa por unas mismas palabras muchas veces, enoja a los oyentes; pero si las dice por diversas maneras no pone fastidio en los oyentes. Pues cada uno de aquellos sacrificios, como dicho es, palabra era de Dios que daba de enviar a su Hijo; y porque lo decía y prometía muchas veces, por no poner hastío a los oyentes diciéndolo de una manera siempre, determinó de decirlo por diversas maneras en diversos sacrificios. Fueron también tantos sacrificios en figura de uno, para representar sus grandes efectos y excelencias; las cuales, según (**f. 492v**) que habemos dicho, son tantas y tales que no se podían representar por uno.

Muchas y muy diferentes son las perfecciones que tienen las cosas criadas; pero en Dios están todas, y en él no son más de

118 Cf. S. Aug., *Enchir.*, PL 40, 248.

119 Nota de la misma mano al margen: «*Quia peccatum de se est mors Dei, et ideo meretur poenam infinitam*» (Cf. *Thesal.*, 1, 9).

120 Cf. S. Ag., *Ep.* 138; II, 614D.

una. Y porque la criatura no podía tener todas las perfecciones de Dios juntas, ni aun una pequeña parte, creó Dios diversas criaturas, para que cada una de ellas ayudase a la otra a representar la perfección de Dios, cada una representando la suya: y aun todas no lo han acabado de representar ni es posible acabarse de representar. Así también en nuestro propósito: son sin número las perfecciones, efectos y excelencias de este sacrificio, que es Jesucristo nuestro Señor ofrecido en la cruz; y por eso fue menester que fuese figurado por diversos sacrificios.

Concluyo pues que no recibía Dios aquellos sacrificios de la Ley vieja por sí. Y esto quería decir cuando mandaba que no ofreciesen sacrificios en vano: como si dijera más claramente: si confiáis en esos sacrificios carnales, si no tenéis enderezados vuestros ojos al verdadero sacrificio, que es mi Hijo, molestos me son; no curéis de me los ofrecer; por demás trabajáis y gastáis vuestros rebaños. Pero holgaba Dios con aquellos sacrificios en cuanto representaban el sacrificio verdadero, que es Cristo crucificado, y por cuanto los que (**f. 493**) los sacrificaban no tenían esperanza ni ojo a ellos, sino a la pasión de Cristo. Esto estaba figurado en el Génesis, donde está escrito que aceptó Dios los dones y ofrendas del justo Abel —el cual ofrecía de lo primero que nacía del ganado—, y no aceptó las ofrendas de Caín, porque ofreció de las cosas de la tierra ¹²¹: <para> dar a entender que Dios no acepta los sacrificios, sino en cuanto traen imagen y figura del sacrificio primogénito, que es su Hijo; y que los sacrificios terrenales —como son cabras y becerros— no los ama por lo que ellos valen ¹²².

Venido pues el tiempo cuando el Padre eterno determinó de enviar a su Hijo al mundo, hecho hombre, el mismo Hijo se ofreció al Padre y sacrificó al Padre en el altar de la cruz; e hizo lo que no pudieron hacer los sacrificios de la vieja Ley, que fue introducir los hombres en la bienaventuranza. En lo cual se dio perfecta y claramente a entender que aquellos sacrificios por sí no valían, pues no consiguieron el fin para que se ofrecían —que es la gloria—, como el sacrificio de Jesucristo. Porque por

121 Gen. 4, 2-4.

122 Nota marginal: Ps. 39, 7; Hebr. 10, 6: «*Holocaustum et pro peccato non popstulasti*»; en la Vulgata se lee: «*Holocaustum et pro peccato non tibi placuerunt*». Y poco después: «*Quid si servus prius culpa vacasset? Nemo ad perfectum adduxit lex*»; en la Vulgata: «*Nam si illud prius culpa vacasset... Nihil ad perfectum adduxit lex*» (Cf. Hebr. 8, 7^a, 7, 19).

aquellos sacrificios no se perdonaban los pecados: que la pena y muerte de los animales ni era infinita ni valía por infinita; pero por la muerte de Cristo se perdonaron los pecados, (**f. 493v**) porque aunque aquella pena no fue eterna ni infinita, valió por infinita, por ser la persona infinita —pues era Dios: así como dije que la bofetada del rey era de más estima que la muerte del labrador. Y aun digo que más castigados son los pecados que se perdonan por la pasión de Cristo, que los que eternalmente serán atormentados en el infierno; porque más es una persona que es Dios y hombre derramar una gota de sangre, que las penas de todos los damnados ¹²³.

Este sacrificio fue suficiente por todos los pecados del mundo, no sólo porque Dios lo quiso graciosamente aceptar, sino, como dice san Pablo, *fue oído por la reverencia de su persona* (Hebr 5,7) y por quien él era: porque merecía ser aceptado ¹²⁴. Y es de notar, según dice san Pablo, que después que se ofreció Cristo no nos quedó otra ofrenda y sacrificio por los pecados que cada día cometemos ¹²⁵: ya no es lícito usar de los sacrificios de la Ley vieja, porque, según dijo san Agustín, aquellos sacrificios eran protestaciones que Cristo había de morir ¹²⁶; y así —dice— el usar de aquellos sacrificios sería dar a entender —con los que permanecen en el error del judaísmo— que Cristo no es venido y que ha de morir. Y por esta razón —y no porque (**f. 494**) sean malos— habemos dejado el uso de los sacramentos y ceremonias de la vieja Ley ¹²⁷. Pues, apóstol san Pablo, según lo que me decís, ventaja hace la Ley vieja a la Ley nueva; pues, pecando un judío, ofrecía una oveja; pecaba otra vez, otra oveja ofrecía. Murió Cristo por nosotros, perdonáronse los pecados en el Bautismo; pero ¿quién hay, san Pablo, que después del Bautismo esté del todo limpio? ¿Quién hay que después no haya pecado? Y, si pecado habemos, menester habemos sacrificio en recompensa de la pena que merecimos por el pecado; y, si no tenemos sacrificio, más miserables somos por haber muerto Cristo. Si la muerte de Cristo, que se comunica a los cristianos en el sagrado Bautismo, como perdona los pecados nos hiciera impecables y que no pudiéramos más des-

123 Margen: La figura de cómo las tablas se quebraron a la raíz del monte.

124 Margen: Llamóse exceso, precio magno...

125 Hebr. 7, 27.

126 Cf. S. Ag., *Opus imperf. contra Julianum*, 16, 7; VIII, 461D.

127 Cf. Ms. 1007, f. 494r; nota marg.

lizar ni resbalar del camino de Dios, no habíamos menester sacrificio; pero, aunque nos perdonó los pecados, no nos hizo impecables, antes cada día pecamos. Antes que Cristo muriese decía Dios por el profeta Jeremías al alma: *Común refrán es que la mujer que ha hecho traición a su marido, no estará más con él ni tendrá paz; pero aunque tú has cometido fornicación con muchos, vente a mí, dice Dios* ¹²⁸. Pues paréceme, Señor, que aquella después (**f. 494v**) de muchos pecados la recibía, y a nosotros, si pecamos una vez después del Bautismo, no nos dejáis sacrificio que ofrezcamos por nuestros pecados.

No fuera maravilla que Dios usara de este rigor, según nuestro desagradecimiento y desvergüenza en el pecar, porque el que pecaba en la Ley vieja ofrecía un carnero o una oveja; y, si tornaba a pecar, parece que había tenido en poco el sacrificio que antes había ofrecido por su pecado, que era una oveja; pero nosotros, tornando a pecar, menospreciamos a Jesucristo nuestro Señor, sacrificado por nosotros en la cruz. Antes no era tan grave el pecar, porque no se sabía cuán grave era el pecado, pues tan pequeña cosa como un animal se ofrecía por el pecado; pero ahora que sabemos cuán grave es, pues el Hijo de Dios murió por él, grave es y gravísimo nuestro pecado. Dice san Bernardo; *de la cualidad de la medicina puedo conjeturar la gravedad de la enfermedad*; si pues el Hijo de Dios fue necesario que muriese para sanar mi pecado, grave cosa es ¹²⁹; y Orígenes dice: *¡Oh hombre! el Hijo de Dios ha muerto por tus pecados ¿y no tiembles de pecar?* De arte que aunque Dios lo hiciera tan rigurosamente como parece en la (**f. 495**) sobre haz que lo dice san Pablo —que después del Bautismo al que peca no le resta sino el fuego del infierno—, todo lo merecíamos según nuestra ingratitud.

Pero no es Dios tan riguroso como nosotros desagradecidos, antes, como dice el profeta David, *como el padre ha habido misericordia de su hijo, ha habido Dios misericordia de los que le temen; porque él conoce nuestra flaqueza* ¹³⁰. Acordóse que sumos polvo y tierra; y porque somos tierra, según la maldición de Adán ¹³¹, nacen en nosotros cardos y espinas de pecados. Por esto no nos dejó sin sacrificio, tanto y mejor y más excelente,

128 Jerem. 3, 7.

129 Cf. S. Bern., *Sermón a los clérigos sobre la conversión*; BAC I, 383.

130 Ps. 102, 13 s.

131 Gen. 3, 18.

cuanto la Ley nueva hace ventaja a la Ley vieja. A nosotros después del Bautismo no nos es dejado otro sacrificio, pero esnos dejado el mismo sacrificio —Jesucristo nuestro Señor— en la mesa del santo altar. De este sacrificio dice el profeta David: *Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor* ¹³². Grande sacrificio es el que dice san Pablo: *Hermanos, ruégoos que ofrezcáis vuestros cuerpos, hostir aviva y santa y agradable a Dios* ¹³³. Esto hacemos cuando, como dice el mismo Apóstol, crucificamos este nuestro cuerpo con sus vicios y malas inclinaciones, apartando (**f. 495v**) cada uno de los miembros del pecado: los ojos de ver lo que no deben, las orejas de oír lo que no conviene, los pies de malos pasos, las manos de malas obras; antes, según dice el mismo Apóstol, con penitencia y aspereza le sujetamos al espíritu, para que los miembros —que antes se emplearon en servicio de Satanás— sean instrumentos de la justicia con que habemos de vengar a Dios para ser santos: *Sicut enim exhibuistis membra vestra servire iniustitiae...* ¹³⁴.

Tanto es más agradable a Dios este sacrificio que no los de la Ley vieja, cuanto la ofrenda —que es nuestro cuerpo— es más amada que las ovejas y cabrones que entonces se le ofrecían. Pero, aunque este sea gran sacrificio, mayor es aquel de quien dice David: *Sacrificio agradable a Dios es el espíritu atribulado* ¹³⁵. Esto pedía Dios por el profeta Joel diciendo: *Partid vuestros corazones y no curéis de rasgar vuestras vestiduras* ¹³⁶. El cuerpo no es sino un vestuario del alma, pues el corazón es el alma y el vestuario es el cuerpo; y dice Dios que quebrantemos nuestra alma con tribulación, en recompensa de nuestros pecados, y no nuestras vestiduras, que son nuestros cuerpos. No quiere decir que no hagamos penitencia corporal, como es ayunar y otras asperezas, pues por el mismo Joel ¹³⁷ nos manda que ayunemos; pero dice que hagamos más caso del sacrificio (**f. 496**) del corazón que del cuerpo, pues el corporal tanto es bueno —y por eso es bueno y no más— cuanto sirve para que del todo sacrifiquemos nuestra alma; y si es tal el sacrificio del cuerpo que impide la ofrenda del alma, tenle por malo. Y por eso san

132 Ps. 4, 6.

133 Rom. 12, 1.

134 Rom. 6, 9.

135 Ps. 50, 19.

136 Joel, 2, 73.

137 También este nombre por la misma mano que escribió el códice; pero pudo alegar Joel 1, 4.

Pablo, cuando nos mandó y rogó que ofreciésemos nuestro cuerpo, dio que mirásemos que fuese razonable el servicio, según que mandaba Dios en la Ley vieja ¹³⁸: que todo sacrificio llevase sal —que es prudencia—, porque de otra arte no agrada a Dios. Y contenta más a Dios este sacrificio que el corporal, porque cosa natural es cada cosa amar a su semejante; y Dios es espíritu, y por eso ama sacrificio espiritual.

Pero aunque cada uno de estos sacrificios sea más excelente que los de la Ley vieja, ninguno de ellos es sacrificio de justicia; porque ni la pena del cuerpo ni la del alma es infinita ni de persona infinita, para que por pura justicia equivalga y recompense la pena eterna que por el pecado merecimos. ¿Qué quieres que te diga de todos nuestros sacrificios? No sé sino lo del Profeta: *que todas nuestras obras son tan justicieras y hermosas como el lienzo mancillado con sangre* ¹³⁹. No que cada una sea pecado, sino que servimos a Dios <a medias>: si Dios las acepta, esto hace él por quien él es y por su misericordia, y no porque nuestras justicias lo merezcan ¹⁴⁰. Sola la muerte de Jesucristo nuestro Señor es sacrificio de justicia, cuya pena —por ser de persona infinita— es suficiente recompensa (**f. 496v**) de las penas del infierno. Pues este sacrificio nos manda el rey David que ofrezcamos, pues, según vimos, los nuestros no bastan.

Pero dirás: ¿cómo es hacedero eso? Cristo se ofreció en sacrificio muriendo; y Cristo ahora, como dice el Apóstol, no puede morir ¹⁴¹. ¿Cómo se ha de tornar a ofrecer? ¡Oh bondad y clemencia de Dios! Por el remedio de los hombres se ofreció en la cruz Dios-hombre; y porque nosotros —dice san Gregorio— cada día de nuevo pecamos y él no puede morir por nosotros, dejónos su sagrado cuerpo en el santo altar, para que le ofrezcamos en sacrificio aceptable al Padre ¹⁴². Todas las veces, cristiano, que Cristo es sacrificado en el santo altar, has de haber cuenta que de nuevo se ofrece la pasión de Cristo por ti

138 Rom. 12, 7; Lev. 2, 13.

139 Is. 64, 6.

140 Parece que suena a luteranismo, pero es en el fondo sana tradición agustiniana y cristiana, explicado aquí con términos poco felices... En los mismos términos se explicaron antes S. Jerónimo, S. Gregorio, S. Bernardo, St. Tomás e incluso en la España del s. XVI, v. gr., Juan de Ávila. Cf. Gutiérrez, D., en *La Ciudad de Dios*, 1969, pp. 83-85, donde se da una explicación más amplia y concordante.

141 Rom. 6, 9.

142 Cf. S. Greg.: «Xto quotidie sacrificio accepto al Padre» (*sic*).

—dice san Bernardo del Cordero sin mancilla—, Jesucristo nuestro Señor¹⁴³. Dice san Juan en el Apocalipsis que fue muerto desde el origen y principio del mundo¹⁴⁴. Esto no se entiende —dice san Bernardo— que realmente fuese muerto desde el principio, pues no en el principio, sino en la tarde del mundo tomó carne, según la cual murió; pero dicese haber muerto desde el principio, porque desde el principio aprovechó su muerte: antes aprovechó que muriese. Por virtud de la muerte de Cristo, que había de ser, no cayeron en pecado los ángeles en el cielo; permanecieron por virtud de ella los padres de la Ley vieja; se salvaron y no tuvieron pena en el infierno. Y así como decimos que murió antes que encarnase, (f. 497) porque antes valió su muerte, así, aunque ahora no le crucifiquen, podemos decir que muere, pues ahora tiene virtud su pasión y por ella se perdonan los pecados. Y más provecho hace ahora, cuando nos acordamos de ella, que hacía a los padres antiguos cuando la contemplaban —protestándola en sus sacrificios—, cuanto se tiene en más el servicio hecho que el prometido. Más come del racimo el que va detrás que el de delante.

Pues si por aquellos sacrificios antiguos, si con aquella protestación interior los padres ganaban gracia y aplacaban a Dios de las ofensas que le habían hecho, ¿cuánto más aplacaremos a Dios nosotros con este sacrificio, pues es, no potestativo de Cristo, sino el mismo Cristo? San Agustín nuestro padre, en el cuarto libro *De la Trinidad*, en el capítulo 14, dice que cuatro cosas se han de mirar en todo sacrificio, conviene a saber: a quién se ofrece, quién lo ofrece, qué es lo que se ofrece y por quien se ofrece¹⁴⁵. Y, consideradas estas cosas, podemos conocer el valor y estima de la ofrenda.

Si miramos, pues, en este sacrificio a quién se ofrece, Dios es; si miramos lo que se ofrece, Dios es; si miramos por quién se ofrece, Dios es, o ha de ser, aunque no por naturaleza, a lo menos por adopción y gracia. Si miramos, pues, como digo, a quién se ofrece, es el Padre eterno. Pues por este respecto grande es, pues no hay quien más misericordioso sea que él; y san Pablo le llama *Padre de misericordia y Dios de toda consola-*

143 Cf. S. Bern. *Serm.* 54; BAC V, 701.

144 Apoc. 1, 17 s.

145 Cf. Ag. *De Trin.* 4, 19; VIII, 1260CD. Texto clásico sobre el tema, explicado por S. Tom., *Summa theolog.*, III, 48, a. 3.

ción ¹⁴⁶. Si miramos al que se ofrece, el mismo Hijo de Dios es; pues ¿quién tan santo y sin mancilla para ser sacerdote se pudo hallar como el Hijo de Dios? Lo uno, porque el Padre lo eligió para ser sacerdote, porque dice san Pablo que *Cristo no se clarificó (f. 497v)* e hizo sacerdote a sí mismo, sino el Padre lo escogió y clarificó ¹⁴⁷: al cual dice por el profeta David: *Tú eres sacerdote para siempre* ¹⁴⁸. Y es tan buen sacerdote, *tan santo, tan sin mancilla, tan apartado de los pecadores, más alto que el cielo, que no tiene necesidad —como los otros sacerdotes— de ofrecer primero sacrificio por sí y por sus pecados, y después por los del pueblo; pues él nunca hizo pecado* ¹⁴⁹. Pues muy agradable sacerdote es: lo uno por ser escogido del Padre, a quien ha de ofrecer el sacrificio; también por ser escogido del Padre, a quien ha de ofrecer el sacrificio; también por ser santo y sin pecado; lo tercero por <ser> Hijo de aquél a quien se ofrece el sacrificio. Y si tenemos respecto a lo que se ofrece, ¿qué cosa <mejor> se pudo ofrecer por los vicios de los hombres —inmundos y carnales— que la preciosa carne de Jesucristo nuestro Señor, concebida en las entrañas de la Virgen, sin corrupción alguna y sin violación de la carne? Dado caso que lo que se ofrece en este sacrificio no fuera de tanto valor como es, fuera muy agradable a quien se ofrece por ser su Padre; más ama una persona a su hijo feo que al ajeno hermoso; y así, más aceptará el Padre el sacrificio por ser de su Hijo, que otro, aunque fuera de más valor. <Pues> ¿cuánto más lo aceptará concurriendo lo uno y lo otro, ser Hijo y tan hermoso, tan gracioso, virtuoso, valeroso? Pues tampoco desdeñará el sacrificio por ofrecerse por quien se ofrece, que son los pecadores, pues, aunque malos y desconocidos, los ama Dios tanto (f. 498) que, como dice el Evangelio, porque ellos no muriesen muerte eternal quiso Dios que muriese su Hijo natural muerte temporal ¹⁵⁰.

Pues mira, cristiano, cuán grande y agradable es este sacrificio en los ojos de Dios; mira qué sacrificio de justicia. Sacrifica, pues, este *sacrificio de justicia y ten esperanza en el Señor* ¹⁵¹. Espera tú, hermano, en tus ayunos, espera tú en tus asperezas, espera en tus limosnas, espera en tus lecciones y oraciones, es-

146 2 Cor. 1, 3.

147 Hebr. 5, 5.

148 Ps. 109, 4.

149 Hebr. 7, 26.

150 Io. 3, 16.

151 Ps. 4, 6.

pera en las oraciones de los devotos religiosos y aun de los santos del cielo, que no haces mal en hacer caso de tan gran caudal; pero yo más me quiero aventajar. Esos sacrificios que tú ofreces y en que confías, no son sacrificios de justicia: paños mancillados son, como dijo el Profeta ¹⁵²; yo esperaré en este sacrificio del altar, porque sólo él es sacrificio de justicia, *sólo él* —como dice la Iglesia— *es santo, solo Señor, solo Altísimo, Jesucristo; sólo él quita los pecados del mundo* ¹⁵³. Ninguno diga —dice san Agustín nuestro padre— «yo quito los pecados del mundo», porque sólo este Cordero quita los pecados del mundo ¹⁵⁴.

Si Dios estuviere enojado por mis grandes maldades y esgrimiere contra mí con la espada de su rigurosa justicia, en este sacrificio esperaré, meterme he en el su sagrado cuerpo ataladrado con los clavos y azotes de su pasión, y como pollo me esconderé debajo de sus alas de él, que dice el Evangelio que, como gallina amorosa y sabia, nos hace reclamos para que nos pongamos debajo de sus alas ¹⁵⁵. Este Señor es *la tórtola de quien dice el profeta f. 498v) David que halló nido para sus hijos* ¹⁵⁶; no nido de barro y pajas, sino de sus preciosas llagas. Anda Dios Padre, según su gran misericordia —como dice el profeta Ezequiel—, a buscar quien se ponga en medio de él y de los pecadores, quien desparta porque no parta de los tesoros de su justicia con los pecadores ¹⁵⁷; y halló una vez un buen despartidor, que fue el santo Moysén, que, como dicen, tuvo del brazo a Dios y le iba a la mano, en tanto que le pedía Dios licencia para ejercitar su justicia ¹⁵⁸. Pero, aunque fue bastante entonces, no lo sería siempre, según lo que dijo Dios a Jeremías en otro tiempo: *Aunque ahora me rogaran Moysén y Samuel por este pueblo, no le perdonara* ¹⁵⁹. Y no es maravilla que Dios no haga siempre la voluntad del santo Moysén, pues algún tiempo quebró la voluntad de Dios ¹⁶⁰; y esto es ser *el paño manchado*. Pero el hijo de Dios —que es mi sacrificio—, según él dice en el Evangelio, hace siempre la voluntad de su Padre; y así el Padre siempre le

152 Is. 64, 6.

153 En el «gloria» de la Misa. La última frase en Io. 1, 29.

154 Cf. S. Ag., *Opus imperf. contra Julianum*, 198; PL. 45, 1226.

155 Mt. 23, 37.

156 Ps. 83, 4.

157 Ezech. 22, 30.

158 Ex. 32, 10.

159 Jerem. 15, 1.

160 Num. 20, 12.

oye, como él mismo lo confiesa ¹⁶¹. Pues ¿cómo confiaré yo en Moysén ni en Samuel, cuando estuviere Dios enojado por mis pecados? ¿Cómo estaré seguro poniéndolos por despartidores y escudo? ¿Qué sé yo si son tan grandes mis pecados que no bastará Moysén ni otro santo a le ir <a Dios> a la mano? No me quiero confiar en esto; no quiero dejar lo cierto por lo dudoso; quiero poner por escudo y amparo este santo sacrificio; en él quiero esperar. Espera tú en lo que quisieres, que yo en este Señor quiero esperar. Pero ¿qué haré, miserable de mí, si no solamente (**f. 499**) Dios está enojado contra mí, pero aun el escuadrón y ejército de los demonios se arman contra mí y me quieren llevar por los cabezones al profundo del infierno por mis grandes pecados? No vale decir: es de gran estima el sacrificio, porque ellos no lo tienen en mucho, pues no lo aman, que, si lo amasen, santos y no demonios serían. Pues ¿dónde iré? Digo con el profeta David: *Si se armaren contra mí reales de demonios, si se levantara guerra de tentadores, en este sacrificio esperaré* ¹⁶². Y en otro lugar: *Aparejaste mesa delante de mí contra todos los que me angustian* ¹⁶³. Si Dios es por mí ¿quién será contra mí? ¹⁶⁴. Y san Pablo: *¿Quién se osará tomar con los escogidos de Dios?* ¹⁶⁵. Como si dijera: ninguno.

En el libro de los Jueces está escrito que vio uno de los del ejército de los madianitas un sueño; y era que vio un pan cocido debajo de la ceniza descender sobre los reales y ejércitos de los madianitas, y que los destruyó hasta la sobrehaz ¹⁶⁶. No parece más de sueño esta historia, porque desconcierto de sueño parece que un pan destruya un ejército. Si dijera: descendió fuego del cielo como, cuando Elías, descendió y mató a los hombres que le enviaba el mal rey ¹⁶⁷, parece que llevaba camino. Si dijere: una peña, un monte, una tempestad de piedra, parece que era cosa de concierto; pero pan, que es cosa que cada día da bastimento al ejército, no parece sino sólo sueño. Pero en la verdad, aunque (**f. 449v**) ello fue sueño, el misterio no es sueño sino misterio. El pan es figura de este Sacramento; el pan es la persona del Verbo e Hijo de Dios, el cual se

161 Io. 8, 29 y 11, 42.

162 Ps. 26, 3.

163 Ps. 22, 5.

164 Ps. 22, 4.

165 Rom. 8, 33.

166 Iudic. 7, 13.

167 4 Reg. 1, 10.

envolvió en la ceniza de nuestra humanidad en el vientre de nuestra Señora, no con fuego carnal, sino con fuego del Espíritu Santo.

Pues este pan destruye los reales y ejércitos de los demonios que están contra mí; tiemblan pues los espíritus malignos de los que frecuentan este santo sacrificio. Y ¿qué maravilla? Dice el santo Job: *Ponme, Señor, cerca de ti, y pelee contra mí quien quisiere* ¹⁶⁸. Pues si sólo por estar Dios cabe Job estaba seguro, ¿cuánto más estaré yo seguro, estando yo en Cristo y Cristo en mí, como acontece a los que reciben este sacrificio dignamente, según ya es dicho? Pues si con sólo este sacrificio tiemblan los demonios y se aplaca Dios y me perdona los pecados, quiero, como dice el Profeta, *sacrificar sacrificio de justicia y esperar en Dios* (Ps 4,6), porque, esperando en este sacrificio, seré salvo, como esperaba con espíritu de profecía el santo Job, o, por mejor decir, nos enseñaba a esperar diciendo: *Quién me dará ayudador porque oiga mi deseo? El Todopoderoso; y escriba libro el mismo que juzga, para que le traiga sobre mi hombro y le ponga como corona sobre mi cabeza; por cada uno de mis grados le pronunciaré y leeré, y como a príncipe le ofreceré* en el principio de este capítulo ¹⁶⁹. Comenzó el santo (f. 500) Job a contar sus buenas obras y, como el que no confiaba ni tenía esperanza en ellas —que no eran sacrificio de justicia—, pide en la autoridad que alegamos ayudador, para que supla sus faltas y sea oído su deseo delante de Dios, y para no tener temor delante de él, como delante de juez.

Pero qué tal sea el ayudador que pide notad: *Escriba libro el que juzga*. De que juzgue, yo soy contento, con tal que escriba el libro. ¡Oh sagrado libro formado de papel muy limpio y purísimo —la carne de Cristo—, en el cual, como en registro, escribió el Padre todos nuestros dolores y todas nuestras enfermedades! ¡Oh cuán bien escrito está, de bermellón muy fino, de su sangre preciosa! *Desde la planta del pie hasta lo más alto de la cabeza no hay en él cosa blanca* ¹⁷⁰; todo está rayado y escrito de llagas Y señalado de sangre. Los escritores son los sayones, el escritorio es el tablero de la cruz, las plumas son los clavos, azotes, lanza y martillo. Éste es el libro que vio san Juan en el

168 Job 17, 3.

169 Job 31, 35.

170 Is. 1, 6.

Apocalipsis, *escrito de dentro y de fuera, cerrado y sellado con siete sellos*, el cual ninguno puede abrir ni en el cielo ni en la tierra ni en el abismo, sino sólo el Cordero ¹⁷¹. Dentro de este libro hallarás escrita la elección y predestinación de los santos; en lo de fuera del libro hallarás escrita y dibujada la forma y arte que has de tener en tu vida, para que, así como estás en lo interior escrito en el padrón y cartel de los escogidos, de fuera veas la manera que has de tener para ir a la vida. **(f. 500v)** En lo interior está este libro escrito de los dones del Espíritu Santo, y de fuera es escrito de muchas llagas y dolores. Esta escritura, este libro es el que pide el santo Job antes que le juzgue Dios. No confía en el libro de su conciencia ni de sus obras, por lo que arriba dijimos; por eso pide otro libro, que son los tormentos y trabajos del Salvador, para que si puesto a cuenta mirando a su libro saliere deudor, se pueda descontar con la sobra del otro libro. Si le dijeren: paga lo que debes, pueda decir: mi Señor Jesucristo pagará por mí. Si contárades mis maldades hasta el peor pelo, Señor, yo estoy contento, con tal que toméis en descuento los trabajos que por mí pasasteis; y si esto tomáis en cuenta, yo aseguro que me sobre con qué pagar. No serán todos mis pecados, comparados a la escritura y merecimiento de este libro, sino como una gota de agua comparada al mar sin suelo. Y en esto, Señor, no pido cosa injusta.

Cuando juzgan a un hombre, así para le dar pena por lo que ha hecho como para le dar premio por sus bienes, no juzgan el miembro por sí y el brazo por sí, antes la muerte del hombre, que hizo el brazo, paga la cabeza; el hurto, que hizo la mano, pagan las espaldas y orejas: todo el cuerpo se ha de juzgar junto. Pues vos, Señor, sois cabeza, yo miembro vuestro; no me juzguéis solo, no me dejéis dar cuenta solo, porque de este arte bien sé que quedaré con gran deuda. Vos, que sois cabeza, pagad **(f. 501)** por mí, que soy miembro; de mi libro, borrado y defectuoso, y del vuestro, muy bien escrito y abundoso, hagamos una cuenta; y de esta manera, juzgue el que juzgare, que seguro estoy.

Pero decidme, santo Profeta, ¿para qué queréis más este libro? Habiendo de dar cuenta, *para ponérmelo en los hombros* (Job, 31, 36); no en la boca, sino en el hombro; no me quiero preciar de la pasión de Cristo con sola la boca, sino con la obra,

imitando su vida y pasión y sufrimientos, y en tanto me quiero preciar de ella, que me la quiero *poner por corona en la cabeza* (Job, *ibid.*). Y más: que *por todos mis grados tengo de pronunciar este libro*; todos mis días y momentos me acordaré de él; traeré a la memoria y rumiaré la pasión de mi Señor Jesucristo; tenerla he en la boca y en la obra, y en el corazón y en la memoria. ¡Oh qué bien agradecido a Cristo éste, y a sus trabajos y pasiones! Aún no había nacido el Señor, ni había pasado frío y calor, cansancio, hambre, sed, trabajos, espinas, azotes, bofetadas, clavos ni cruz, sino porque sabía que lo había de pasar y que le había Dios de hacer esta merced, la quería traer cada día, hora y momento a la memoria. ¿Qué diremos nosotros a esto, que ya está cumplido y así estamos desacordados de tan gran merced como si no se nos hubiera hecho? Pero decidme, Job, ¿para qué más queréis este libro? —*Para ofrecerle como a príncipe* a mi Dios, como sacrificio de justicia, con el cual, seguro y sin recelo —pues es de tanto valor— apareceré delante del Juez. No me parece, hermano mío, que (**f. 501v**) andaba yo muy descaminado en no esperar en mis obras, pues el santo Job tan poco hincapié hace en ellas; ni erraba en poner mi esperanza en este maravilloso libro y sacrificio, ya después de escrito y ofrecido en la pasión, pues el santo Job tanto confiaba en él aun antes que se escribiese, de arte que decía que viniese el juicio, con tal que el Juez escribiese este libro en la pasión, para le ofrecer como a príncipe en el santo altar. Pues *sacrificad sacrificio de justicia y esperad en el Señor* (Ps. 4,6).

Sacrifica este sacrificio el que oye Misa; sacrifica este sacrificio sin comparación más el que la manda decir; pero mucho más el que comulga o celebra. ¡Oh grande sacrificio, que aun la malicia del sacerdote no puede impedir que sea aceptable delante de Dios! No sólo digo que ser malo el sacerdote no impide que no consagre, pero ni impide que el sacrificio sea aceptable en los ojos de Dios por el que mandó celebrar; que si el sacerdote malo no decía Misa por alguna otra persona particular, sino sólo por sí, su maldad no estorba que el Padre acepte aquel sacrificio por toda la Iglesia en general. Y la causa de esto es porque los sacerdotes no somos en este maravilloso misterio el que principalmente ofrece el sacrificio, sino el Hijo de Dios, como arriba dijimos. Los sacerdotes somos, según dice nuestro padre sancto Agustín ¹⁷², ministros del gran sacer-

dote, Jesucristo nuestro Señor: **(f. 502)** como el que me ayuda a mí a Misa es ministro mío; y, ser él malo, no sería bastante para que la Misa no sea agradable a Dios.

Ejemplo tenemos de esto cuando nuestro Señor se ofreció al Padre en la cruz. Los que ofrecían el sacrificio eran los sajones y carniceros que mataban al Cordero inocente; pero no dejó de aceptar el Padre eterno aquel sacrificio por la redención de todo el género humano, porque el que principalmente ofrecía era el Hijo de Dios. Los judíos eran, según dije, ministros y ayudadores de aquella Misa y sacrificio. Así acá, no pide la malicia y pecado del sacerdote terrenal que no sea agradable este sacrificio singular. Verdad es que si el sacerdote es bueno y santo, es doblado bien, como dicen: más vale la Misa del tal, porque ofrece Cristo su cuerpo y el sacerdote su devoción ¹⁷³.

Pues no vale este sacrificio sólo a los vivos, pero aun a los difuntos. En el último capítulo del libro de Daniel está escrito que, estado el santo Daniel preso en un lago de leones por la honra de Dios, no teniendo qué comer, apareció un ángel del Señor al profeta Habacuc —que llevaba de comer a los trabajadores del campo— y llévalo por un cabello de la cabeza a la cárcel donde estaba el santo Daniel, para que le diese de comer lo que llevaba para los obreros ¹⁷⁴. Los obreros son los que están en esta vida presente, que ahora estamos en tiempo de merecer gloria por los trabajos que sufrimos; por Daniel encarcelado son significados los que están en el purgatorio, los cuales están en lago de leones, que son los **(f. 502v)** demonios. Pues cuando el sacerdote, significado por Habacuc, lleva de comer a los trabajadores, esto es, quiere ofrecer sacrificio de justicia —que es este singular manjar—, mándale el ángel de Dios que enderece el cabello de su intención al lago de los leones, que es el purgatorio, y contemple cómo los que allí están mueren de hambre: quiero decir que desean que por ellos se ofrezca este santo manjar y sacrificio; y, de esta manera, lo que habían de comer los del campo de este mundo, llévanlo y cómenlo los del lago del purgatorio. Pues, así como para ti, así para los difuntos *sacrifica este sacrificio de justicia*, y espera más en él que no en otras cualquier obras.

173 Cf. S. Thom., *Summa theol.*, II, 82, a. 6.

174 Dan. 14, 30.

CAPÍTULO VIIº

*Por qué se llama este santo manjar viático
o manjar de camino*

Dos cosas son muy necesarias para andar camino: la una es saber el camino y la segunda es tener fuerza para andar el camino; y lo uno sin lo otro no basta, como es notorio sin poner ejemplo. Estas dos cosas tuvo nuestro primer padre Adán cuando Dios le crió en inocencia y le puso en el paraíso terrenal¹⁷⁵: porque tuvo luz y ciencia en el entendimiento para saber el camino del cielo, y tuvo fuerzas en la voluntad y potencias sensitivas para sin dificultad le poder andar. Estas fuerzas eran las virtudes del alma y justicia original, que estaba, según algunos dicen¹⁷⁶, en la parte sensitiva para que no se levantase contra la razón: así como el freno con que el caballero ha de gobernar el caballo está en la boca del caballo. Pero luego que <Adán> pecó, perdió estas dos fuerzas o dos cosas necesarias: perdió la luz y ciencia del entendimiento, según lo que dice David: *El hombre, como estuviese en honra, no entendió, fue comparado a las bestias insipientes y hecho semejante a ellas*¹⁷⁷. De donde vino los hombres adorar ídolos, adorar las criaturas: unos el sol, otros la luna (**f. 503**) y otros planetas; otros caer en mayor ceguedad y adorar a unos hombres, no sólo como ellos, pero muy peores que ellos, llenos de vicios feos de traer a la memoria; y otros vinieron en gran locura y adoraron las mismas obras de sus manos, como los hijos de Israel, que adoraron un becerro que ellos hicieron, y dijeron que aquel becerro los había sacado de Egipto y había hecho aquella infinidad de milagros que en su salida Dios había hecho (Exod. 32,4-5). Gran desatino era éste; pero el origen de esto era la falta de la luz y conocimiento del camino para ir a Dios, que nuestro padre Adán perdió.

Pues no es menos lástima ver aquellos antiguos filósofos, dejada la compañía de mujer e hijos y todos <los> cuidados del mundo por saber este camino, y después —como dicen— de quemadas las cejas en conocer a Dios y el camino de las virtu-

175 Se remite al cod. 1007, fol. 502v.

176 Margen: *Quandiu sumus in hoc tempore peregrinamur... Non habemus hic fixam civitatem* (Hebr. 13, 14). Cf. ms. 1007, fol. 502v.

177 Os. 48, 13.

des, y al cabo, después de conocido Dios y haber disputado y escrito grandes males de los vicios y grandes loores de las virtudes, ellos, desapoderadamente, dejaron el camino derecho de las virtudes y se engolfaron en el trampal de los vicios, hasta venir —como dice san Pablo en la epístola que escribió a los Romanos— en vicios más de brutos que de hombres¹⁷⁸. Todo esto les acaeció a estos sabios porque, aunque desvelados alcanzaron luz y ciencia para saber el camino, no tomaron ni hallaron el condito¹⁷⁹ de la gracia y fuerzas para poder alcanzar el camino; porque ya el alma había perdido estas fuerzas por el pecado, y, según dice la Escritura del Génesis, los **(f. 503 v)** *sentidos y pensamientos del corazón del hombre están inclinados al mal desde su mocedad*¹⁸⁰: porque ya el apetito sensitivo estaba rebelado contra la razón y la voluntad sabía a las heces del pecado. Y nota que no dice la Escritura *desde el principio*, sino *desde su mocedad*; porque, según dijimos, Dios crió la voluntad sin hez de pecado y la adornó de virtudes, y a la sensualidad la sujetó a la razón; pero, en creciendo un poco Adán y pecando —que llamamos el tiempo de la mocedad—, los sentidos, que antes eran instrumentos para servir a Dios, ahora nos dan empujones para le ofender.

Pues cuando el Hijo de Dios vino a reformar el mundo —que por el pecado del primer hombre se había destruido—, entendió en dar a los hombres estas dos cosas tan necesarias, para que enderezásemos nuestras pisadas en el camino de la paz y tranquilidad de la bienaventuranza de la gloria: la primera dar lumbre y noticia *a los que estaban en tinieblas y sombra de muerte*¹⁸¹, para que conociesen el camino de Dios; y la segunda, que es venir a dar fuerzas para andar el camino a los que estaban caídos y desmayados en el camino, según lo que estaba escrito: *que en su tiempo el cojo saltaría como ciervo*¹⁸². Y también está escrito que *vino a levantar a muchos en Israel*¹⁸³. Y como médico que vino de lejos a curar el enfermo, no se contentó con hacer lo que era en sí en el tiempo que con el enfermo **(f. 504)** estuvo en esta vida, pero dejóle receta y medicina con que no tornase a enfermar; y, si enfermase, con ella

178 Rom. 1, 21-32.

179 «Condito de la gracia»: cf. Covarrubias. Add. nota marg. en el ms. 81.

180 Gen. 8, 21.

181 Lc. 1, 79.

182 Is. 35, 6.

183 Lc. 2, 34.

tornase a sanar. Y esta medicina es este Sacramento y manjar preciosísimo, al cual por eso le llama la santa madre Iglesia *viático*, que quiere decir manjar de camino; porque da a los que caminamos en este camino de la gloria —como quien no está de asiento ni es natural de esta vida, sino ciudadano del cielo— las dos cosas necesarias al caminante, conviene a saber: saber el camino y tener fuerzas para le andar, según lo que dice el Eclesiástico: *Dióle Dios de comer al hombre pan de vida y de entendimiento* ¹⁸⁴. Pan de entendimiento es este manjar soberano, porque nos da luz para saber el camino de Dios, según lo que dice el profeta David hablando de Dios: *Allegáos a él y recibiréis lumbré* ¹⁸⁵.

No lleva camino decir que el sol material alumbraba los cuerpos y hace que en sus rayos, recogidos en una ventana, se vean unos polvitos muy menores que aradores, y pensar que el Sol de justicia espiritual, Jesucristo nuestro Señor, no es bastante, puesto en nuestras entrañas, a darnos luz para que sepamos el camino de Dios y para que veamos nuestros defectos, por pequeños que sean. Cuenta el sagrado evangelista san Lucas que los discípulos que iban a Emaús el día de la resurrección no conocieron al Señor en el camino, sino en la posada, sentados a la mesa, en el partir del pan ¹⁸⁶. Los sagrados doctores en este paso dicen que entonces Cristo nuestro Señor consagró su sagrado cuerpo ¹⁸⁷ (**f. 504v**) y le dio a sus discípulos; porque el mismo evangelista, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, queriéndonos dar a entender cómo los cristianos después de la venida del Espíritu Santo frecuentaban la sagrada comunión, dice que comunicaban o *perseveraban en la comunicación del partir del pan* ¹⁸⁸. De donde dicen que, pues en ambas partes usó de una misma manera de hablar, nos quiso dar a entender una misma cosa; y pues en el libro de los Hechos de los Apóstoles nos quiso significar la sagrada comunión, también cuando dijo en el Evangelio que conocieron los discípulos al Señor *en el partir del pan*, quiso decir que le habían conocido en la sagrada comunión.

184 Eccli. 15, 3.

185 Ps. 33, 6.

186 Lc. 24, 30 ss.

187 Esta opinión, de suyo admisible, suscita muchas dificultades, y es rechazada por la mayor parte de los exégetas modernos» (Cf. F. Prat, *Jésus Christ*, lib. IV, c. 13).

188 Act. 2, 42.

Pues mira cómo <ni> el exponerles Cristo la Sagrada Escritura, ni toda su plática que tuvo con ellos en el camino no les dio tanta luz de conocimiento como la sagrada comunión: para que aprendas tú a llegarte a este santo Sacramento muchas veces, y comunicarte ha el mismo Señor más luz y claridad para saber las cosas que te cumplen, que no en otros ejercicios.

En el capítulo catorce del primer libro de los Reyes leemos que Jonatás *tocó o tomó con una vara un poco de un panal de miel, y comió y abriéronsele los ojos* ¹⁸⁹. Este santo Sacramento es panal de miel: no miel a solas, sino panal de miel, donde, dentro de la cera de la humanidad, hallarás la miel de la divinidad. Pues por la vara que hiere es (**f. 505**) significada la penitencia, en la extremidad de tu vara, esto es, en el fin de tu penitencia toma este santo Sacramento; ca no le has de recibir sin contrición de tus pecados, y luego serán alumbrados tus ojos del conocimiento de lo que cumple a tu vida y estado. Y no pienses que el inspirarte Dios que preguntes a tal o tal persona lo que has de hacer, no es alumbrarte. Si tú vas de noche y te lleva un paje el hacha delante por que no caigas, si deja el hacha el paje y la toma otro, tienes la misma lumbre, aunque sea el paje otro, y mayor o menor. Estás sentado a la mesa y tienes una vela ardiendo en un candelero que te alumbré: quítante la vela de aquel candelero y pónentela en otro, y tienes no menos lumbre, aunque el candelero primero fuese de plata y el segundo de azófar. La causa de esto es porque ni el paje ni el candelero te alumbran sino el hacha y la vela. Los que te enseñan el camino de Dios y lo que has de hacer y no hacer, pajes son y candeleros que tienen la lumbre; Dios es la verdad y lumbre que, según dice san Juan, *alumbra a todo hombre que viene en este mundo* ¹⁹⁰. Pues cuando Dios te inspira que vayas a tal o tal persona, buena y sabia, él te quiere alumbrar; pero dícete que es lumbre que alumbrá puesta en tal o tal candelero, o que sigas a tal o tal paje que lleva la lumbre de la verdad —que es (**f. 505v**) Dios— delante de ti.

Esto he dicho para que no pienses, como los alumbrados o, por mejor decir, los ciegos de nuestro tiempo, que sin leer y preguntar te has de dejar a Dios que te alumbré, porque si no hubiese libros ni letrados en los cuales —como en candeleros—

189 1 Reg. 14, 27.

190 Io. 1, 19.

resplandeciese la luz de la verdad divina, Dios, que es luz y candela, te alumbraría sin candelero y paje: como hizo a muchos santos cuando hubo falta de letrados; pero ahora, que hay copia y abundancia de libros y letrados, quíete él alumbrar como luz por su misericordia; pero quiere que te humilles y conozcas que en ti no hay esa lumbre, y la vayas a buscar a los libros y letrados ¹⁹¹. Y más te digo: que, por ventura, por los merecimientos de tu humildad alumbrará Dios al que preguntas para que sepa encaminarte, aunque él por sí no lo supiera. Esta es la primera cosa necesaria del caminante, el saber el camino.

La segunda es tener fuerza para le andar. Y esta fuerza, como dije, es el condito de la gracia y dones del Espíritu Santo; lo cual da este excelente viático y quiebra las fuerzas a los vicios, según lo que dice san Bernardo: *Dos cosas obra en nosotros este santo viático: que no demos consentimiento al vicio, y que le sintamos aún menos que antes. Si alguno de vosotros, hermanos, no siente tan recios ni tan continuos los movimientos de la ira, lujuria, (f. 506) envidia y de los otros <malos> movimientos y vicios, haga gracias al Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Redentor* ¹⁹². Y así como el ver desmayado al enemigo hace al hombre cobrar fuerzas, y la evacuación de los malos humores es causa que se aumenten los buenos y se fortifique la naturaleza, y así, evacuados en nosotros los consentimientos de los pecados y desmayados y amortiguados sus malos movimientos, se fortifican con este divino manjar — mucho mejor que con el árbol de la vida— las fuerzas de las virtudes.

En el tercero libro de los Reyes, en el capítulo diecinueve, leemos que, yendo huyendo el profeta Elías de miedo de la reina cruel Jezabel, fuese por el desierto; y a un día de camino, desmayóse y echóse, en tanto que pedía a Dios que le sacase de esta vida; y estando en esta congoja durmióse; y vino a él el ángel del Señor y dióle un pan cocido debajo de la ceniza; y comió y confortóse, y anduvo con aquello cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios llamado Horeb ¹⁹³. Andando nosotros por el desierto, son tan dificultosos de vencer los

191 Cf. Alumbrados, en *LThK*; Beltrán de Heredia en *RET* 1950, 105-130.

192 Cf. S. Bern., *Serm. en la cena del Señor*, 4; IV, 63.

193 3 Reg. 19, 1-8.

vicios y adquirir las virtudes, que a la primera jornadas desmayamos y nos cansamos y estamos por dar consentimiento al pecado mortal; y, dejadas las asperezas de la penitencia, nos ponemos debajo de un árbol, que son los regalos (f. 506v) del siglo y de la carne. Para remedio de todo lo cual habemos de comer el pan ceniciento, que, como arriba dije, es el santo Sacramento¹⁹⁴, que nos da el Ángel del Testamento, Jesucristo nuestro Señor. ¿Qué maravilla que <estuvieses> desmayado y aun muerto, si dejases cinco o seis días de comer? ¿Qué maravilla que estés desmayado, como Elías, pues tan pocas veces gustas de este Sacramento precioso, que es manjar de camino y da esfuerzo? Dice David: *Secóse mi corazón, porque me olvidé de comer mi pan*¹⁹⁵. Mi pan y mi propio manjar es Dios, que está en este santo Sacramento. Pues por eso estoy tan seco> de devoción, por eso desmayo, porque no comí mi pan. ¡Oh qué cruel hombre sería para sí el que comieses de tarde en tarde! Pues más cruel eres tú, alma, en recibir este santo manjar tan de tarde en tarde. Pues recíbele tan a menudo como recibes el manjar corporal, y así pasarás el desierto de esta vida, hasta llegar al monte de la gloria. Amén.

CAPÍTULO VIII^o

Cómo este santo sacramento es empresa

Si bien miramos la autoridad del santo Job que en el capítulo sexto declaramos, hallaremos que el santo Job, después de ser escrito de los judíos aquel divino libro —Jesucristo nuestro Señor en su sagrada pasión— antes que le ofreciese en espíritu de profecía al padre, para parecer seguro delante de él como delante de juez, cada hora y momento le traía a la memoria¹⁹⁶: para darte a entender, cristiano, que antes que ofrezcas este santo libro y sagrada pasión, te acuerdes de ella y la traigas a la memoria. Perviertes el orden y concierto, si cuando te llegas a este santo Sacramento no tienes memoria de los beneficios de Dios, pues el fin para que nuestro Señor hizo esta gran cena y dio este manjar singular es para que te acordases de él. Así

194 Ms. hoja 87.

195 Ps. 191, 5.

196 Ms. hoja 88, y frase mal ordenada.

como acostumbran los amigos, al tiempo que se han de apartar de sus amigos largos tiempos y a lejanas tierras, darles alguna joya o empresa para que el uno del otro tenga perpetua memoria, así Cristo nuestro Señor, yéndose al cielo y no habiendo de conversar entre los hombres familiar y visiblemente —como solía—, porque a ellos así les cumplía, dejóles por empresa este santo Sacramento diciendo: *Tomad y comed esto, porque no os doy pan, sino mi cuerpo; y mándoos que hagáis esto para que os acordéis de mí* ¹⁹⁷.

Gran cosa debe ser la memoria de Dios, pues tanta costa hizo nuestro Señor para este fin. Para lo cual es de notar que la ingratitud es tan gran vicio y tan enojoso a Dios, que hace que, siendo Dios misericordioso e inclinado a hacer mercedes, por sola la ingratitud nos deja de hacer mercedes y nos da muy grandes castigos, según aquello que dijo nuestro Redentor llorando los males que habían de venir (**f. 507v**) sobre Jerusalén: *Todos estos males te han de venir porque no conociste el tiempo de tu visitación* ¹⁹⁸: porque no conociste los beneficios de Dios. Nota que Dios castiga; pero llora los castigos que ha de hacer, para darte a entender, cristiano, que si Dios te deja de hacer mercedes, como suele, y castiga, no es porque él se ceba en ser verdugo ni se precia de ser escaso, sino que tu ingratitud le compele —si Dios pudiese ser compelido— a te castigar; tú le atas la mano derecha para que no te haga mercedes, y tú mismo le meneas el brazo izquierdo para que ejecute en ti los castigos.

Pues, presupuesto que la ingratitud hace tanto mal y priva de tanto bien, razón será que veamos qué cosa es ingratitud. Séneca disputa una cuestión y es: ¿cuál es mayor ingratitud, olvidarse de los beneficios recibidos o, acordándose de ellos, no los agradecer» ¹⁹⁹. Y responde que mayor ingratitud es olvidarse de los beneficios que no <el> dejar de dar gracias por ellos, acordándose de ellos. Y tiene razón Séneca, porque para agradecer el beneficio dos cosas son necesarias: memoria del beneficio y voluntad de lo agradecer. Pues el que tiene memoria del beneficio ya tiene la mitad hecha para subir a lo alto del agradecimiento; ya tiene un escalón andado; menos malo es que el

197 Lc. 22, 19.

198 Lc. 19, 41 ss.

199 Séneca: Ingratitudo; cf. *De beneficiis*, lib. I-VII, *sed quaere*, ib. *quaestionem*.

que lo tiene todo por andar; muy más bajo anda en la virtud el que tiene que subir aún (**f. 508**) el primer escalón. Así lo testifica Dios por el Profeta: *Serás desierta*, dice Dios al alma, *porque te olvidaste de Dios tu creador*²⁰⁰. Las almas vacías del temor de Dios y secas de todo zumo de los dones y gracias del Espíritu Santo son comparadas al desierto, pues dice Dios: serás vacía del temor de Dios, de sus dones desierta y desamparada del favor de los santos ángeles; serás desierta y, como tal, hecha morada de ladrones, que son los demonios, que te robarán y no los sentirás; pensarás que te halagan, y engañan. Y todo esto ¿por qué, Señor? Porque has sido desagradecida. ¿Y qué desagradecimiento ha sido éste? Porque no has tenido memoria de tu Dios y Creador. ¡Cuán bien se notó esto en aquel paso del Evangelio que poco ha declaramos! No dijo Cristo a Jerusalén que le habían de venir todos aquellos males porque no agradeció ni dio gracias por su visitación, sino porque no <la> conoció; porque si conociera su visitación, cómo el Hijo de Dios los venía a visitar; estaría en camino para lo agradecer: que fuera imposible conocer la merced y desagradecerla, como la desagradecieron, crucificando al Visitador, según lo dice el apóstol san Pablo²⁰¹.

Pues mira cómo el descuido y poco conocimiento de los beneficios de Dios es principio y origen de la ingratitud. Por eso mandaba Dios que a la mitad y no a toda la tribu de Manasés diesen parte y heredad de la <otra> parte del río Jordán²⁰². (**f. 508**) Parece que es Dios aceptador de personas, pues mandaba dar a unos y no a otros; pero no fue esto sin misterio: por la tierra desahogada de la parte del Jordán es significada la tierra de promisión, de la bienaventuranza de la gloria. Y así como los hijos de Israel para entrar en ella pasaron las aguas del Jordán —y primero las del mar Bermejo—, así, a los que han de ir a la bienaventuranza de la gloria les es menester pasar por el mar bermejo del santo Bautismo; y si tornan a pecar, han de tornar a pasar las aguas de las lágrimas y penitencia, a lo menos del corazón. Por Manasés se entienden los olvidadizos, que así se declara este nombre²⁰³. Pero hay dos diferencias de olvidadizos: unos buenos y otros

200 Is. 17, 9 ss.

201 1 Cor. 2, 8.

202 Num. 32, 33.

203 «*Vocavitque nomen primogeniti Manases dicens: oblivisci me fecit Deus omnium laborum meorum*» (Gen. 41, 51).

malos. Buenos son aquellos que por no desechar a Dios de su memoria, según dice el Profeta, olvidan su tierra y la casa de su padre y todo lo de este mundo ²⁰⁴; y a esta mitad de olvidadizos se les ha de dar suerte y posesión en la bienaventuranza de la gloria. Hay otros que, por acordarse de sí y de sus placeres e intereses, olvidan a Dios; y a éstos no se les ha de dar suerte en la tierra de promisión, que es la gloria. ¿Cómo, Señor, tan riguroso sois a los desacordados? ¿Disimuláis otras negligencias y no las del olvido? Así se ha de hacer —dice Dios—, porque todos los vicios de los hombre nacen de esta mala raíz. Así lo dice David: *Los caminos de ellos son sucios todo el tiempo, porque no tuvieron a Dios delante de sus ojos* ²⁰⁵. Y san Pablo dice: *Porque no procuraron de tener a Dios en la memoria, permitió (f. 509) Dios que cayesen en mil errores, y que cayesen en pecados que no son de hombres, llenos de toda maldad, malicia y engaño y malignidad, rencillosos, murmuradores, aborrecibles a Dios, soberbios, vanagloriosos* ²⁰⁶. ¿De dónde les vino tanto mal, san Pablo? Porque no procuraron de tener a Dios en su memoria. Pierde el hombre, cuando peca, a Dios —que es sumo Bien— por un placer pasadero. Claro está que no haría esto si se acordase siempre de Dios, y estudiase de propósito de saber cuán bueno es Dios, y cómo todo lo que no es él —comparado a él— no es nada. Todo el origen y principio de pecar es el olvido de Dios. Y tiene el hombre grande obligación para se acordar de Dios, pues, siendo el hombre tan poco y siendo Dios tan grande, nunca se olvida de él; y así lo dice por el Profeta: *Antes se olvidará la madre de su hijo que yo me olvide de ti* ²⁰⁷.

Pero diréis vos que no es mucho que Dios se acuerde de mí o de vos, pues él de todos se acuerda, todas las cosas sabe y en él no puede haber olvido. A esto respondo que, aunque en Dios pudiera caer olvido, no se olvidaría de los hombres, según el amor que les tiene; antes se olvidaría de los ángeles que de los hombres, pues más amó a los hombres. Y claro está ser esto verdad, pues las obras lo manifiestan: no se hizo Dios ángel e hízose hombre; y aunque su encarnación aprovechó a los hombres y a los ángeles, no se hizo Dios hombre por los ángeles, sino por los hombres, según lo que canta la Iglesia en el Credo

204 Ps. 44, 11.

205 Ps. 10, 5.

206 Rom. 1, 28.

207 Is. 49, 15.

que en la Misa se dice: *El cual por nosotros hombres y por nuestra salud se hizo hombre. (f. 509v)* Y parece ser esto verdad, pues su venida remedió a los hombres —pecadores y justos— y no a los ángeles malos, sino a los justos.

Pues es Dios quien es y tiene memoria de un gusano como yo, y no sólo esto, sino aun quiso pasar trabajos y afrentas y muerte por mí, y ¿olvidaréme yo de él? Era razón y justicia *que pagase sangre por sangre*²⁰⁸ y su vida con mi muerte; no me pide sino que me acuerde de él y que nunca le olvide: razón es lo hacer. Pero dirás tú que claro y notorio es ser razón; pero que eres un olvidadizo que no lo puedes hacer, y que querrías alguna cosa que te trajese a Dios a la memoria. Yo te digo que no amas perfectamente, que quien perfectamente ama, perfectamente y perpetuamente sirve; y donde no hay perfecto amor, siempre hay quiebra en los servicios.

Pero, dado caso que se compadeciese perfecto amor y des acuerdo de Dios, no tienes excusa; porque todo lo que ves y oyes, todo lo que sientes y entiendes, todo te trae a la memoria a Dios. Todas las cosas predicán a Dios: las cosas dulces te enseñan cuán dulce y sabroso es; las cosas ásperas te enseñan que, así como Dios es dulce y sabroso a los buenos, así es áspero y severo a los malos. *Los cielos*, dice el profeta David, *predican la gloria de Dios*²⁰⁹. Mira una parte del cielo, que es el sol, cómo te da a conocer a Dios: tiene luz, *la cual alegra los ojos sanos y de pesadumbre a los enfermos*²¹⁰, para que entiendas, hermano, lo que dijimos arriba: que Dios alegra a los justos y entristece a los pecadores. La luz del sol es **(f. 510)** tanta que no se deja mirar de <hito> en hito, aun en esto enseñándonos que es Dios tan resplandeciente que no se deja mirar de hito en hito. ¿Has oído decir que Dios es inmenso y que todo lo hinche y que en todo lugar está? —Sí, y maravillóme. —Pues ¿por qué te maravillas? ¿No ves esta perfección pintada en el sol, el cual con su lumbre y calor hinche todo el universo? ¿has oído decir que Dios <es> gobernador universal y que de su virtud dependen todas las cosas y que sin su licencia no se mueve una hoja de un árbol? —Sí, he oído y me he maravillado. —Pues ¿por qué te maravillas? ¿No ves esta grandeza pintada en el sol? El sol

208 Num. 35, 33.

209 Ps. 18, 2.

210 Cf. S. Ag. *Conf.* 7, 16, 22; PL 32, 744: «*Oculis aegris odiosa est lux*».

todas las cosas corporales dispone y gobierna; su virtud todas las cosas vivifica; su hermosura todas las cosas hermosas, todas nacen y se crían mediante el sol.

Mira el campo en tiempo de invierno: feo, seco, estéril, sin fruto, sin verdura, sin frescor. ¿Por qué todo esto? Porque está ausente el sol. Mira en viniendo el verano cómo se viste el campo de tanta diversidad de flores, cuán fresco se para y cuán hermoso. ¿Por qué todo esto? Porque se acercó a nosotros el sol. Pues si la falta de la virtud del sol hace tanta falta, si su presencia hace tanto fruto, si el sol, con ser una criatura y que no tiene vida, rige y gobierna todo lo corporal, no te maravilles de que Dios rija y gobierne todo lo corporal y espiritual. Si el sol con su lumbre todo lo hermosea, Dios con la lumbre de su gracia hermosea todos los hombres y todos los ángeles. El sol da lumbre a todos los (f. 510v) planetas, y Dios da lumbre y sciencia a todos los espíritus. ¿Has oído decir que Dios es eterno y que no se envejece? —Sí, y maravillome. —Pues ¿por qué te maravillas? ¿No ves pintada esta grandeza en el sol? Mira cuántos mil años ha que se crió el sol y está tan hermoso y tan fresco, tan claro, tan resplandeciente, tan caluroso, tan ligero en su andar y curso natural como el primero día que Dios lo crió; y estará y perseverará en esta hermosura para siempre. Pues ¿qué maravilla que Dios tenga esto, pues lo tiene la criatura? ¿Has oído decir que Dios es trino y uno? —Sí, y esto es lo que más me maravilla. —Pues no te maravilles, que esta grandeza la hallarás pintada en el sol. Hay un Dios, hay un sol. Con haber un Dios, hay Padre e Hijo y Espíritu Santo; el Padre es de sí, y el Hijo es del Padre, y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo. Pues con haber un sol, hay luz y resplandor y calor; y la luz no nace de nadie, el resplandor nace de la luz, y el calor de la luz y del resplandor. ¿Qué pintura y qué figura, qué imagen, qué comparación mejor se pudo poner para declarar el misterio de la santísima Trinidad, pues aun hasta los nombres que hay en el sol convienen a las divinas personas? Del Padre dice la Escritura que *Dios es luz y que no hay en él tinieblas* ²¹¹; del Hijo dice san Pablo que *es resplandor de la gloria del Padre* ²¹²; del Espíritu Santo dice el Hijo en el Evangelio que *es fuego* ²¹³. Pues mira cómo es verdad que (f. 511) *el cielo*

211 1 Io. 1, 15: el texto no indica solamente la persona del Padre.

212 Hebr. 1, 3.

213 Mt 3, 11; Lc 12, 49.

predica la gloria de Dios, pues una sola letra tan expresamente ha predicado sus grandezas; ¿qué sería si leyésemos más letras? ¿Qué sería si, como niños que deletrean, juntásemos letra con letra y parte con parte? ¿Qué sería si, a manera de lectores desenvueltos y cursados en el oficio, leyésemos muy apriesa? ¿Cómo conoceríamos a la clara las bondades y perfecciones de Dios? Muy bien por cierto, pues dice san Pablo que la criatura del mundo —que es el hombre— puede conocer las grandezas de Dios. De arte que no tienes excusación, hombre, de no servir y agradecer a Dios las mercedes y beneficios que te ha hecho, con decir que no se te acuerda de Dios, pues las criaturas te lo predicán y te enseñan lo que Dios es. No tienes excusa en decir que no entiendes su lenguaje, porque común es a todas las naciones, latinos y griegos, franceses y españoles. Y así el profeta David cuando dijo que *los cielos predicaban la gloria de Dios*, añadió: «No hay palabra de esta plática y sermón que no se entienda: *non sunt loquelae neque sermones*»²¹⁴. El defecto es que tú, como bestia, en viendo el sol no levantas el corazón a más; en viendo cosas hermosas no alzas tu corazón a considerar cuánto más hermoso será el que las crió; en viendo cosas dulces y suaves no alzas tu corazón a considerar cuánto más dulce y suave es el que las crió. Y así, como paras en ellas, las criaturas, que te habían de ser ocasión de te acordar de Dios, como dice el Sabio, te han sido lazo y liga: *Creaturae Dei in odium factae sunt*, etc.²¹⁵, por tu bestialidad, para que te ates a ellas y olvides a Dios.

Mira, hombre, que formó Dios este mundo para tu (**f. 511v**) servicio, pero también te lo dio por maestro: el ayo del príncipe vasallo es del príncipe y maestro del príncipe. Así este mundo fue criado para tu servicio, para que comieses, bebieses y vivieses; pero también se te dio por maestro. Aun el Sabio te envía a la escuela de la hormiga para que te enseñe²¹⁶. Es este mundo, dice san Bernardo, como libro atado con cadena en librería, para que todos le lean y todos se aprovechen de él²¹⁷. Y aun esta ventaja hace el libro del mundo a los libros de las librerías, que aquellos <de las librerías> no están

214 Ps. 18, 4.

215 Sap. 14, 11.

216 Prov. 6, 6.

217 S. Bern. STV, ed. S. Bárbara, 633: «Bibiam (?) ante oculos natura edidit».

escritos sino en un lenguaje: si están en latín no los entiende el griego, si están en griego no los entiende el romanzado; pero, como dijimos, este libro todos lo entienden. Cuando uno estudia en el libro de la librería, no puede estudiar otro en aquel tiempo: estorbarse han; pero en este libro todos los hombres juntos pueden estudiar en una misma plana, renglón, parte y letra sin estorbarse. Mirad ¿qué inconveniente sería si todos estuviesen mirando o leyendo en el sol o en otro planeta? Ninguno. No tienes excusas de tu olvido, no tienes disculpa de tu grande culpa.

Grande olvido sería, por un hombre desalmado tendríamos al que yendo por su camino, lleno de pisadas de ovejas, no se le acordase de ovejas; pero aun más desacordado sería si el camino estuviese lleno de tablas, donde estuviesen pintadas ovejas y no se acordase de ellas. Pues mira, hermano, tu descuido; mira cuán desalmado eres, si un momento sólo te olvidas de Dios, pues todo lo que hay en el camino de este mundo o son **(f. 512)** pisadas o imágenes de Dios: el hombre y el ángel imágenes son de Dios, y las otras criaturas vestigios y pisadas de Dios. Pues ¿qué excusa tienes, di, pues tú mismo estás dando voces para que conozcas a Dios? Sino que tú a ti mismo no te miras; andas fuera de ti, por las vanidades del mundo; o, si te miras, cierras luego los ojos, tú no oyes las aldabadas y voces que te da la atalaya que está en el castillo de tu entendimiento: que es la lumbre natural que los teólogos llaman sindéresis o centella de la razón, de quien dice el Profeta: *La lumbre de tu cara está impresa en nuestros entendimientos* ²¹⁸; porque no despiertas del sueño abobado; porque si oyes las voces no escuchas lo que te dicen, antes cierras los oídos, a manera de serpiente ²¹⁹ emponzoñada con pecados, por no oír las salutíferas encantaciones de la lumbre natural. ¿Qué castigo merece tan grave sueño, tan grande resistencia a las buenas inspiraciones de Dios? Merecías que te enviase Dios una modorra que nunca despertases y que durmiendo pasases la vida y tomases la muerte, pues, habiendo Dios dado más aldabadas a tu corazón que al del rey Faraón, tan duro estás y aún más que él ²²⁰.

Pero no me maravillo tanto de tu dureza y obstinación como de la blandura y suavidad de Dios, que, en lugar de te castigar,

218 Ps. 4, 7.

219 Ps. 57, 5.

220 Ex. 7, 13.

se pone a hacer merced de nuevo, y las mayoés que (f. 512v) nunca hizo. Antes no te acordabas de él con ver sus pisadas, con ver sus imágenes, con leer en el libro de sus criaturas; porque no tengas excusa, él mismo se te quiere poner en persona delante de los ojos, él mismo quiere ser tu libro encuadernado a las mil maravillas, debajo de las tablas y encuadernación de los accidentes del pan y vino. Mira, hermano, cuán bien concierta esta tecla con la autoridad del santo Job que arriba declaramos y en el principio de este capítulo allegamos. Llámase este santo Sacramento libro, para le ofrecer al Padre eterno; vesle pues hecho libro, y encuadernado y plegado; ponle en la librería de tu corazón; mira que después no echés polvo sobre este libro, aficionando tu alma a la tierra y polvo de este mundo. Polvo crían los libros cuando no se tratan. Pues no pongas este libro en tu alma para bien parecer, porque digan que comulgas. No se hace el hombre letrado por tener muchos libros en la librería, mohosos y llenos de polvo, sino con pasarlos y leerlos.

Mira qué castigo merecías con sólo dejar de leer en el libro de las criaturas, pues dice san Pablo que <los que no leen en él> *son sin excusa* (Rom 1,20); pues mucho más <castigo> merecerás si, teniendo tal libro es suma de todas las sumas; con este sólo serás letrado; en él leerás todas las maravillas que difusamente están (f. 513) escritas en todos los libros; esta es la suma de toda la costa que Dios ha hecho en criar, reparar y gobernar el mundo, según que dice el profeta David: *Dio Dios manjar a los que le temen, haciendo copia y suma de todas sus maravillas* ²²¹. Lee aquí los milagros de la creación. Maravilloso se mostró Dios en la creación del hombre, pues de tan diferentes cosas como son el ánima y el cuerpo hizo una liga y unión <de modo> que fuesen una persona. Más maravilloso se mostró en la reparación, cuando hizo que de hombre y Dios se constituye una persona. Pues lee estos milagros en este libro divino, que aquí hallarás que el hombre recibe a Dios por manjar, y así, de Dios y del hombre —siendo tan diferentes— se hace una misma cosa, como arriba dijimos.

Mostróse Dios maravilloso en criar todas las cosas con su sola palabra. Lee en este libro este milagro, pues con solas las palabras del sacerdote —dichas en persona de Cristo— dejan de estar aquí el pan y el vino, y están el cuerpo y sangre de Cris-

to. Mostróse Dios maravilloso en criar las cosas de nonada. Mira que, según habemos dicho, después de consagrada la hostia no hay allí pan; y cuando tú recibes la hostia, porque no tengas experiencia sino fe de este misterio, cria Dios en tu estómago de nuevo tanto pan cuanto antes estaba debajo de la hostia antes que se consagrarse²²². Mostróse dios muchas veces en los tiempos pasados ser grande en mudar las naturalezas de las cosas: haciendo que el fuego no quemase en el horno de Babilonia²²³; haciendo que el río Jordán y el mar Bermejo no hiciesen su curso natural, sino que se volviesen atrás²²⁴; haciendo nadar el hierro en el agua²²⁵; haciendo manar agua de la piedra²²⁶, y otras infinitas maravillas, que Dios ha hecho en la gobernación del mundo. Lee en este divino libro todos <estos> milagros compilados, pues aquí se muda la propiedad de las cosas. Dejo que el hombre que recibe este Sacramento se hace otro y se muda en Dios; pero la blancura del pan o el tinto del vino y otros accidentes están por sí, cuya naturaleza es estar en otra cosa y no por sí; ca estar por sí es perfección de substancia y no de accidentes. Pues aquí se muda este orden, que los accidentes están por sí, como substancia; ca no los sustenta el pan, pues no hay pan, ni están pegados al cuerpo y sangre de Cristo, ca no es Cristo desblanquinado ni negro, como pan y vino, sino el mismo color que tiene estando en el cielo, tiene debajo de la hostia.

También es cosa natural a un cuerpo humano tener cada parte por sí y no estar en un lugar mismo el pie y la mano. Estar toda una cosa en un lugar y en cada parte de él, manera y grandeza es que conviene a las cosas espirituales —como a nuestra ánima que está toda en todo el cuerpo y toda en cada parte—; pero aquí se mudan las propiedades de las cosas, pues en este Sacramento Cristo está en toda la hostia y en cada parte de ella; y así, donde está el pie está la cabeza; y con tanto primor que, aunque los idiotas e ignorantes no lo entienden, por estar en un mismo punto el pie y la cabeza no hay confusión ni fealdad; ni están magulladas las partes del cuerpo de Cristo, sino en aquella **(f. 514)** hermosura <con> que están en el cie-

222 No conocemos ningún texto en apoyo de esta afirmación. Cf. S. Tom., *Summa theolog.*, III, 77, a. 5-6.

223 Dan. 3, 19 ss.

224 Ex. 14, 22.

225 4 Reg. 6, 6.

226 Ex. 17, 6; Ps 77, 20.

lo. Y ¿qué mucho que conceda Dios al cuerpo de Cristo lo que no concede a los ángeles, pues está unido y ligado al Señor de los ángeles? Un ángel no puede estar en dos lugares diferentes; pero el cuerpo de Cristo está en el cielo y en la tierra, y en diez mil altares está este Sacramento consagrado.

Mostró Dios su sabiduría en la gobernación del mundo. Mira cómo está sumado este milagro en este Sacramento, pues por éste es regido y gobernado el hombre, que, según Aristóteles, es un mundo abreviado²²⁷. Mostró Dios su misericordia en la pasión, ofreciéndose al Padre en sacrificio por los pecados del mundo, entregándose en la boca y manos de Judas y de los judíos. Pues mira sumado este milagro en este Sacramento, que aquí se ofrece Cristo nuestro Señor —como dijimos— al Padre, en sacrificio por nuestros pecados, y permite ser recibido, tratado y consagrado de los malos cristianos y sacerdotes. ¿Para qué dilato más esta materia? O, por mejor decir, ¿por qué no la dilato? Pues averiguado es que no ha hecho Dios milagro que no esté sumado en este Sacramento. Habíase de dilatar más, porque más merece; y había de dejar de decir, porque es poco lo que se puede decir. Y decir poco es poquedad y afrenta de lo que se dice; como llamar a un conde o duque «noble», pues cabe en él más.

Es este divino libro —como tengo dicho— muy copioso y que no has menester otro libro para te hacer letrado, si bien le estudias. No duermas, emplea todo tu tiempo en él, que aunque vivas tantos años como todos los hombres juntos no le acabarás de leer, ni aun la menor parte de él. Pero avísote de una cosa: que es libro sellado con siete sellos, que ninguno lo puede abrir sino el mismo Jesucristo nuestro Señor²²⁸; mira que está muy encubierto y encuadernado debajo de los accidentes; una sola letra no leerás sin que te la abra Jesucristo nuestro Señor, y te enseñe a conocer las letras como a niño, y a juntar y deletrear las partes (**f. 514v**) y a leer desenvueltamente. Pues mira, hermano, que por eso yo te he dicho tan poco, porque no soy letrado ni aun sé conocer bien las letras de este libro a cabo de tanto tiempo que leo en él; porque no me ha enseñado Jesucristo nuestro Señor. Y esto no por falta suya, sino mía, que soy rudo y abobado, con tener hecho mi estómago a las cosas

227 Arist., O microcosmo. Aforismo pitagórico repetido por Aristóteles.

228 Apoc. 5, 1-10.

groseras de este mundo. Tú, si tienes mejor ingenio, si tienes más cabida con el Maestro, Cristo, ruégalo que en breve tiempo te saque maestro, para que sepas leer y gustar de tan singular ciencia. No se aprende en las escuelas del mundo, sino en la de Dios; por eso a él te encomienda; mira que, como buen discípulo, te pongas debajo de su mano, y yo te aseguro que si halla disposición en ti, que en breve te haga entender el lenguaje de este libro. Y después que supieres bien leer, aunque cada día leas nuevas cosas, una lección y hoja debes cada día leer <en él>, que es el beneficio y grandeza de su sagrada pasión. No te ponga hastío, diciendo que cada día no puedes leer una <misma> cosa, que yo te aseguro que cada día te parezca que comienzas a la saber leer, y que hasta entonces no has sabido aún deletrear, según lo que te comunicará este santo Maestro. Mira que aunque Dios quiso que en este libro leyese todos los beneficios que te ha hecho, pero, según san Pablo, para esto se plegó y encuadernó debajo de este Sacramento, para que leas la lección de su sagrada pasión²²⁹; y, después de ejercitado en este santo ejercicio algún tiempo, no cures de tomar libros para la estudiar, sino tú, contigo mismo, la pasa y lee cada día.

Bien sé yo como experimentado y —por mis pecados— como muchas veces vencido, que no habrá hoja ni lección que el demonio (**f. 515**) tanto te estorbe de leer como ésta; porque en esta sola hoja está sumada y compilada toda la vida y doctrina de Cristo. Si te enseñó humildad y obediencia, léela en esta hoja, que se humilló sufriendo afrentas y *obedeció hasta la muerte de cruz* (Philip 2,8); si te pidió que le amases, mira que para mostrarte cuánto te amaba murió por ti, según dice nuestro padre san Agustín²³⁰, y no porque hubiese necesidad para la redención, pues la sangre de la circuncisión sobraba, si te enseñó a hacer bien a los amigos, mira que san Juan Evangelista —su regalado amigo— dio lo que más quería, que era la Madre: y la llamó mujer y su madre <de él>, cuasi renunciando el título y amor de madre en san Juan²³¹; si te enseñó a hacer bien a los enemigos, mira que estando afligido en la cruz no se olvidó de rogar por ellos; si te enseñó a menospreciar las alhajas del mundo, mira que está desnudo; si te enseñó que no te regalases y que hicieses penitencia, mira que muere. ¿Qué en-

229 1 Cor. 11, 26.

230 En varios lugares, así como en los textos bíblicos ya citados.

231 Io. 19, 26.

señó en su vida, que no lo compiló en su muerte? —Pues esta lección lee cada día y yo te aseguro que seas buen letrado; no pase sin castigo el día que dejares de leerla, que te hago saber que ningún otro ejercicio corporal ni espiritual se le compara. Y pues para este fin en la última cena, para que más quedase impreso en tu corazón, instituyó este divino manjar—viático, sacrificio, sacramento—, diciendo: **(f. 515v)** *Tomad y comed de esto, pues es mi cuerpo*. Y mirad que os lo dejo por empresa, para que os acordéis de mí.

CAPÍTULO IX^o

Cómo esta mesa es grande por ser muchos los convidados

Grande por cierto es esta cena de que habemos hablado, si la grandeza del manjar y sus grandes efectos según dicho es contemplamos; pero también es grande por lo que se sigue en el texto del sagrado Evangelio que comenzamos a declarar, que dice: *Y llamó a muchos*. Pero qué tantos sean determínalo nuestro Redentor por san Mateo, a los once capítulos, diciendo: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os recrearé y daré mantenimiento* ²³². ¿Quién me negará que si alguno, cuanto más comiese se muriese de hambre, cuanto más bebiese se muriese de sed, cuanto más durmiese estuviese desvelado, que este tal no tenía trabajo? Pregunto pues a los hombres mundanos que se ceban de las cosas del mundo, si están contentos: si está el rico contento con el dinero que tiene, el señor con su estado, el vicioso con sus placeres. No por cierto. Gran trabajo sería a un hombre que quisiese reposo y sosiego ir o andar en rueda que nunca está queda ni tiene sosiego. ¡Oh honras del mundo!, ¿qué sois sino rueda? las riquezas y placeres de él son rueda, que anda rodando: que cuando piensa el hombre que está en la cumbre del placer, viene un desastre y pónese en la parte baja del pesar, según lo que dice la Escritura ²³³, y por la experiencia lo vemos, que los pequeños placeres del mundo se han de descontar con pesares. ¡Qué encumbrado está un señor en su estado! Pues, aunque sea príncipe, cuando menos se cata se ve depuesto en servidumbre y prisiones, como

232 Mt. 11, 28.

233 Prov. 1, 32 y Eccli. 21, 11.

en nuestros tiempos (**f. 516**) habemos visto ²³⁴. Pues relatar la variedad —menguante y creciente— de los bienes de fortuna, sería querer contar las arenas del mar; aun el creciente de la luna y el menguante de la marea sería pequeña comparación, pues, según dice san Gregorio, gran trabajo y servidumbre es querer descanso —como todos lo deseamos— en cosas que no están fijadas, trabarse a las cosas que se menean y no quererse menear con ellas ²³⁵.

Pues dice Dios: *Todos los que trabajáis*, los que halláis desabrimento y desasosiego en las cosas del mundo, *venid a mí, que os recrearé* y daré manjar que tiene todo sabor ²³⁶. Cargados están los que están en pecado; porque, según dice David: *Mis trabajos me han agravado como carga pesada* ²³⁷. Y Job dice: *¿Por qué, Señor, permitiste que pecase y que fuese contrario a ti?* ²³⁸. Que no sólo a ti he ofendido y a los prójimos escandalizado y dañado, pero yo me soy a mí mismo cargado y pesado; no puedo sufrir el gusano y remordimiento de la conciencia. Y por esto dice el Profeta que vio en visión a la maldad sentada sobre un talento de plomo ²³⁹, porque bruma el alma más que plomo. Pues Dios dice: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados*; a nadie saco, con todos quiero ser liberal, a todos llamo. Y el fin de esto no es mi propio interés, sino el vuestro; para daros descanso y quitaros la carga pesada de los pecados; y a la postre daros he la refección y manjar de mi cuerpo.

Vamos declarando paso a paso esta autoridad. Dice luego: *Venid a mí todos*. Gran beneficio es el que Dios nos hizo en poner nuestra salud y nuestro bien principal —que es el del alma— en nuestra mano y libertad, según lo dice David: *Mi alma en mis manos está siempre* ²⁴⁰. Y el Sabio dice: *Crió Dios al hombre y dejóle en la mano de su consejo* ²⁴¹, poniéndole delante el camino de la vida y el de la muerte, para que escoja el que quisiere: para que por su voluntad y libertad viva bien, y sea (**f. 516v**) galardonado, o viva mal y sea castigado. No nos dejó Dios así la honra y riqueza temporal en nuestra mano, porque son

234 Por ejemplo, al rey de Francia, prisionero en Madrid en 1545.

235 Cf. S. Greg., *Moralium*, 21, 31; PL 76, 206.

236 Mt. 11, 28 y Sap. 16, 20.

237 Ps. 37, 5.

238 Job, 7, 20.

239 Zach. 5, 7.

240 Ps. 118, 109.

241 Eccli. 15, 14.

<bienes> vanos y sin provecho; pero los bienes que de veras son bienes, como los del alma, en nuestra mano nos los dejó, para que ninguno se queje sino de sí mismo, si perdiera tan gran bien. Y si tienes deseo de tan gran bien y te parece que no lo mereces, y que será mala crianza ponerte y asentarte a la mesa de tan gran Señor, mira que él mismo te quita el velo de la vergüenza y te convida diciendo que vengas, que ya todo está aparejado. Pero mira que dice: *Venid*: A nadie trae de los cabellos; ninguno viene forzado. San Pablo dice que *Dios quiere el dador alegre*²⁴². Dador llama san Pablo al que da servicios a Dios; pues dice David: *Servid al Señor en alegría*²⁴³. Pues si no quiere Dios que le hagas servicio contra tu voluntad, ¿cuánto menos querrá que recibas mercedes contra tu voluntad? Pues no te fuerza, aunque te convida diciendo: *Venid ya todos*. Lo dice. ¡Oh gran convite! ¡Oh magnífico Señor! ¡Oh gran Señor! ¡Oh rico Señor, que tan abundosa mesa tiene, pues a todos convida!

Así como nos dejó los bienes espirituales en nuestra mano, así a todos nos hizo iguales para ellos. Con una voz, con una misma cortesía, con un mismo criado llamo a todos; no hay en esto diferencia entre los reyes poderosos y los pobres necesitados; a ninguno excluye Dios de su amistad; de tal arte quiere que vengan los ricos, que no menos provea a los pobres. Donde dice el apóstol san Pedro: *No es Dios aceptador de personas*²⁴⁴. Todas las almas en los ojos de Dios son hermosas e iguales. Aunque acá, según lo corporal, parezcamos diferentes, esa diferencia es postiza, puesta por los hombres. Y algunas veces —aun por ventura las más— al revés de como había de ser: que los sabios y virtuosos son mandados, y los necios y maliciosos son los que mandan. **(f. 517)** No se tenga nadie en mucho porque el mundo le tiene en mucho y le tiene muy empinado; nadie desespere por verse abatido del mundo, que aquél es aprobado a quien Dios aprueba. Todos somos en lo espiritual iguales, y la temporal desigualdad no se ha de echar de ver: como si dos señores fuesen iguales en renta y estado, salvo en mil maravédis de renta, por esto ni el uno se tendría en más ni querría supeditar al otro, ni el otro habría envidia del primero. Pues el exceso que un príncipe y monarca del mundo hace un pobre no es tanto como lo que habemos dicho, porque lo corporal no es

242 2 Cor. 9, 7.

243 Ps. 99, 2.

244 1 Petr. 1, 17.

nada comparado a lo espiritual; antes, si bien miramos, el pobre, en ser pobre, hace ventaja al rico en lo espiritual, pues tiene menos impedimento, menos en que ocupar su corazón, sino en solo Dios. Pues no se ensoberbezca el rico ni quiera hollar al pobre, y el pobre no haya envidia del rico, pues a todos los hace Dios iguales —convidándolos para que se sienten a una misma mesa— diciendo: *Venid a mí todos*.

Esta liberalidad y magnificencia estaba profetizada por el profeta Ezequiel, diciéndole Dios: *Di a todas las aves y bestias del campo: llegaos y apresuraos de todas las partes al manjar y sacrificio que yo os sacrifico: sacrificio grande sobre los montes de Israel, para que comáis carne y bebáis sangre* ²⁴⁵. ¡Oh qué profecía tan grande y clara del misterio que entre manos tenemos! Cristo nuestro Señor es el que sacrifica este sacrificio; él es el sacerdote y la hostia. Es la hostia y sacrificio grande, pues es el mismo Dios que sustenta los ángeles: de cuya excelencia y de las grandezas y efectos suyos, según la poquedad de mi ingenio he dicho arriba. Pues envía Dios a su siervo Ezequiel para que de su parte convide a todos los hombres de todos los estados.

Hay en la Iglesia de Dios dos estados de personas: los unos son contemplativos, y éstos son comparados a las aves, porque vuelan muy altamente por el cielo, pues su conversación y obras son celestiales; hay otros que se ejercitan en las obras de la vida activa, y éstos son comparados a los otros animales, porque (**f. 517v**) andan por la tierra. Pues dice Dios que convida a todos: ahora sean aves que vuelan, quiero decir contemplativos, ahora sean de otros animales, que son los que tienen la vida activa. Dice que se sacrifica este sacrificio en los montes de Israel. ¡Oh monte grande, la cruz! ¡Oh monte grande, la mesa del santo altar, donde se sacrificó y ahora se sacrifica! ²⁴⁶.

Pero mira que no quiere que vayamos despacio, sino que nos apresuremos; no quiere nuestro Señor que nos alleguemos al santo Sacramento con tibieza, sino con hervor, con afición: como un hombre va apresuradamente cuando le acosa el toro; como el hombre va con deseo al manjar que le ha de sustentar; como el hombre va a que le perdonen la deuda de balde, a que le den riquezas sin trabajo suyo, sino graciosamente; como va un amigo a ver y conversar con otro amigo muy querido.

245 Ezech. 39, 17 ss.

246 *Ibíd.*

Pues mira, hombre, que vayas con deseo y hervor a este santo Sacramento, pues vas a poner y aposentar en tus entrañas a tu Amigo, pues vas a recibir el manjar que te sustenta en esta vida, pues vas a nido seguro donde harás burla del toro que te perseguía, donde se te perdonan los pecados, que es sacrificio donde se te hacen soberanas mercedes de gracia, porque es Sacramento.

También había profetizado esto el profeta Isaías diciendo: *Hará Dios en este monte a todos los pueblos un convite de cosas gruesas, convite de cañadas, convite de vendimia muy apurada* ²⁴⁷. Manjar por cierto grueso y de mucha substancia —como son las cañadas de los animales— es la carne de Cristo nuestro Señor, llena de grosura espiritual. De él en figura se dice: *El pan de Aser es grueso y dará riquezas a los reyes* ²⁴⁸. Aser quiere decir bienaventurado, y significa a Cristo nuestro Señor, el cual, según la divinidad, es la misma bienaventuranza, y, según la humanidad, es bienaventurado desde el punto que fue concebido en el vientre de nuestra Señora. El pan de Aser, que es Cristo, es su preciosa y limpísima carne que está en el Sacramento, según lo que él dice: **(f. 518)** *El pan que yo os daré es mi carne, por la vida del mundo* ²⁴⁹. Pues esta carne está gruesa, no de grosura carnal, sino de grosura espiritual; quiere decir que da grosura espiritual de gracia y de devoción a los que le reciben; pero no a todos, sino a los reyes. No sería muy magnífico el convite, según lo que habemos ponderado, si solamente hiciese buen provecho a los reyes; pero nota que todos los que están en pecado, aunque sean reyes, son siervos y esclavos del pecado, según dice Cristo ²⁵⁰; y todos los que están en gracia son reyes, porque servir a Dios es reinar y gobernar <el> hombre su apetito y sensualidad en el servicio de Dios. Y esto es ser verdadero rey, según lo que dice el Sabio: *Mejor es el que se enseñorea de su ánimo que el que conquista ciudades* ²⁵¹. Pues mira, hermano, que el pan de Aser, el manjar que Cristo pone en este convite grueso es y nutritivo; pero mira que, pues te sientas a la mesa del Rey y Emperador soberano —con los príncipes de su corte, que son los ángeles—, que no vayas tú hecho esclavo del demonio, aherrrojado con los grillos de los pecados, sino que seas rey de

247 Is. 25, 6.

248 Gen. 49, 20; Deut. 33, 24.

249 Io. 6, 52.

250 Io. 8, 34.

251 Prov. 16, 32.

ti mismo, y darte ha luego este manjar grueso riquezas espirituales.

Ya sabes que el padre que tenía dos hijos, de los cuales el más mancebo fue pródigo y gastador ²⁵², que no mandó matar el becerro grueso cuando su hijo había ya gastado toda su hacienda y cuando estaba por siervo de un hombre que le enviaba a guardar puercos, sino mandó matar el becerro cuando se volvió al padre y le pidió perdón de lo pasado. El becerro que se mata es Cristo nuestro Señor —muerto en la cruz—, el cual se sacrifica por nosotros en el altar; y está muy grueso. Pues no se ha de dar al hombre que ha perdido la gracia, que Dios le dio por herencia con que heredase el cielo, y que está hecho esclavo del demonio, en compañía de otros demonios, sino al que ha dejado esta servidumbre (**f. 518v**) y cautiverio, y se viene con lágrimas de contrición a pedir perdón al Padre.

Bien has visto cómo este manjar es grueso, aunque no da a todos grosura. Pues así como su cuerpo es manjar grueso, así su preciosa sangre se llama vendimia o vino purísimo, exprimido en el lagar de la cruz, del racimo de su sagrado cuerpo. Y mira que no te maravilles que el Profeta haya dicho que este convite había de ser, no de manjar grueso, sino de manjares gruesos; porque en la persona de Cristo nuestro Señor, que es el manjar de este convite, no sólo hay una cosa, sino dos substancias, dos naturalezas —divina y humana— y ambas a dos se reciben en este Sacramento.

Hácese este convite en el monte. Bien conciertan estos dos profetas, Isaías y Ezequiel; parece que se hicieron de habla y de concierto, pues ambos dicen que se hizo o se hace este convite en monte. Este monte es la Iglesia, de quien dice David que es monte cuajado y monte grueso, monte donde ha tenido Dios por bien de morar en él, donde hay frescura y verde de virtudes ²⁵³.

Ya has oído cuál es la mesa, cuál el monte de la Iglesia; ya has oído qué tal es el manjar, que es grueso. Oye los convidados, de los cuales dice que este convite se ha de hacer a todos los pueblos. Grande, pues, es la cena, como en el primer capítulo dijimos y después lo declaramos, por ser grande el que la hace, grande el manjar y grandes sus excelencias, muy bien

252 Lc. 15, 11-32.

253 Ps. 17, 16.

guisado y sazonado, muy excelentes servidores y muchos los convidados, pues son todos los hombres.

CAPÍTULO X^o

De la mala crianza en no querer venir al convite

Quisiera tener elocuencia para relatar la mala crianza que cometieron aquellos de quienes dice nuestro Evangelista que no quisieron venir al convite, antes se excusaron. La mala crianza de éstos es muy (**f. 519**) notoria, pues los llama tan gran señor y para su propio interese, y no quieren venir. En gran cosa tendría un hombre quererse servir de él el rey; en más si se quisiese honrar de él y lo quisiese sentar a su mesa, y en mucho más si comiesen a un plato. Pero si el rey sacase la sangre del brazo y la diese a beber al convidado, no se podría comparar este amor y honra a ningún tesoro. Pues mira, hombre, que te envía a llamar Dios, que es Rey de reyes y Señor de señores, como dice David ²⁵⁴; en oyendo su palabra habías de venir desvalido (*sic*) y obedecer sus mandamientos, por graves que fuesen: lo uno, por recompensar los inmensos beneficios que de su mano has recibido. ¿Quién habría que fuese muy cargado, que no holgase de dejar algo de la carga que lleva? Pues los beneficios que recibimos cargas son que nos echa Dios; con los servicios nos descargamos; habíamos de ir a le servir aún en trabajosos ejercicios y echar mano, no —como dicen— del cedazo, sino de lo más pesado y trabajoso, pues sabemos que dice san Pablo que cada uno recibirá el galardón según hubiere trabajado (1 Cor 3,8).

Verdaderamente es verdad lo que dice David, que ha usado Dios de magnificencia con nosotros ²⁵⁵; porque, diría alguno, que llamándonos Dios a servir no habemos de ir muy alegres, porque no ganamos nada nuevo, sino <solamente> pagamos lo recibido. Si un caballero asentase con el rey por capitán y no tuviese caudal con que hacer el oficio, dárselo ía el rey; pero el tiempo de la paga no recibiría nuevo sueldo, antes se descontaría lo servido por lo recibido. No lo tengo yo de hacer así, dice Dios; no soy cerril (?) como vosotros; magnífico soy. Cuanta

254 Ps. 46, 8; 102, 19.

255 Ps. 70, 27.

diferencia y ventaja hay entre el cielo y la tierra, tanta ventaja hace mi condición a la vuestra (Isai. 55,9), así en castigar como en hacer mercedes. Si hace un hombre un crimen por el que merezca cien azotes, si los sufre con paciencia ¿mándanle dar una joya? No, sino destiérranlo, sobre el castigo pasado. Peca un (f. 519v) hombre contra Dios, hace él penitencia de su grado o sufre con paciencia algún azote de nuestro Señor; no sólo recibe Dios aquella penitencia y paciencia en recompensa de la ofensa pasada, pero así le hace mercedes por ella como si nunca hubiera pecado. Lo mismo en hacer mercedes. Díome Dios a mí mismo y todo lo que tengo; justamente me podía obligar a que le sirviese sin nuevo interese; no me hiciera injuria en pedirme que le sirviese con lo que él me dio; pero no lo hace así, sino que con tanta largueza me hace mercedes como si no me hubiera hecho beneficios. Anda Dios con nosotros como el galán cuando juega con la dama, que se hace perdidizo: huelga de perder la hacienda por robarle el corazón.

Dios no tiene necesidad de nuestros bienes, pues él es todo bien; nuestro corazón pide, tras éste anda, esta presa quiere, y todo por nuestro interese; y por eso se muestra tan magnífico en las mercedes. Pues has visto, hermano, cómo, a manera del santo niño Samuel, en llamándote Dios te habías de levantar de la cama y sueño del descanso y decir: *Manda, Señor, que tu siervo oye* ²⁵⁶; y como el profeta David que dice: *Oiré lo que me hablare mi Señor Dios, porque sé que hablará cosas de paz* ²⁵⁷. Y esto, como dije, aunque fuese trabajoso, pues no sólo pagamos y servimos con lo recibido y por lo recibido, pero granjeamos interese de nuevo.

Pero, porque veas a la clara la mala crianza de esta gente, acuérdate que en el pregón que Dios dio no dijo: *Venid a mí todos los que holgáis y trabajareis*, aunque si esto dijera, a manera del niño Samuel lo habías de hacer, como dijimos; pero no dijo así, porque conoce —según dice David— quién somos ²⁵⁸, sino apregonó: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cansados, y yo os recrearé*. A convite nos llama, y a un mismo plato y a darnos no sólo su sangre, pero a sí todo, porque nosotros nos demos todos a él. Y, con todo esto, comenzámonos a excusar. ¿Qué mayor descomedimiento? Sobre lo cual dice san Grego-

256 1 Reg. 3, 10.

257 Ps. 84, 19.

258 Ps. 102, 14.

rio: *Si un rico da de comer (f. 520) a los pobres, todos van allá;* y convidanos Dios y no queremos ir²⁵⁹. Ofrece Dios lo que nosotros le habíamos de rogar; quiérenos dar una cosa tan grande que si él no la prometiera no pudiera hombre imaginar que él la hiciera, y al fin excusámonos. Siéntese Dios de esto muy corrido y afrentado, y dice por el Sabio: *Llaméos y no quisisteis venir, extendí mis manos* —que quiere decir: usé de gran magnificencia— *y no hubo quien mirase en ello*²⁶⁰, sino que se excusaron. Y por el profeta Jeremías dice: *Dos males ha hecho mi pueblo: el uno que me han dejado a mí, que soy fuente de agua viva; y lo segundo, que han hecho aljibes que no pueden conservar el agua*²⁶¹. Esto es, a la letra, cuando dejamos el manjar que se nos pone en esta cena, que es Cristo, fuente de agua viva; hace aljibes que no pueden conservar el agua es ocuparnos en cosas del mundo, como se ocuparon los que se excusaron; los cuales <aljibes> no pueden conservar el agua para matar el deseo y apetito de nuestra ánima: lo uno, porque la agua que tienen no es viva —como la de la fuente que es Cristo— y, lo segundo, porque aun tal cual es no la pueden conservar, por ser <de cosas> mudables y perecederas.

De esto se queja también por Isaías diciendo: *Hijos sublimé y les di mantenimiento, y ellos hánme menospreciado*²⁶². Hanos sublimado Cristo a los de la cristiandad sobre todos los antepasados, que, para concluir en una palabra —por no salir del propósito—, digo lo que dijo David: *Que no ha usado con otra gente de tan gran magnificencia*²⁶³. Y una de las cosas en que nos has magnificado fue, como has visto en este librito, en hacernos un convite tan suntuoso como éste. Pero quéjase de nosotros, porque le tenemos en poco, pues tan pocas veces nos asentamos a su mesa; ni holgamos de su dulce conversación como amigo con amigo, que es lo principal que Cristo nuestro Señor pretendió cuando instituyó este santo Sacramento. Yo sé de un (f. 520v) reverendo y devoto padre de nuestra Orden, que una mujer muy religiosa —pienso era beata— tenía tanta afición al santo Sacramento y recibía tanta recreación espiritual con su dulcísimo Amigo, Jesucristo, que por cosa del mundo no dejara de comulgar cada día; en tanto que, si había entredicho en

259 Cf. S. Greg., *Moralium*, 26, 35; PL 76, 387.

260 Prov. 1, 24.

261 Jerem. 2, 13.

262 Is. 1, 2.

263 Ps. 147, 20.

aquel pueblo donde estaba, se iba a comulgar a otro pueblo; y el viernes santo, cuando no se dice Misa sino solamente recibe el sacerdote el cuerpo de nuestro Redentor que quedó consagrado el día pasado, como se olvidase el sacerdote de aparejar *forma* con qué la comulgase, esta bendita mujer sintió tanta pena, que quería morirse de afligida. A la cual proveyó nuestro Señor maravillosamente: que vio dos manos y en ellas una hostia consagrada, de cuyas manos comulgó. Yo también he leído de un santo que no veía la hora que fuese de día, para celebrar y allegarse a comunicar, y conversar con su Amigo, Jesucristo.

Estos ejemplos vivos y otros muy mayores que han acaecido y cada día acaecen de los varones amigos de Dios, que en tanto tienen la sagrada comunión, muestran cuán grave es la negligencia y mala crianza de los que por pequeña cosa dejan de comulgar y celebrar muy a menudo. Bien dan muestra que las veces que se allegan sienten poco fruto, que salen tan secos como entraron; porque si sintieran ellos algún gusto espiritual y alguna suavidad y alguna dulce palabra de su Amigo, Jesús, ellos tornarían con hervor, como a la manzana sabrosa, que, cuando la comen, querrían otra. Pero como no hay nada de esto, no se les da nada de dejar de comulgar; y esta suavidad no se siente ni gusta sino con la hervorada (**f. 521**) continuación. Yo tengo experiencia de cierto manjar corporal que todas las veces que lo comenzaba a comer, no lo podía comer sin gran desabrimiento, y sólo por la necesidad corporal lo comía; y aun algunas veces me revolvió tanto el estómago, que lanzaba cuanto comía. Pero, después de hecho a ello, me entraba en provecho y me sabía bien. Lo mismo es este santo Sacramento, porque es medicina y es manjar a los que tienen estragado el gusto por la antigua costumbre de pecar; es como purga que aprovecha para purgar el humor y no sabe <bien> al paladar. Pero mira bien lo que dije, que era purga y no jarabe; el jarabe ha de venir antes de la purga; el jarabe da a un hombre harto, pero la purga al tal matarle ía. Harto está <el> hombre cuando está lleno de pecados; éste, si tomase la purga del santo Sacramento sin tomar los jarabes de la contrición y arrepentimiento y confesión, moriría, pecaría mortalmente y, pensando de tomar medicina, tomaría ponzoña. La purga no se da al hombre repleto de vianda, sino al repleto de humores; <así>, no ha de recibir esta purga el que está lleno de pecados, aunque, <perdonados éstos>, la pueda recibir para purgar las malas inclinaciones y desordenados movimientos de soberbia y otros

vicios que se sienten. Pues a estos enfermos, aunque no les sepa dulcemente, aprovéchalos para purgar; pero si continúa la purga, verás cómo —ya sano el paladar— gustan cuan suave es el Señor.

Pero dirás que muchos dicen cada día Misa y no lo vemos melosos ni que gustan mucho esta suavidad. Yo respondo a esto, lo uno, que no sabe nadie quién gusta la suavidad del Señor, y a las veces al que no pensamos le sabe mejor el Señor. Dóyte otra respuesta: ¿de dónde sabes tú que tomaron los jarabes de la contrición y confesión? Y si éstos no tomaron, teniendo pecado mortal, ya sabes el provecho que les hará (**f. 521v**) la purga. Pero yo lo quiero echar a otra cosa: y es que, así como un purgado ha menester guardarse por algún tanto que no salga ni le dé el aire, así digo que los que reciben el santo Sacramento era menester que se guardasen de todo derramamiento y distracción corporal y pláticas, sino, como san Juan Evangelista después de la sagrada comunión se adormeció en el pecho del Señor —donde le fueron comunicados grandes secretos—, así, después de recibido este santo Sacramento, habías de cerrar las puertas de tus sentidos al mundo, y dormir el sueño de la contemplación y hablar con solo Dios: donde te comunicaría grandes secretos y misterios. Pues, así como el purgado ha menester guardarse, y si luego comiese cosa contraria, otro día habría menester otra purga, así en nuestro propósito: guardámonos tan mal después de la comunión, que se puede decir de nosotros lo que se dijo de los judíos: que teniendo el bocado en la boca, se enojó <Dios> de ellos ²⁶⁴; y por eso, como cada día tenemos qué purgar, nunca nos sabe dulcemente nuestro Señor, sino siempre a purga.

Pero guárdate que, porque no te sea dulce la comunión, la quieras dejar; porque si no <te> purgases morirías. Concluyo pues que es menester para sentir el gusto y suavidad con Cristo que siente un amigo con otro, continuación con él *ante* y *post*, que son frutas de principio y de postre: las unas para despertar la gana de comer al principio, y para asentar el estómago al fin, porque la vianda se digiera y entre en provecho. Y tanto más esto, cuanto tienes menos gana de comer y más ruin estómago para retener. Y el que esto no hace menosprecia a Cristo en el Sacramento; porque o no viene, o, si viene, no lleva el fruto

que Cristo quiere —que es <como> no venir—. Porque, así como nuestro padre san Agustín dice que aquél recibe esta Sacramento que recibe su fruto —aunque no reciba el Sacramento ²⁶⁵—, así el que no recibe el fruto es dicho no venir y, por consiguiente, ser de los que se excusaron.

Y porque en esto de la continuación hallarás diversas opiniones, tan por muy averiguado que, así como el recibir una vez en el (f. 522) año el Sacramento es bueno, pero, aunque es posible ser malo, no tenemos de persuadir a ninguno a que no reciba el Sacramento, sino a que lo reciba dignamente, así el recibirlo muy continuamente es tan bueno, que no se puede mejorar; pero podría ser malo si se hiciese con tibieza, por sola costumbre. Pero, pues esto no tenemos de persuadir a nadie —que deje de comulgar muchas veces—, sino persuadirle a que deje la tibieza y que no lo haga por costumbre.

Algunos allegan aquella autoridad de nuestro padre san Agustín, que dice que no alaba ni condena al que cada día comulga ²⁶⁶, y de aquí concluyen que no es bien comulgar cada día: y hacen tibios a otros, como ellos son tibios. Bien dijo el prudentísimo padre Agustín en no firmar por santo el comulgar cada día, pues si hay tibieza no es bueno; e hizo bien en no dar sentencia contra el que comulga cada día, pues si lo hace con hervor y devoción no hay cosa mejor. Pero mira lo que dijo después: *Vive de arte que merezcas recibirle cada día* ²⁶⁷; para que aprendas, hermano, no condenar Agustín al que le recibe <cada día>, antes tenerlo por bueno, si hay la vida conforme al ejercicio.

Otros allegan que san Jerónimo glorioso celebraba pocas veces por su humildad, porque se tenía por indigno de recibir muchas veces <a> tan gran Señor. A esto respondo que es error, y no pequeño, querer imitar a los santos en todas las cosas. De uno leemos en la *Historia de los padres* que, teniendo un encendimiento de la sensualidad, se quemó todos los dedos en una candela para con el dolor mitigar la instigación; y como, quemado un dedo, no se había quitado el fuego de la carne, que-

265 Cf. S. Ag., *Tract. in Io* 26, 15; III, 1986CD; *Serm.* 227; V, 1417B.

266 Cf. S. Ag., *Contra duas Ep. Pelagianorum*, 4, 22; X, 894D ss.; *De dono persev.*, 7; X, 1398D; *Ep.* 54, 4; II, 187A; *Serm. De quarta feria*, 8; VI, 1007BC; *Serm. ad catech.* 5; VI, 1014B.

267 Cf. S. Ag., *Serm.*, 131; V, 924B.3.

maba otro y después otro ²⁶⁸. ¿Sabes para qué te puso Dios este ejemplo? No para que lo hagas tú así, que pecarías, sino para que imites el deseo de castidad que aquel santo tenía, pues a tanto se puso; y tú no dejes de hacer las cosas (**f. 522v**) fáciles y hacederas, pues él hizo cosa tan ardua. De san Ambrosio leemos que cuando le quisieron hacer obispo, metió malas mujeres en su casa por difamarse, porque no lo quisiesen por obispo ²⁶⁹. El no querer ser obispo bueno es, y lo otro malo fue; pues permitió Dios aquello, no porque lo imites, sino porque veas cuánto has de huir de ser obispo y de querer tener cuidado de regir almas, pues los santos tanto hacían por no lo ser. Y porque traiga ejemplo a propósito, san Marcos se cortó el dedo por no ser de Misa ²⁷⁰. No le tengo de cortar yo, pero <he de> pensar que, pues tan gran varón se tenía por indigno de tal oficio, que no me tenga yo por digno: imítale tú en la humildad y tente por indigno de no sólo recibir, pero aun de mirar el santo Sacramento. Y, con esta humildad que has robado de la vida de san Jerónimo, hurta la devoción de los otros santos que no se hallaban sin lo recibir, y vístete de estas dos ropas. Aprueba esto ser verdad que, puesto caso que hay muchos malos que reciben el santo Sacramento muchas veces, todos los varones espirituales y santas mujeres reciben <también> muchas veces el santo Sacramento y no se excusan —como los que cuenta el Evangelio—, acordándose que el rey Asuero mandó matar a la reina Vasti —su mujer—, porque, llamándola a un convite muy solemne que hacía, no quiso venir ²⁷¹; y acordándose de lo que dice Dios por Isaías profeta: *Vosotros que dejasteis a Dios y olvidasteis mi santo nombre, a todos os mataré a cuchillo, porque os llamé y no me respondisteis* ²⁷².

Pues, hermano, Dios te ha llamado, y no a trabajo sino a convite, y tan singular, honroso y fructuoso, no le menosprecies ni te excuses. Y porque no está tasado cuantas veces has de ir, sino para los desalmados que comulgan de año en año, procu-

268 Palladio. Personaje polémico, que nació en Galacia hacia el 363-366. Fue monje y obispo. Escribió, en griego, *la Historia Lausiana* o *Vida de los monjes*. Es una segura y precisa fuente para la historia del monaquismo, pues en ella «expuso muy bien la vida de los santos». Murió hacia el año 425.

269 Cf. S. Ambro., malas mujeres, PL 14, 30-40.

270 LThK, 8 EL. Pura leyenda de origen marcionista.

271 Esth. 1-2.

272 Is. 65, 12.

ra de todas las más veces que pudieres te llegar a este Señor; o a llorar con él tus pecados —si te remuerden— o a holgarte con él como con verdadero amigo.

(f. 523)

CAPÍTULO XI°

*De las excusas que dieron los que no fueron dignos
de venir a la cena*

Bien será, para mejor considerar la gravedad de la culpa de los malos criados, considerar las excusas con que se excusaron; porque, según que fueren de más o menos estima, será mayor o menor la ingratitud.

El uno de los convidados dio por excusa que había comprado una villa y que tenía necesidad de la ir a ver; y que por esta causa rogaba le hubiese por excusado. El segundo dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probar qué tales son: ruégote que me hayas por excusado. El otro dijo que era recién casado, y no rogó que le hubiesen por excusado, antes a la clara dijo que no podía ir allá.

Verdaderamente tiene Dios mucha razón de se quejar de nosotros con aquello del Profeta que dice: *Sin interese ninguno me aborrecieron* ²⁷³, pues por tales cosas olvidamos y dejamos a Dios y no queremos recibir sus mercedes, que aunque las viésemos en el suelo no nos habíamos de bajar por ellas, y aunque nos importunasen no les habíamos de dar posada en el secreto de nuestro corazón. ¿Cuánto más convidándonos y rogándonos Dios que las dejemos, y que por ellas nos hará grandes mercedes y nos sentará a su mesa como convidados? Como si un hombre, viendo una víbora ponzoñosa, se quisiese abajar a la tomar —habiendo de huir de ella— y le viese otro hombre cuerdo y le dijese: no la alces ni tomes en la mano, que morirás; y porque no lo hagas te daré una joya de gran estima. Si este tal menospreciase la persona, nobleza y dádiva de aquel señor; y para su muerte tomase la víbora, todos le tendrían por loco y desagradecido. Son las cosas del mundo, según dice la Sagrada Escritura, lazo y tentación de los hombres ²⁷⁴; pero son como la culebra que dentro tie-

273 Ps 24, 79; Io. 35, 25.

274 Prov. 21, 6; 1 Tim. 6, 9.

ne la ponzoña y de fuera está muy pintada. Nosotros, a manera de moza loca que por la vista compra la toca ²⁷⁵, agradámonos de la pintura y hermosura que estas cosas tienen en la sobrehaz y, al fin, mátannos con su ponzoña. **(f. 523v)** Velo la nobleza y misericordia de nuestro Dios que, según dice David, *se compadece de nosoros como el padre de sus hijos* ²⁷⁶, y danos voces a que no nos abajemos por la culebra, y que nos convida al convite tan soberano como habemos declarado; y nosotros, para mostrar quién somos y cuán agradecidos, ni miramos quién es el que lo manda ni el provecho que se nos sigue, antes no queremos ir allá y damos por excusa que queremos alzar la culebra. Prueba ser esto verdad las excusas que pone el Evangelio de aquellos hombres (*sic*) criados, pues son tales las cosas por que se excusaron, que no sólo no se igualan a los faisanes de este soberano convite, pero no son buenas, antes pintadas —como dijimos— a manera de culebras, y de dentro ponzoñosas.

Tres vicios y pecados dice el glorioso san Juan Evangelista que hay en este mundo: que son *deseo y concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida* ²⁷⁷. Y estos tres pecados dan por excusa los convidados por que no pueden ir allá. La soberbia es significada en lo que dijo el primero: que dejaba de ir allá, porque había comprado una villa; donde se entiende el deseo de la honra y del mandar. La avaricia y deseo de los ojos es significado en lo que dijo el segundo: que había comprado cinco pares de bueyes y que quería ver qué tales sabían (?); por que se entiende el cuidado de las cosas temporales. La lujuria es significado en la tercera excusa que dio el tercero, diciendo que no podía ir allá, porque se había casado; y, puesto caso que el ser casado no sea pecado, es significado por ello el pecado, como es costumbre que por las cosas malas son significadas buenas cosas, y por cosas buenas son significadas <a veces> las malas: como tener villa no es pecado, pero estorbarse por ella de las cosas del cielo es malo, y por eso es significada allí la soberbia; y tener bueyes no es pecado, **(f. 524)** pero cuando estorba de las cosas espirituales es pecado, y es significada allí la avaricia; así, ser casado no es pecado, pero si estorba para la gloria es pecado, y es allí significado generalmente el vicio de la carne.

275 Toca refrán español.

276 Ps 102, 13.

277 1 Io. 2, 76.

Y es de notar que estas excusas, como en el capítulo pasado creo que dije ²⁷⁸, no sólo son excusas de los que no quieren venir a la cena grande de que habemos dicho; pero aun de aquellos que de tal manera vienen, que no reciben fruto de ella: quiero decir que por estos tres vicios generales se detienen los hombres a no venir, o venir de arte que no reciban el fruto de esta tan gran cena. Y porque veamos, como habemos apuntado, cuán poca cosa son, diremos algo de cada uno, para que más claro esté por cuán poca cosa dejamos a Dios y sus soberanas mercedes.

No era razón por cierto que nadie se excusase por la soberbia y el querer mandar, pues, según dice la Sagrada Escritura muchas veces, el hombre es señor de otro hombre por su mal ²⁷⁹. Muestra ser verdad esto que todos los santos varones se excusaban de mandar, como de pestilencia que presto despacha. El santo Moysén —que era prohijado de la hija del rey Faraón— cuando le enviaba Dios a que fuese capitán de su pueblo, se excusaba y contradecía y allegaba sus faltas como si hablara con quien no las supiera ²⁸⁰. El santo Jeremías —santificado en el vientre de su madre—, queriéndolo Dios constituir sobre gentes y reinos, allegaba que era niño y que no sabía hablar ²⁸¹: aunque el rehusar tan gran cargo no era de niño, sino de hombre maduro. ¿Qué diré de la discreción de san Ambrosio, qué de la sabiduría de santo Augustino y de san Gregorio? Pues todos éstos, con tener tantas partes y se llamados de Dios, se atemorizaban. No resta ser animoso, sino atrevido, al que no teniendo las partes que ellos tenían se atreviere a tener cargo de hijos de muchas madres, y a pensar que es suficiente (**f. 524v**) para gobernar a muchos, como de nosotros mismos estamos descontentos cada día y no nos sepamos regir ni gobernar, pues cada momento tenemos qué confesar. Grande locura sería pensar uno que la ropa que a él le viene justa vendrá <como> nacida a todos, así chicos como mayores; pero sin comparación es muy mayor <locura> pensar un hombre, con ser uno, poder hacerse a la condición tan diferente de todos. Sólo Aquél que, siendo uno, es todas las cosas, o al que él por su gracia y magnificencia lo quisiere comunicar, podrá tener este

278 Otra prueba de la familiaridad de estilo.

279 V. gr. Eccles. 8, 9: «*Interdum dominatur homo homini in malum suum*».

280 Ex. cc. 3-4.

281 Jerem. 1, 4.

corte y hechura —como el maná—, de saber a cada uno al sabor de su paladar.

Pues paréceme a mí que, pues cumplir con todos es tan malo de hacer, como tengo dicho, querer mandar no es sino holgarse de tener enemigos; porque aunque algunos en lo de fuera le muestren buena voluntad por su propio interese, yo fiador que son más los que se la tienen mala en lo secreto. Y porque no pienses ser sólo esto verdad en el tener cargo de otros espiritualmente, como lo tienen los eclesiásticos, mira que Moysén no tuvo cargo como sacerdote, pues el sacerdocio particularmente se dio a su hermano Aarón ²⁸²; y apenas —si no es un verso del profeta David ²⁸³— hallarás en toda la Escritura que Moysén fuese sacerdote. El rey Saúl, no para ser sacerdote sino para ser rey le escogió Dios; pero, aunque era el hombre más dispuesto que había en el reino, no quería aceptar, antes huía ²⁸⁴.

Locura sería poner el polvo y ceniza entre los vientos. Pues tú polvo y ceniza eres, no te desees poner a las ventosas honras de este mundo; cata que las honras y dignidades mudan las costumbres; mira que este Saúl de que hablamos era bueno antes que fuese rey, y por eso escogido de Dios; pero después fue reprobado ²⁸⁵; cata que los vientos soplan las cosas altas, y las altas dignidades son combatidas de grandes tentaciones y peligros. Si supieses cuán ponzoñosa culebra es el mandar y este deseo de honra, este querer tener preeminencia entre los otros, querer ser señalado y que todos digan ¿quién es aquél? Yo seguro (**f. 525**) que, aunque te parece <culebra> muy pintada, que como ahora corres tras ella, huyeras de ella. Dime ¿por qué se perdió lucifer, siendo tan hermoso? Porque quiso subir al cielo: no al cielo material, porque allá estaba, sino a ser semejante a Dios y querer tener la condición del cielo, que todo lo abraza: así él quisiera abrazarlo todo y ser señor de todo. Adán, si tienes memoria, por eso se despeñó, porque quiso subir más de lo que le convenía: quiso ser como Dios. Sabe pues el enemigo con quien luchamos la manera por donde él cayó, que fue querer subir; por eso a todos persuade a subir. ¡Oh, dice san Bernardo, *el subir es dificultoso, el abajar es muy fácil!* ²⁸⁶. Como

282 Ex. cc. 28-29; Eccli. 45, 5.

283 Ps 98, 6; pero no significa que Moisés fuera sacerdote.

284 1 Reg. c. 9-10.

285 1 Reg. 15,1; Paralip. 10, 13.

286 Cf. S. Bern. *Serm.* 2; BAC, III, 213; *Serm.* 1; Ib. III, 651.

podríamos verlo a la clara en una cuesta, que se puede bajar en breve tiempo y con descanso, y no se puede subir sin grande trabajo y en mucho tiempo. Pues mira, hombre, que, como el cielo esté alto, para que subas allá —porque no trabajes en la subida— ha hallado <Dios> nueva invención para subir, que es descender: que *el que se humillare será ensalzado*, y nueva para descender, que es subir: que *si te empinares sería humillado* ²⁸⁷.

Cuán bien lo dice en una palabra el rey David hablando con Dios: *Abajáste los, Señor, y derribáste los cuando subían* ²⁸⁸. No dijo: después que subieron los derribaste, sino, cuando subían, porque entiendas que andar un paso hacia lo alto, es dar otro hacia lo bajo del infierno. Pues de tan poco valor y estima es el mandar, y tan peligroso, con razón se quejará nuestro Señor de nosotros, si le dejáremos a él y a sus mercedes por cosa tan dañosa a nosotros.

Pues no pienses que tienen mejor color los segundos ni que son menos desagradecidos; pues por cosa de menos estima y más dañosa dejaron de ir al convite de Dios, que es por probar cinco pares de bueyes. Quiero, primero que exponga esta palabra en el sentido que tengo dicho, exponerla por la excusa de los que no tienen verdadera fe; que por eso, o no vienen o, si vienen, no reciben el fruto de este manjar, porque no lo creen. Estos nuestros sentidos son comparados a animales, porque, como muchas veces habrás oído, en los sentidos somos conformes a los brutos animales; y son comparados a cinco, porque son cinco los sentidos; y son comparados a pares, porque los sentidos —si bien lo notas— son pares; (**f. 525v**) dos ojos tienes para ver y dos orejas para oír, dos ventanas para oler, y gustar en la lengua y en el paladar, y dos manos tienes para tocar. Pues ¿sabes qué es probar cinco pares de bueyes y no ir a la cena? Es no recibir el fruto del Sacramento por no tener verdadera fe; y por eso no la tienes, porque quieres probar tus cinco sentidos y creer más <a> lo que a ellos parece que a lo que Dios dice. Y esto es muy grande error y mala excusa, querer creer a los sentidos; pues cada día vemos haber hombres tan sutiles en las obras de sus manos, que nos hacen, como dicen, trampa ante los ojos, y que parezca lo que no es y no parezca lo que es. Pues a cosa en que hay tan poca firmeza, como son

287 Mt. 23, 12.

288 Ps. 17, 28; 88, 11.

los cinco sentidos, quieres tú creer más que a Dios. Ejemplo tenemos en el patriarca Isaac, el cual, por no creer al oír y por creer a los otros sentidos, se engañó e hizo lo que no quisiera haber hecho: atentó a su hijo Jacob y, como traía vestidos de su hermano Esaú, y traía al cuello las pieles de los cabritos, pensó que era su hijo Esaú, el mayor; en el olor también jugó lo mismo; sólo un sentido le desengañó, que fue el oír, porque en la voz conoció que era Jacob y no Esaú; pero porque dio más crédito a los otros sentidos que al oír, se engañó ²⁸⁹.

Así tú, si quisieras probar estos sentidos, engañarte has; porque lo que recibes huele a pan y sabe a pan y tiene color de pan, y por eso parecete ha pan; pero mira que, así como debajo de la vestidura de Esaú no venía sino Jacob, así debajo de los accidentes de pan no viene pan, sino Cristo. Y esto conocerlo has en la voz: digo que lo has de conocer por la fe. Y porque la fe, según dice san Pablo, se engendra en nuestras almas por el oír la doctrina que nos da la santa madre Iglesia ²⁹⁰, por eso te dije que creas más al oír, que es a lo que la santa Iglesia dice y predica, que a lo que tus sentidos te dicen. Y de esta manera dejas los bueyes —como lo habemos declarado espiritualmente— y puedes ir a la cena.

Pero resta que declaremos este paso conforme a lo que comenzamos: que así por la posesión de la villa es significada la soberbia, así por esta excusa es significada la avaricia. Y bien dice este tal que va a *probar*, porque en esta vida no hay hartura; todo es probar, porque pensamos de hallar descanso y hallamos trabajo; y después que habemos probado una cosa y no habemos hallado lo que pensábamos, probamos otra. No somos **(f. 526)** sino como quien en un cesto de malos melones anda a buscar uno bueno, y, no hallándolo, no hace sino catar y dejar. Y puesto caso que en ninguna cosa haya hartura, menos hay en las riquezas, porque si, teniendo yo sed, me echasen agua en el pie, nunca mataría la sed; porque no está la sed en el pie, sino en la lengua y estómago. Así, poco aprovecha para matar la sed y codicia del corazón los dineros que yo echo en el arca. ¡Oh cuán engañados andan los que andan desvalidos tras los dineros y posesiones de esta vida! Suelen decir acá algunos que hay trasgos, los cuales prometen y dan grandes dádivas a los que les sir-

289 Gen. 27.

290 Rom. 10, 17.

ven; salvo que, al tiempo de la necesidad, aquel dinero se les torna en carbón. No me detengo en examinar si es verdad el ejemplo, pero aprovéchome de la comparación. ¿No os parece que sería hombre perdido el que, dejado un buen señor y muchas mercedes que le hiciese, andase desvalido tras el trasgo, cuyas dádivas fallecen al mejor tiempo? Pues mira, hermano, que las riquezas de esta vida que el mundo da a sus servidores, son como los dineros del trasgo, que al tiempo de la mayor necesidad no valen, que es el tiempo de la muerte; porque aquella moneda no corre, pasado el reino de este mundo, cuya raya es la muerte, donde se acaba éste y comienza el reino de la otra vida.

Pues locura grande será que dejes tú a Dios y sus mercedes, que te quiere hacer en este convite, por probar lo que ya está tan probado ser no solamente inútil y sin provecho, pero aun dañoso. «Pluguiese a Dios —dice el glorioso san Bernardo hablando con el avariento— que nos quisieses creer y no lo quisieres probar, cómo, cuando vas allegando oro, vas también allegando ira para tu condenación, y cómo, llegando a la puerta estrecha de la muerte, no cabrán los fardeles de tus pecados que por amor de ellos has cometido»²⁹¹. Si no me crees a mí, mira y abre los ojos a aquel rico que estaba, según cuenta el Evangelio, muy ufano en su cama, holgándose con la abundancia de sus riquezas, pensando como desharía sus pequeñas trojes y haría otras mayores; y cuando él estaba más metido en el juego, cuando él estaba urdiendo la tela de estos pensamientos, vino la tijera o cuchillo de la divina justicia que le dijo: *Loco, esta noche será tu alma sepultada en el infierno; (f. 526v) y lo que has allegado ¿cuyo será?*²⁹².

Mira, hermano, que todo el montón de sus riquezas no le aprovechó para una sola hora de vida ni para después, pues no las llevó consigo; antes le dañaron, pues por ellas le dieron muerte. Pues ¿para qué quieres tú andar probando lo que a tantos ha quitado la vida y dado la muerte? ¿Piensas tú de hallar alguna nueva invención? ¿Piensas de hallar algún sello del cielo con que selles las riquezas de la tierra, para que te las dejen pasar y valgan allá? Locura sería atreverte tú a lo que ninguno pudo alcanzar; mejor seso me parece que sería escarmentar en cabeza ajena y no ir a probar, sino ir a la mesa del

291 Cf. S. Bern., *Serm. A los clérigos...*; BAC I, 415; *Serm. Libro sobre el amor de Dios*; Ib. I; 237.

292 Luc. 12, 20.

Señor. Y si no lo quieres hacer, de aquí te condenamos por loco y mal criado e ingrato, pues por la serpiente pintada —pero ponzoñosa— dejas de te allegar el sabroso manjar de este divino convite.

Pues si miramos a la tercera excusa, hallaremos ser mayor desagradecimiento: lo uno por ser el vicio de la carne tan transitorio, tan vil y torpe más que los otros, que el que en este vicio está envenenado, más se ha de llamar bestia que hombre; y así cabría(?) que, por no ser hombre como los pasados, sino por ser bestia, o no vino, no llevó el fruto del Sacramento. Pues el que convida es hombre, que es Cristo, y la vianda es hombre, pues es el mismo Cristo, no conviene que el que come este manjar sea bestia, sino hombre; o, si se llegare siendo bestia, perderá la gloria para siempre, como bestia, y darle han de palos como a bestia.

Si Oza, según leemos en el libro de los Reyes²⁹³, por sólo tocar con las manos a la arca del Testamento —no estando limpio de este vicio— súbitamente murió, ¿piensas qué tal será el castigo que dará Dios a los que no recibieren con limpieza este santo Sacramento? Tanto mayor será el castigo cuanto el pecado; y tanto mayor es el pecado que tú cometes cuando vas sucio de este pecado al Sacramento, cuanta diferencia hay entre la figura y la sombra —que es el arca—, y la verdad, que es Cristo en el Sacramento. El profeta²⁹⁴ preguntó a David, para le dar los panes benditos del viejo Testamento, si estaban <sus compañeros> limpios de este pecado. Y no sólo en este caso es pecado, pero aun de lo que es lícito. Mira, hermano, que así como el maná se derretía y hacía meloso al calor del sol, y se endurecía al fuego, así este santo Sacramento si tú llevas fuego (**f. 527**) de amor celestial —que es comparable al calor del sol—, derretirse ha en tu alma y tendrasla dulce y melosa por la suavidad de la devoción; pero si te allegas con fuego de amor carnal, endurecerse ha, no te dará ningún sabor, no llevarás fruto sino dureza para tu condenación. Acuérdate que fueron milagrosamente abrasados del fuego dos hijos de Aarón, porque pusieron en el incensario donde habían de ofrecer incienso al Señor otro fuego del que les fue mandado²⁹⁵. Mira que tu cuerpo y alma incensarios

293 2 Reg. 6; pero la afirmación de que Oza «no estaba limpio de este vicio» no es de la Escritura, sino de nuestro autor.

294 No fue un profeta, sino el sacerdote Aquímelec: 1 Reg. 21, 4.

295 Levit. 10, 1.

son donde has de ofrecer incienso de buenas obras; pero hágote saber que no subirá el olor del incienso arriba —al cielo—, si no hay fuego de amor. Quiero decir que si das limosna o ayunas, rezas o comulgas, si no hay amor no vale nada. Mandaba Dios que en su altar siempre hubiese fuego; tu corazón es altar donde ha de haber el fuego del amor. Así como el fuego es de mayor virtud y eficacia...²⁹⁶. Pero guárdate de llevar al santo altar fuego ajeno del altar, que es amor carnal; porque si éste llevas, hágote saber que serás abrasado del fuego de la divina justicia. En las otras excusas, para ponderar la ingratitud del que se excusaba, declaramos cuán de poca estima y cuán de peligrosa cosa era aquello por que se excusaban; en este vicio, por ser cosa notoria su vileza y peligro —tanto que es vergüenza hablar <de él> aun reprendiéndole—, no he procedido de esta arte, sino he puesto el castigo que Dios da a los que descaradamente responden al que convida, que no pueden ir allá, o van de arte que valdría más no ir; pues van para su condenación, según lo que leemos del que fue al convite sin vestiduras de boda, que fue echado en la cárcel²⁹⁷. Pues de la gravedad del castigo pesa, hermano, la gravedad de la culpa; porque Dios no da grave pena sino por grave culpa, y sus castigos públicos descubren la gravedad de nuestras culpas secretas. Y si tú no quieres ser así castigado, ven al convite y no te excuses; y de arte que no sea mejor de <no> venir al convite.

CAPÍTULO XIIIº

*Del aparejo que han de traer los que han de ser dignos
de se llegar a este suntuoso convite*

Pues habemos dicho quiénes no son dignos de venir a comer espiritualmente (**f. 527v**) las carnes del santísimo Cordero, pues vienen y porque no llevan el fruto se quedan muertos de hambre, razón será que digamos quiénes son dignos. No digo dignos, habido respecto a la dignidad del Señor que recibimos, porque como ésta sea infinita, ninguno de los santos ni de los espíritus celestiales es ni fue ni puede ser digno; pero base de considerar habido respecto a la flaqueza del que lo recibe; de manera que, en este caso, aquel es digno que hace todo lo que puede y es en sí.

296 Queda incompleto el pensamiento que iba a explicar.

297 Mt. 22, 13.

Mira que una nuez tiene buen sabor; pero no al que con pereza no quisiere partir la nuez, sino tragársela entera. Este Sacramento es nuez, cuyo meollo —que es Cristo nuestro Señor— está debajo de la corteza de los accidentes: serás perezoso y tibio si no lo supieres descortezar y no gustarás de esta suavidad. Y aun, si bien lo miras, la nuez tiene dos cortezas y una telica ante el meollo: lo verde de la nuez piensa que son los accidentes del pan; la corteza, la preciosa carne de Cristo; la telica de encima piensa que es su santísima ánima, y el meollo su dulcísima divinidad. Pues sabe, hermano mío, partir por sus partes esta nuez; sabe partir el Cordero por sus coyunturas y a pelo, como buen trinchante, porque no pierda el manjar su sabor. Y en este caso toma mi consejo y, cuando vieres que no has tomado gusto en la sagrada comunión, llora pensando que ha sido por tu gran negligencia, que no partiste la nuez, no partiste el Cordero por sus coyunturas ni a pelo; pues siendo el manjar tan suave, tan poco gustaste de él. Y si gustaste de él, no te ensoberbecas, que sería peor que haber tenido poca devoción; piensa que aun más suavidad quedó dentro, que no gustaste por tu negligencia, y que siempre eres muy tibio, pues lo que has gustado, comparado a lo que dejaste es nada; piensa que aun lo que gustaste no fue por tu industria, sino <por gracia de> aquel celestial trinchante, Cristo nuestro Señor, que ha de tener este oficio en la mesa de la gloria, según lo que él dice: *que se ceñirá y hará sentar a los convidados y andará sirviéndolos* ²⁹⁸. Estas cosas entiéndelas tú espiritualmente, las cuales no me pongo yo a declarar por no salir fuera de propósito. Sólo esto digo, que ser Cristo trinchante en la gloria es ser repartidor a cada uno de la ración que según sus obras le cupo. Pues cuando gustas la suavidad del Sacramento, piensa que él fue el trinchante; atribuye a él todo lo bueno, pues es suyo, y todo lo malo a ti, pues tuyo es. Mira que la providencia divina muchas veces a sus devotos y que han hecho lo que es en sí para recibir el Sacramento, les esconde la suavidad (**f. 528**) del Sacramento, aunque no la gracia y merecimiento; y otras veces comunica la suavidad al que no está tan bien aparejado. Lo primero <lo> hace nuestro Señor porque tenga humildad el devoto y piense que, pues Dios se la quita, que no la merece; lo segundo, por meterte en juego y persuadirte que, pues Dios se hubo contigo tan magníficamente —siendo tú ingrato y tibio—, pien-

ses cuánto más te comunicara si tú te aparejaras e hicieras lo que es en ti.

Créeme, hermano, que, como arriba te dije, así como es menester a los de flaco estómago hacer algún ejercicio para digerir el manjar y para que entre en provecho y sepa bien, así es menester a los de flaco estómago <espiritual> hacer ejercicios espirituales para que entre en provecho la sagrada comunión. Mira que el agua del cielo, aunque sin diferencia cae en todo lugar, en la tierra dura no para, sino corre adelante; pero en la blanda y bien labrada se embebe y empapa, y de esta arte lleva fruto. Si mil veces recibimos <tibiamente> la sagrada comunión, no llevaremos fruto ni parará en nosotros su gracia, porque no estamos labrados. Para comer Adán del pan material le manda Dios que sude; mucho más es esto verdad del pan espiritual, que es el santo Sacramento. Este sudor ha de ser, no en adquirir el pan, pues Dios nos le da, sino en disponernos y labrarnos. Por eso dice san Pablo: *Pruébese el hombre y así coma de este pan y beba del cáliz: porque el que come y bebe indignamente, come y bebe para sí juicio y condenación* ²⁹⁹. Y no sin causa dice el Apóstol que te pruebes, porque el que ha de aparejar cama para un gran señor, mira y prueba la cama que le ha de dar, que sea limpia y blanda y olorosa. Mira cómo no yerro en lo que digo, pues la esposa en los Cantares, considerando la hermosura del esposo dice: *Hermoso eres, amado mío, hermoso y muy agraciado; nuestra cama es florida* ³⁰⁰. Mira cómo cama florida la llama, ca es limpia, de flor, blanda y olorosa. La cama donde has de recibir a tu Esposo —Cristo nuestro Señor— es tu conciencia, y adonde tú habías de descansar, antes que no derramarte fuera de ti. Pues mira que si quieres holgar con tu Esposo dentro de esta cama y retrainiento, que pruebes la cama, que eres tú, de arte que sea limpia de pecado, **(f. 528v)** blanda por amor y devoción, y olorosa por buena fama; ca no basta en algunos pecados lo interior cuanto a Dios, sino <que es también necesario> lo exterior cuanto al prójimo: como es en las restituciones así de hacienda como de injuria, pues que dice nuestro Señor que *si tu prójimo tiene alguna cosa contra ti, que vayas primero a te reconciliar con tu hermano, antes que ofrezcas tu sacrificio* ³⁰¹. ¡Oh cuán bien dice el glorioso Apóstol

299 1 Cor. 11, 28-29.

300 Cant. 1, 15.

301 Mt. 5, 23.

en decir que nos probemos! Cuando has de convidar alguna persona honrada, pruebas primero el manjar que le das a comer. Si no te olvidas, hermano, ya te dijimos que en esta mesa Cristo te convida a ti; pero tú convidas a Cristo: tú comes a Cristo y Cristo <te> come a ti; porque aunque tú le comes a él, él te convierte a ti en sí. Pues mira que te aparejes tú al paladar de Cristo, como Cristo se aparejó para tu paladar. Contempla cuánta diferencia hay entre Dios y nuestra humanidad, y cuánto es diferente de toda costumbre humana estar un hombre tan grande como Cristo, sin detrimento de su estatura y hermosura, encogerse como dicen y plegarse en el santo Sacramento. Pues ya que Dios, según dijimos, usó de tan grandes invenciones —que fue hacerse hombre y después empanarse debajo de los accidentes, ingrato serás tú y desconocido si no hicieres todo lo posible y hacedero para que estés guisado conforme al sabor de Dios. ¡Oh, si cuando yo voy a comulgar estuviese tan bien guisado y sazonado que dijese Dios de mí lo que dijo del rey David: *Hallado he un hombre que me cuadra, un hombre hecho a mi medida, un hombre conforme a mi corazón!*³⁰². ¡Oh inmenso Dios!, ¡quién me otorgase y concediese que cuando estoy en el santo altar contigo y tú conmigo, si me preguntares lo que el rey de Israel preguntó a Jonadab —conviene a saber: *¿Está tu corazón conforme al mío como el mío al tuyo?*—, pudiese yo responder lo que él respondió y decir: *Sí señor:* y vos, Señor, en pago <de> que os pagué algo de lo mucho que os debía, me pagádes con decir que subiese con vos en el carro de la gloria!³⁰³. ¡Oh Señor, cuándo podré con verdad responder con el glorioso san Pedro a vuestra pregunta, si os amo, diciendo: *Vos, Señor, sabéis que os amo*³⁰⁴, pues que he hecho lo que es en mí, guisándome al sabor de vuestro paladar!

Pues para ponerme en la mesa de Dios, para que coma de mí, menester es probarme, para ver si voy guisado conforme a su gusto y voluntad; porque, gustado, no me vomite, como dice que lo haría si fuéremos tibios³⁰⁵; y, vomitados, no resta sino que venga la escoba de la divina justicia y nos echan entre las basuras, que son los damnados.

302 1 Reg. 13, 14.

303 4 Reg. 10, 15.

304 Io. 21, 15.

305 Apoc. 3, 16.

Pero resta saber qué quiere Dios en mí, qué sabor le agrada, para que así pruebe (f. 529) de me guisar. Muchas maneras han puesto los santos, las cuales si todas quisiere yo relatar había de pedir a Dios la vida de Matusalén y la sabiduría de Salomón; pero diré al presente una de san Pablo escribiendo a los Hebreos, cap. 10: *Lleguémonos con verdadero corazón, con plenitud de fe, con limpieza de corazón de toda mala conciencia, lavado el cuerpo con agua limpia y con firme confesión de nuestra esperanza* ³⁰⁶. Lo primero que manda el Apóstol es que nos lleguemos con verdadero corazón. ¡Oh Dios mío! ¿Dónde está esta verdad? Dice el profeta David que *están las verdades muy apocadas entre los hombres* ³⁰⁷; y más dice: *que los hombres son mentirosos y falsos en el peso* ³⁰⁸. ¡Oh cuán clara verdad, pues que en nuestro peso pesan más las cosas temporales que las celestiales, y más pesa en nuestra estimación un breve deleite que Dios omnipotente! Pondera más esta falta de verdad el rey David, diciendo que *todos los hombres son mentirosos* ³⁰⁹; y no hay en ello falta, sino que, si hablan de su cosecha, <es cierto> que lo son; si no lo son es porque no hablan ellos, sino *el Espíritu del Padre celestial que habla en ellos*, según dice Cristo ³¹⁰. Pues pareceme que si es menester verdad para este negocio y que no la hay entre los hombres, que debes —con el profeta David— decir: *Envía, Señor, tu luz y tu verdad, porque estas cosas me guiaron y me trajeron a tu santo monte y a tus moradas* ³¹¹. Mira cómo este Santo conforma con san Pablo, el cual antes que entrase al altar quería verdad y, porque no la hallaba en el mundo, dijo: *Envía, Señor, tu verdad, para que yo me allegue a ti* ³¹².

Esta verdad es la buena y sincera intención con que el que comulga se ha de llegar al altar. Beso fue el de Judas y señal de amor, pero no fue beso verdadero. Muchos se llegan a este Sacramento a besar a su Señor; pero no pretenden amor, como lo muestran: unos <se llegan> por interese temporal, los cuales son peores que Judas, pues él una vez y éstos cada día venden a Cristo, y toman el decir Misa por oficio, para ganar de comer

306 Hebr. 10, 22.

307 Ps. 11, 2.

308 Ps. 61, 10.

309 Ps. 115, 11.

310 Mt. 10, 20.

311 Ps. 42, 3.

312 Ps. 50, 12.

con él, como otros lo ganan por otros oficios; otros se allegan por vanagloria. Tú, hermano, si quieres tener la verdad que dijo san Pablo, llégate a este santo Sacramento no por vanagloria, no por interese temporal; allégate tú porque sean perdonados todos tus pecados con este sacrificio. Pero no pares ahí, que hay interese; llégate por alcanzar gracia para que por ella, como por cédula, te den la gloria. Pero aun no pares ahí, que es todo esto interese; tu principal intención sea corresponder con suma gratitud al deseo de Cristo que, como verdadero amigo, quiere conversar con nosotros, y no se contentó con ser nuestro siervo ni aun con servirnos, sino con ser una misma cosa con nosotros, metiéndose e incorporándose en nuestras (f. 529v) entrañas. Pues tu intento sea cumplir el deseo de Cristo, quererle recibir en tu posada, ser incorporado en él, decirle que entre los dos se quite el nombre de dos y, siendo dos al parecer, no sea más de una la voluntad y querer.

Presupuesta esta verdad de intención, has de tener plenitud de fe, creyendo el misterio según arriba te dijimos. Lo tercero, que tengas limpio el corazón de toda mala conciencia. Mira cómo concierta Santiago con san Pablo, el cual dice: *Por lo cual, desechando toda suciedad y maldad y abundancia de malicia, con mansedumbre recibid el verbo divino inserto en la humanidad, el cual puede salvar vuestras almas*³¹³. ¡Oh ¿quién se preciará de tener limpio el corazón? ¡*Cría en mí, Señor*, como dice David, *corazón limpio!*³¹⁴, esto es, que no tenga deseo de tornarte a ofender, antes desee más que todo el resto tenerte contento <a ti> más que a todo el mundo. Más dice san Pablo: *que tenemos de lavar nuestro cuerpo con agua limpia*. No tiene Dios mucho cuidado del cuerpo³¹⁵. Por el cuerpo <en las palabras de san Pablo> se entiende el ánima, la cual no solamente ha de estar limpia de todo deseo de ofender a Dios, pero de lo ya ofendido se ha de lavar con dos lavatorios: el primero ha de ser de lágrimas de verdadera contrición y penitencia, y el segundo del sacramento de la Penitencia, según lo que dice David: *Justicia y juicios son aparejos de tu morada*³¹⁶. La contrición y penitencia es justicia que el hombre de sí mismo hace, vengando a Dios de sí mismo; el juicio es la confesión, donde, en recompensa de

313 Jacob 1, 21.

314 Ps. 50, 12.

315 Texto paulino.

316 Ps. 88, 15.

la soberbia que el hombre tuvo cuando ofendió a Dios —no queriendo ser sujeto a sus mandamientos—, le manda que se sujete a otro hombre miserable, a quien antes que pecase no debía obediencia ninguna.

Pues teniendo estas cuatro cosas, que son santa intención, plenitud de fe, propósito de no ofender a Dios, contrición y confesión de lo pasado, dice san Pablo que tenga <el hombre> *perfecta esperanza*: no en sus obras, sino en la sangre de Cristo, cuyo merecimiento se le comunica en el santo Sacramento. ¿Para qué me quiero detener en traer de lejos la manera como te has de aparejar a este divino manjar, pues está pintada en el Evangelio sobre que va fundado este librito? En él has visto quiénes no fueron dignos, conviene a saber, quienes se excusaron; y <así es claro> que, si no quieres ser indigno, no tengas tú aquellas excusas. Y mira tú qué condiciones tuvieron los que finalmente fueron dignos, y esas ten tú. Pues mira que dice el Evangelio que, cuando aquellos se excusaron, mandó el señor que hacía el convite que llamasen a los pobres, a los flacos, ciegos y cojos. Pues sé (**f. 530**) tú ciego, teniendo verdadera fe, no creyendo más a tus ojos ni a los otros sentidos para pensar que hay pan en este Sacramento que si no los tuvieses; sé pobre de espíritu. Cata que dice nuestra Señora la Virgen María que *a los hambrientos basteció y proveyó de bienes* ³¹⁷. No es Dios hombre desperdiciado, que quiere dar de comer sino al que ha hambre. Ya sabes que no escogió Dios madre rica ni apóstoles ricos, sino pobres; ya sabes que uno de los vicios que hicieron indignos de esta cena fue la avaricia; pues una de las virtudes es ser pobre de espíritu: a lo menos que tengas en tu espíritu qué eres y lo que tienes no ser tuyo, sino de Dios; y que así lo gastes, no como tuyo, haciendo de ello lo que quisieres, sino que lo gastes como de Dios, en servicio suyo.

Has de ser también flaco, pues dice el Apóstol que *escogió Dios las cosas enfermas de este mundo para que hayan vergüenza y confusión las fuertes* ³¹⁸. Las cosas fuertes de este mundo son los soberbios; los cuales, como ya viste, fueron indignos del convite; y tú, si quieres ser ensalzado a este convite, sé flaco y enfermo, teniéndote por tal por verdadera humildad. Di con el profeta David *que no esperas en tu arco y fuerza, sino que Dios*

317 Lc. 1, 53.

318 1 Cor. 1, 27.

es tu fuerza ³¹⁹. Di con el Apóstol que eres tan flaco de ti, que aun pensar bien no puedes, cuanto más querer hacerlo y poder hacerlo ³²⁰; y, si algo puedes y haces, di con el Apóstol: *Todo lo puedo en la virtud de aquél que me da fuerza* ³²¹. Sé cojo. Ya sabes que cuando el ángel dio la bendición a Jacob ³²², primero lo encojó, hiriéndole en el muslo. Por el muslo en la Sagrada Escritura se entiende el vicio de la carne. Pues si tú quieres alcanzar bendición del verdadero Ángel del Testamento, Jesucristo nuestro Señor, en este soberano convite, cumple que andes primero cojo del vicio de la carne, cumple que no estribes en él como en cosa enferma. Ya sabes que uno de los vicios que hicieron indignos de este convite fue el vicio de la carne, y si tú quieres ser digno has de llevar la virtud de la castidad. Ya sabes que dice Salomón en los Cantares que el esposo come entre azucenas ³²³; y pues tú le vas a dar de comer a ti mismo, ponle en la mesa una jarra llena de agua y dentro hermosas azucenas: esto es, en tu cuerpo haya —como en jarro— agua y no calor, y haya hermosura de castidad.

Y, teniendo esto, gustarás aquí de este precioso convite, aunque debajo de cortinas y velos, hasta que venga el día cuando en él le conozcas como él es, por perpetua posesión de bienaventuranza de gloria. La cual a ti y a mí por su misericordia quiera otorgar. Amén.

GONZALO DÍAZ, O.S.A.
Doctor en Teología
Monasterio de El Escorial

319 Ps. 43, 7 ss.

320 1 Cor. 12, 3; Filip. 2, 13.

321 Filip. 4, 13.

322 Gen. 32, 29.

323 Cant. 2, 16.